

El mecanismo de la suerte

© Juan Bosco Castilla

UNO

A las seis de la tarde, Servando Pozo entró en el bar Luis impecablemente vestido para cumplir con su diaria obligación de demostrarle al mundo que todo le iba bien. Desde la barra, se aplicó a ver la corrida de toros que ponían en la televisión con un interés erudito y exagerado y sin mirar al camarero que le sirvió sin preguntarle un café solo, una copa de anís dulce y un vaso de agua.

“Le faltan hechuras”, dijo en un momento de incertidumbre del torero, lo bastante alto como para señalarse ante los seis o siete parroquianos que miraban en silencio al aparato. Con cierto desdén, se volvió hacia la barra y se puso a romper la bolsita de azúcar y a verter el contenido en la taza esmerándose en pensar cada movimiento, porque creía que el personal lo estaba mirando. Incluso negó contrariado con la cabeza, ahogando un casi imperceptible suspiro, antes de levantar los ojos para encontrarse frente a frente con los del camarero, quien de inmediato le dijo en un sutil tono de reproche: “Es Alfredo Conde, el novillero de Pozoblanco”.

Algo había oído de un novillero del pueblo, pero como vivía solo y no tenía familia cercana ni amigos ni debía ir al trabajo porque estaba jubilado, no sabía hasta dónde había llegado el progreso del muchacho. Toda su afectación se le vino abajo de golpe. Al coger la taza, notó que los nervios le habían puesto las manos temblonas y pensó que si la levantaba derramaría el líquido y sería el hazmerreír del bar. Para evitarlo, simuló un calor exagerado en la taza y retiró la mano sacudiendo levemente los dedos.

“Ahora sí”, dijo cuando el torero le brindó la menor oportunidad. Creyéndose algo reconciliado con quienes lo observaban, dejó de mirar a la televisión con una indiferencia fingida para indagar en la calle. Por delante de la tienda de García pasaron dos muchachas que se pararon luego, apenas un instante, ante una de las secciones del largo escaparate de la papelería López. Las mujeres jóvenes le producían una desazón de vejez y tiempo

perdido. Mientras las veía caminar calle Mayor arriba, cogió la taza y le dio unos sorbos al café. Casi sin darse cuenta había vencido el tembleque. Esa certeza y el hecho de que los parroquianos permaneciesen estúpidamente fieles al aparato le devolvió la confianza en sí mismo: después de todo, él era de las pocas personas capaces de apreciar la cercanía de una muchacha más que los pases medidos de un torero, por muy local y muy artista que fuera.

Cuando salió de la cafetería no sabía si su estado de ánimo era de poeta o de filósofo. Frente al estanco de Pedro José resolvió salvar la duda con una postura ecléctica: filósofo de la vida o poeta con fondo, se dijo, abrumado por la emoción de ser poseedor de unas ideas sublimes que, sin embargo, morirían irremediabilmente con él, sin provecho, pues ni las recogería por escrito, dado que para escribir era necesaria una técnica que él no poseía, ni las transmitiría oralmente, ya que no tenía quien lo escuchase, ni siquiera amigos, lo que demostraba que los poetas y los filósofos son, por lo general, seres inadaptados.

El disgusto le alargaba el rostro y le ponía un peso en la espalda que lo encorbaba y empequeñecía. Él lo sabía porque Doloritas, su asistente, se lo comentaba para hacerle daño cada vez que se peleaban. Como ya era de por sí muy bajito y bastante mal parecido, aquel insulto era el que más le dolía, a pesar de que para defenderse pensaba en la letra de esa canción de *El último de la fila* que dice “baila conmigo, amor, que soy muy cariñoso, guapa, que aunque muy chico y muy feo, piloto de aeroplano soy”.

También aquella tarde echó mano de la canción. No sería piloto de aeroplano, pero era más sensible y más inteligente que el resto de los mortales: tampoco había que tomarse la letra en un sentido muy estricto. Lo importante era destacar en algo, lo que fuera, y si era espiritual en lugar de físico, mejor. “Tú serás más rápido en la carretera, pero yo beso antes a las camareras”, pensó, rememorando la letra de una canción de *Dinamita pa los pollos*.

Algunas frases sueltas de canciones oídas en la radio lo habían llevado a amar la

música juvenil del gran público, en la que había encontrado de pronto no sólo el auxilio que da el poema escrito por un espíritu afín, sino un buen entretenimiento para matar sus largas horas de ocio. La música de su generación, a la que había sido muy aficionado, le parecía ahora insulsa y aburrida, y quienes la ponían por delante de la actual eran a su juicio seres de poca sustancia y menos sensibilidad. En apenas cinco o seis años había conseguido formar una respetable discoteca particular de compactos cantados en español que, tras haber ojeado varias revistas de venta por catálogo, generalmente compraba en tiendas locales, donde hacía preguntas capciosas para darse pisto de entendido y de moderno. Por esa misma ilusión ostentativa, ponía el equipo musical a un volumen muy alto y abría las puertas y las ventanas de su casa. De manera que a su fama de hombre muy chico y muy feo, muy seco y muy impertinente, había unido la de muy necio y muy sordo.

Aunque no quisiera reconocerlo, Servando sospechaba su nauseabunda reputación, e intentaba contrarrestarla con una indiferencia calculada. Pero por mucho que creyera hallarse por encima de las opiniones de la gente, lo que había en su interior era más bien resentimiento y envidia: hacia los guapos, hacia los listos, hacia los honrados padres y madres de familia, hacia los creyentes y hacia los ateos, hacia los virtuosos y hacia los crápulas, hacia los jóvenes y hacia los viejos, hacia los deportistas, hacia los intelectuales, hacia quienes tienen la risa fácil y hacia quienes lo que tienen fácil es el llanto, hacia los aventureros y, en fin, por una razón u otra, hacia todos sus vecinos, y particularmente hacia los ricos. “Cualquier patán con dinero tiene más audiencia que todos los sabios del mundo juntos”, se decía. Creía haber descubierto que en las conversaciones particulares se oye más en silencio y con más respeto la opinión del acaudalado, a quien difícilmente se interrumpe, y mucho menos para llevarle la contraria. Se le antojaba ver a los opulentos rodeados de una cohorte de admiradores de su mundano triunfo y de postulantes dispuestos a ofrecer honores, títulos y cargos a cambio de patrocinio. Por ejemplo, si él fuera rico, por muy feo y muy estúpido que resultara y por muy raros que fueran sus gustos, en cuanto hubiese un club deportivo en grave situación económica los directivos

vendrían corriendo a hacerlo presidente.

El odio a los ricos era de los pocos que había asumido conscientemente. Cuando trabajaba, en el fragor de una conversación le dijo a un compañero que él no aborrecía a los ricos, sino a los poderosos en general, y no por su dinero o por su poder, sino por su desidia y por su torpeza, pues pudiendo hacer tanto bien con lo que poseen dedican sus energías al vano intento de poseerlo todo, mientras reparten cuatro chucherías entre un hervor de muchachada con el único fin de alimentar su vanidad y acallar su conciencia. La claridad de ese pensamiento y lo acertado de su construcción tuvieron más efecto en él que en sus oyentes. Como la idea era suya, y por tanto no tenía que pasar por el suplicio de darle la razón a nadie, decidió que odiar no era éticamente reprochable si tras el odio estaba la sabiduría y la justicia social, sino todo lo contrario. Así que odió. Y lo hizo con la seguridad de quien de hallarse en la situación del odiado actuaría de forma distinta a este, es decir, según correspondía. En ocasiones había imaginado (consciente de la exageración, también es cierto) que convertía a Pozoblanco en una suerte de falansterio habitado por las mismas personas conocidas que ahora lo despreciaban, que hablaba en sus plazas como un Sócrates sabio y bueno ante una audiencia entregada, que las universidades más prestigiosas del mundo estudiaban el caso y que gobiernos y poderosos mandaban emisarios para matarlo.

Sólo abandonó esos pensamientos ante la administración de loterías de la calle Real, en la que entró, como siempre, a la defensiva. “Si te toca, me das a mí los dineros. ¿Para qué los quieres tú, si eres viejo y no tienes a quién dejárselos?”, le dijo un conocido, hacía ya varios años, al verlo rellenar muy ufano una quiniela. Servando tuvo entonces que tragarse la ira con una sonrisa estúpida, porque no supo qué contestar, pero aquel incidente confirmó su impresión de que quienes coincidían con él en la administración de loterías lo miraban con el rencor de los que deben enfrentarse a un jugador certero.

El pequeño recinto destinado al público estaba vacío, pero en el umbral se cruzó con un desconocido. Sin dilación, se aplicó a rellenar sobre el mostrador una quiniela

primitiva y, luego, otra futbolística. Al terminar, reparó en que a su lado había unos papeles doblados en cuarterones y, como quien no quiere la cosa, sin curiosidad, los desdobló. Eran dos folios escritos a mano con tinta azul. Uno de ellos tenía en una cara una tabla numérica y en la otra dos listas ordenadas con los nombres, respectivamente, de los equipos de primera y segunda división. En una cara del otro folio rezaban quince párrafos numerados imitando una suerte de ecuación integrada por números, letras sueltas y los nombres de los equipos de la quiniela, al término de cada cual, después del signo de igualdad, había un *I*, o una *X*, o un *2*. La otra cara estaba en blanco.

Como suele ocurrir, Servando sintió la tentación supersticiosa de jugar al mismo número que quien está a su lado y copió rápidamente los signos en un impreso oficial. Luego, dobló los papeles en los mismos cuarterones y, sin darle más trascendencia al acto, se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Por la calle Mayor arriba, en el trasiego de forasteros que entraban y salían de los comercios, se olvidó del asunto de los papeles. Pensó en él y en el dinero, pero en abstracto, y mientras esperaba la luz verde frente a la avenida Marcos Redondo, se prometió no dilapidar nunca una fortuna, pues de sobra sabía que nadie es peor tratado por sus vecinos que un hombre que vuelve a ser pobre después de haber sido rico.

DOS

La tarde de aquel domingo, tras descabezar el sueño en un sillón de orejas, Servando salió de su casa dispuesto a dar un paseo y anduvo al capricho de su instinto hasta que por la avenida Villanueva de Córdoba lo adelantaron numerosos coches de aficionados que iban a ver al Club Deportivo Pozoblanco a su estadio. Entonces, valoró el hecho de ser distinto con cabreo y, como notó en aquel pensamiento un fondo de soberbia, se dijo para disculparse: “Es porque me duele la necedad del mundo”.

Harto de que los aficionados lo vieran caminar solo, a la altura de la calle Santa Marta cruzó la avenida y tomó la carretera de El Guijo. Cincuenta metros más allá del cruce pasaba antes la línea del tren. Ahora, ocupando lo que había sido la vía férrea, Servando pudo ver, a la derecha, el ancho camino que llevaba hasta el cementerio y, a la izquierda, el parque Aurelio Teno, en cuyo extremo superior el Ayuntamiento de Pozoblanco había colocado a manera de monumento una locomotora auténtica, grande y quieta, como una ballena varada en un paseo marítimo.

Por el descampado del parque, recortadas sobre los tejados del hospital, Servando avistó algunas nubes negras cargadas de agua y estuvo tentado de volverse, pero hacía tanto tiempo que no llovía que el entendimiento común había acabado por razonar una sequía perpetua. Parecía, además, que el viento llevaba las nubes a las sierras de San Benito, como solía ocurrir en estos casos, y estaba de por medio, por último, su propia dignidad, pues pensó que marcharse en aquellos momentos por unas pocas nubes lejanas habría sido tanto como darle la razón a los aficionados al fútbol. Así que siguió adelante.

En cuanto pasó la ermita de San Antonio, por aquello de la soledad cogió a la izquierda el camino de Las Zorreras. El sitio y la tarde le parecieron magníficos para la exaltación lírica. El sitio, porque el camino subía entre cercas de piedra una pequeña cuesta hasta los depósitos de agua del consorcio de abastecimiento dejando atrás el frente norte del pueblo, perfectamente inerme, casi pasmado, y a la izquierda parte de la llanura

de Los Pedroches, salpicada de chalés y vaquerías y la intuición visual de algunos pueblos. La tarde, porque era perfecta de temperatura y varios grupos de nubes negras daban una sensación de fuerza e irrealidad sobre un cielo mayoritariamente azul.

Servando recitó en voz alta: “Caminante, son tus huellas/ el camino, y nada más;/ caminante, no hay camino,/ se hace camino al andar”. Se sentía tan identificado con el poema y tenía la sensibilidad tan a flor de piel, que se creyó capaz de ser su autor y pensó que si no lo había escrito él sólo era porque Antonio Machado había nacido antes.

Con ese ánimo, habría sido capaz de continuar andando toda la vida. La idea de salir de Pozoblanco para siempre, sin despedirse de nadie, sin un cepillo de dientes, sin una muda de calzoncillos, sin nada, le resultaba grata como acto de bohemia y como venganza. “Es hermoso partir sin decir adiós, serena la mirada, firme la voz”, canturreó imitando la voz de Serrat.

Tras sobrepasar los depósitos, el camino bajaba con escasa pendiente a lo largo de unos centenares de metros hasta el borde de lo que antes fue una charca estacional y era ahora un páramo permanente, desde donde gateaba otra loma haciendo un zigzag muy abierto. Servando pasó junto a la antigua charca y subió la segunda loma y siguió adelante. Enfrascado en poesías y honduras filosóficas, ya no veía más paisaje que el de su interior o el de su imaginación, y una vez que miró el reloj se sorprendió ante la vanidad que suponía medir el tiempo con la precisión de las máquinas, cuando la naturaleza tiene leyes eternas por las que se guían todos los seres vivos, animados e inanimados. Todos excepto el hombre, claro, se dijo, y a continuación se quitó el reloj y se lo enterró en el bolsillo con la intención de no ponérselo nunca más.

“Si fuera joven, metía cuatro cosas en una mochila y me iba andando a recorrer el mundo”, pensó. Enseguida, imaginó las primeras etapas, con nombres que le parecieron poéticos y evocadores, como arroyo Santa María, ermita de las Cruces, río Guadalmez, santuario de las Veredas, molino de la Jurada, nacedero del San Juan, minas del Horcajo y puerto de Niefla.

Llevar el entendimiento a la condición de una juventud perdida fue el primer contacto con la realidad. El otro fueron unas gruesas gotas que empezaron por caerle en el cogote, pues la profundidad de los pensamientos lo llevaban mirando al suelo, y terminaron por repiquetear a sus pies como una plaga de saltamontes. Servando miró arriba con la misma sorpresa que si lo hubieran llamado dándole un golpe en la espalda y vio el cielo cubierto por unas nubes negras que apenas dejaban pasar la luz del sol. En el colmo de un habitante de la sequía, Servando no temió ponerse perdido, sino que se le iba a hacer de noche a la cruda intemperie del campo. Se buscó el reloj en el bolsillo y, mientras iniciaba el camino de vuelta, se lo puso: o se daba prisa o se le haría de noche, se dijo sin más razonamiento.

Esa siguió siendo su principal preocupación durante un buen trayecto. Pero la suya, más que una carencia total de realidad, lo era de la realidad de su propia situación, pues mientras más arreciaba la lluvia más pensaba con cierto regocijo en la posibilidad de que debieran suspender el partido del Club Deportivo Pozoblanco. Sólo se sintió calado cuando el camino fue una torrentera por la que bajaba el agua arrastrando no ya la tierra y las cagarutas de las ovejas, sino las piedras caídas de las paredes de las cercas. Entonces, la lucidez le vino de golpe, como si se le cayera encima, y con la lucidez le vinieron el miedo físico y el temor al ridículo, y no necesariamente por este orden. Mientras corría, pensó que podía morir, ahogado o de un síncope, y que en tal caso el agua lo arrastraría hasta un llano donde quedaría enterrado bajo un lodo de boñigas y desechos de excursionistas.

Y si eso ocurría, nadie lo echaría de menos. Doloritas pensaría que cumpliendo su palabra había hecho un bulto y se había ido a recorrer el mundo al estilo de un titiritero antiguo y cuando, finalmente, unos cochinos hozando descubrieran su cadáver, alguien susurraría a los oídos del juez que fuera a levantar su cadáver: “No tenía amigos, pero tampoco enemigos. No tenía deudos ni dineros que dejar. Vivía con su poquita pensión haciendo una vida de mediocre metódico. Está claro que ha muerto como lo que era, un

pobre diablo”.

Por no dar a nadie el gusto de pronunciar aquella frase, resolvió no morir, fuera al precio que fuera. Con ese nuevo talante, y como si se defendiese de sus vecinos más que de los elementos, llegó a la altura de la charca, que estaba a punto de desbordarse, vadeó con dificultad el cauce de légamos negros que atravesaba el camino e inició la subida de la última cuesta, un auténtico río de estiércol y barro, que logró resistir agarrándose a una de las paredes. Ante la malla de alambre que cierra el paso al depósito de agua, se detuvo a descansar. Se hallaba casi en lo más alto de la loma. Desde allí hasta el pueblo apenas quedaban cuatrocientos metros de camino asfaltado. Estaba a salvo. Otro cualquiera se habría muerto, él no, él había sobrevivido: el juez podría dormir tranquilo aquella noche, y su amigo, el que le soplabá al oído, también.

Seguramente no llovía tanto ni tan seguido desde aquel día glorioso en que, a instancias de Esteban Márquez, los cronistas oficiales de la provincia de Córdoba celebraron su reunión anual en Torrecampo. La tranquilidad le permitía pensar cosas como esa. O como que se habría inundado la casa consistorial, que estaba en la parte más baja del pueblo y era lo primero que se anegaba, y los bomberos estarían achicando inútilmente agua del depósito de detenidos. O como que el partido de fútbol habría tenido que suspenderse porque el árbitro no sabía nadar o porque, si sabía, el nivel de las aguas amenazaba con ahogar a los espectadores de preferencia.

Con estos pensamientos y otros parecidos se rió mucho. Hasta que no llegó a la carretera de El Guijo, a la misma entrada del pueblo, no se dio cuenta de que las verdaderas circunstancias de chiste eran las suyas. Entonces pensó que si él, una persona común, se había reído de los demás, por la lógica de la naturaleza humana todas las personas comunes se reirían de él.

En el cruce, oculto tras una pequeña nave industrial, se detuvo a fraguar una excusa. “Si me ven, les digo que me he caído ayudando a doña Remedios Tirado a cruzar la calle Real”, pensó, al cabo, muy contento, pues la idea de meter un nombre propio,

aunque fuera ficticio, le daba a la mentira una asombrosa credibilidad.

A pesar de la bondad de la coartada, Servando no quería toparse con nadie. Contaba para ello con las complicidades de la noche, cuya oscuridad casi absoluta amenazaba los cien metros sin alumbrado que faltaban hasta las primeras casas del pueblo, y de la lluvia, que tendría a la gente metida en su casa.

Por ese lado, el primer contacto con el pueblo es la glorieta de San Antonio, situada detrás de la ermita del mismo nombre, que otros llaman de Santa Marta, donde hace tiempo jugaban los niños a la pelota. La explanada tiene a un lado tres acacias y al otro dos moreras grandes cuyas hojas están muy solicitadas por los niños que crían gusanos de seda, al ubicarse en un lugar apartado y ser de las pocas del pueblo que, por no podarse en otoño, arrancan en primavera con una amplia fronda. El borde de la glorieta que da a la carretera tiene un poyete de piedra en el que los días de sol suelen sentarse todavía hoy algunos abuelos. En el poyete hay un portillo con varios escalones.

Servando, guiado por el bulto de la tapia que se levanta al otro lado de la glorieta, cruzó la carretera de El Guijo hasta que se topó con el poyete, exploró el trazado de este hasta dar con el portillo, subió los escalones que separan la carretera de la explanada y siguió despacio y con los brazos al frente hacia la línea de sombra de las moreras y la ermita, como un pobre zombi en una mala película de terror.

No pasaron coches, ni chocó con el tronco de las moreras, ni tuvo otro contratiempo que el natural de tener que aguantar el chapetón. En el pequeño porche abovedado de la fachada de la ermita que da a poniente, se detuvo. Desde allí podía verse la avenida de El Guijo, con sus descampados y sus casas iluminadas por las primeras farolas del alumbrado público, y, más allá, la fachada norte de casco urbano, difuminada tras la espesa cortina de agua que seguía cayendo sin compasión alguna. Estaba a cubierto por primera vez en más de una hora, sobre una base de roca y metro y medio por encima de una carretera ya de por sí bastante elevada sobre la rasante del pueblo. Muy gordo habría de ser el cataclismo que se lo llevara por delante. Desde luego, antes que a él se

llevaría a los pobres infelices que estaban metidos en sus casas, calentitos y secos, sí, pero sin saberse expuestos a la fuerza devastadora de la mayor riada conocida desde el Diluvio Universal.

“Quizá haya tenido suerte”, pensó. “Nunca se sabe de qué armas se vale el destino para salvar o condenar a los hombres”.

Sintiéndose más seguro, resolvió esperar a ver lo que pasaba, con la idea en la cabeza de que las casas podían desmoronarse de un momento a otro ante el avance inexorable de las aguas, como se derrumba un castillo de arena ante el paso fatal de una pequeña ola. Si no se quedó allí, fue porque se dio cuenta de que en cuanto escampara, fueran cuales fueran los efectos de la lluvia, empezaría a haber gente en la calle, gente que le preguntaría, que lo miraría de soslayo, que se reiría de sus trazas de mendigo sorprendido por la avenida en un refugio de cartones. Ahora que llovía a mares era el mejor momento de continuar el camino. Y dicho y hecho.

Poco después estaba en zona habitada, aunque sin movimiento alguno, como si la ciudad fuera el decorado vacío de una pesadilla que va a comenzar de un momento a otro. La soledad sólo era inquietada por la locomotora, un bicho enorme e inteligente más que una mole llamativa, una compañera en la desgracia y una amenaza horrible.

Servando pasó a su lado temiendo oír su voz ronca que le advertía de un mal espeluznante e inmediato, sobrecogido por el miedo. En lugar de tomar la avenida Villanueva de Córdoba, resolvió irse por la calle Santa Marta, que es de menos tránsito, a pesar de que el agua iba por ella de pared a pared y las bocas del alcantarillado, en lugar de tragar, vomitaban. Al pasar por delante de una cancela abierta, se le antojó que una figura lo observaba desde la oscuridad del umbral y le ofrecía cobijo, pero no se cercioró de su realidad y siguió avanzando.

Si había habido alguien, fue el único. En el largo trayecto de calles que debió tomar para circundar el centro, al que creía sumergido bajo varios metros de lodo, no encontró a un alma, ni a pie ni en coche, de modo que llegó a su piso con la sensación de

haber atravesado un cementerio de muertos recientes, cuando la lluvia comenzaba a menguar y el único ruido en el mundo era un chapoteo inmenso.

Le hubiera gustado darse un baño caliente o, al menos, una ducha reparadora, pero por paradójica que resultara la situación, en Pozoblanco llevaban años con restricciones y él no tenía depósito. Así que se limitó a desnudarse totalmente, a quitarse el barro de los pies en una palangana y a secarse. Vestido con el albornoz y con una linterna en la mano, pues creía que de un momento a otro se cortaría el suministro eléctrico, se asomó a la calle. Ya no llovía, incluso se veía la luna por encima del tejado de enfrente: aunque la calzada era todavía un río, lo peor parecía haber pasado.

Calentito y al cobijo de lo cotidiano, la idea de la tragedia de otros le pareció lejana. En el campo había pensado que nadie lo echaría de menos si se iba para siempre. ¿A quién echaría de menos él? Algunos, a quienes consideraba sus amigos, se habían ido muy lejos sin despedirse de él. Ahora que no tenía amigos, los muertos cercanos eran como los de los telediarios, personajes que desaparecen de la mente en el siguiente reportaje, que impresionan, pero no producen dolor.

Mientras se tomaba una leche caliente con galletas, encendió la radio. La emisora local no funcionaba y las demás seguían su programación con total normalidad. La mayoría de los partidos de la jornada futbolística habían terminado. El Real Madrid había ganado en su campo al Albacete. El Barcelona había hecho otro tanto en el Camp Nou con el Salamanca. Afuera, la vida continuaba con tanto orden que lo que estaba ocurriendo en Pozoblanco, y particularmente lo padecido por él mismo, parecía de una subjetividad absoluta, como un sueño.

Se puso el pijama, se preparó una copa de brandy, que dejó sobre la mesilla, y, ya en la cama, encendió la radio. El último partido de la jornada había terminado y el locutor anunciaba los resultados de la quiniela. Servando sacó del cajón de la mesilla un bolígrafo y en un pañuelo de papel se dispuso a apuntarla. Cuando terminó, extrajo de la cartera las suyas y las comparó sin prisa. En la primera, diez, por un pelo no había pillado algo. En la

segunda, esa que rellenó copiando los signos del papel raro, once, doce, trece, catorce y quince: quince, un pleno. De pronto el boleto le tembló en las manos. No podía ser. Quería comprobarlo, pero los signos le bailaban. Se levantó. Puso otro papel junto al pañuelo en la mesa del comedor y los fue cantando. Quince, no cabía duda. Quince. Quince. Quince.

Sin pensarlo dos veces, abrió el balcón de la calle y mirando al aire, como si mirara a todos y cada y uno de los habitantes de la tierra, echó la meada más placentera de su vida mientras decía: “Va por ustedes, cabrones. Quince: a ver si mejoráis eso. Ahora os vais a reír de vuestro padre”.

Nadie lo vio. El agua todavía formaba pequeñas corrientes en los bordes de la calzada.

TRES

Aquella noche la pasó en vela, pendiente de que la radio diera las ganancias de los acertantes. A la euforia inicial siguió un optimismo moderado y después, conforme más vueltas le daba a los resultados de la jornada, una sensación de fraude, como si la fortuna, al igual que un pícaro en una rifa de feria, le hubiera enseñado la gloria para conformarlo luego con una pequeña chuchería. Cuando a las ocho de la mañana se enteró de que a los boletos de quince le correspondían algo más de medio millón de pesetas, no supo si alegrarse o afligirse, vencido por el alivio de que ya podía abandonarse al sueño.

Despertó pasadas las cuatro de la tarde, con la boca reseca y, aunque no recordaba nada, las secuelas de haber tenido una pesadilla terrible. “Habré soñado que me ahogaba con lodo de pocilga”, se dijo, porque fue lo primero espantoso que le vino a la cabeza.

Quizá por el desconcierto de despertar a una hora tan tardía, pensó en la inundación antes que en otra cosa, incluida la quiniela. Durante la noche las emisoras de radio no habían hablado de Pozoblanco, pero, teniendo en cuenta el retraso con que llegan al mundo las noticias producidas en Los Pedroches, aquello tampoco quería decir demasiado: podían haber muerto familiares, o vecinos, o amigos, podían haberse previsto misas multitudinarias por los fallecidos, o estar abiertos en los edificios públicos gruesos libros para recoger firmas de pésame, podía haber, en fin, algún acto donde con toda seguridad se echaría de menos su presencia.

Todavía acostado, buscó en el dial el punto de La Voz de los Pedroches. Funcionaba, y el alcalde estaba hablando precisamente de las inundaciones. Según decía, el agua había entrado en la casa consistorial incluso por la boca de león que hace de buzón de correos, pero, por fortuna, nada especialmente valioso se había perdido. A esa voz la sustituyeron unas ráfagas musicales y luego el locutor habitual dio los resultados de la jornada de tercera división: el Pozoblanco le había ganado por tres a dos al Puerto Real.

Las noticias de que ni había habido muertos ni el partido de fútbol había llegado a suspenderse, las recibió Servando con un rencor inmoderado y el recuerdo de su propia angustia: mientras sus vecinos veían tranquilamente el fútbol, él estaba a punto de morir ahogado en la charca inmunda del camino de Las Zorreras.

Aquella supuesta ingratitud de la humanidad le devolvió la importancia de su quiniela de quince aciertos. Quinientas mil pesetas compensaban de sobra dos horas de sufrimientos y eran, además, una justa venganza. Le dieron ganas de salir a la calle a pregonar su victoria sobre la mediocridad del mundo. Apenas es medio millón, lo justo para darme algunos caprichos sin importancia, les confesaría borrando toda sombra de regocijo, para que comprendieran mejor que el dinero no sólo no les había tocado a ellos, sino que había ido a parar a quien ni lo valoraba ni le hacía falta siquiera. Eso sí les dolería de verdad. Y les dolería más tras saber cómo había logrado acertar los quince resultados. “Cualquiera que hubiera llegado en aquel momento a la administración de loterías habría hecho lo mismo que yo, es decir, copiar los signos que se presentaban ante mi vista en una mágica invitación a la suerte”, les diría como corolario de una historia tan cierta como esotérica. Y si no lo creían, ahí estaban los dos papeles para demostrarlo, con una letra tan distinta a la suya y una especie de reglas puestas en forma de ecuaciones donde quizá estuvieran las claves para acertar todos los signos de todas las jornadas de la quiniela futbolística.

Fue de esa manera tan estúpida, imaginando situaciones con las que hacer saltar la hiel de sus conocidos, como descubrió la verdadera trascendencia de aquellos papeles. Servando sufrió entonces un fogonazo cegador que le produjo al pronto un vértigo de felicidad. Después se le vino encima, aplastante y definitiva como una lápida, la idea de que los escritos tenían un autor que no era él, y un dueño que tampoco era él, y un contenido que sólo generaba dinero desde el monopolio y, por tanto, en el secreto, un secreto por el que muchos seres humanos estarían dispuestos a asesinar.

Echó el cerrojo de la puerta y bajó las persianas. Desde que rellenó la quiniela,

no había visto los papeles, ni siquiera sabía muy bien dónde los había dejado. De hecho, debió buscarlos en varios lugares antes de dar con ellos en un bolsillo de la misma chaqueta que llevaba puesta aquel día. Los desdobló y los dejó abiertos sobre la mesa con cierta prevención. Tenían algo misterioso, desde luego, pero eso siempre ocurre con lo que no se entiende, como con un mensaje en un idioma desconocido o con la página de un complicado libro de matemáticas, se dijo para darse coraje. Las letras y los números, de trazos bastante corrientes, habían sido escritos sin desaliño ni especial esmero, con la excepción de la tabla numérica, en cuya confección había sido utilizada una regla.

Tras un primer examen, no obtuvo resultado alguno. Seguramente no veía nada porque no había nada que ver, pensó. Aquel aparato de números no parecía más que una estúpida invocación a la suerte o la insensata obra de un lunático. Acertar los quince signos sólo había sido el resultado de una suma de coincidencias: al fin y al cabo, cientos de apostantes de toda España habían hecho lo mismo aquella jornada. Incluso él había atinado en diez, algo insólito de veras.

La seguridad recobrada le animó a mirar los papeles con un temor controlable, como de aventura. A falta de una ocupación mejor, buscó en ellos una razón por puro divertimento, como quien investiga las claves de un sueño o el hilo conductor en el discurso de un loco, aunque los pasatiempos con enigmas le parecían entretenimientos de papanatas y no estaba acostumbrado a perseguir ideas complejas. Odiaba el ajedrez, por ejemplo, al que tenía por un juego perverso, pues daba crédito de inteligentes a quienes a su juicio no eran sino víctimas de la paciencia. “Para ser eficaces, las respuestas deben ser sencillas y rápidas, porque la complicación del mundo sólo es la complicación de nuestra forma de entenderlo”, repetía en cualquier tipo de conversación.

Tras más de una hora de metódico examen, dedujo que la tabla, las listas y las ecuaciones estaban asociadas entre sí, de manera que el signo quinielístico era la consecuencia de aplicar en la tabla el resultado de las ecuaciones, en las cuales intervenía decisivamente la clasificación de los equipos. A esa conclusión llegó tras el

descubrimiento de varias claves menores o repeticiones que apuntó en un papel, separándolas en tres grupos que llamó *ecuaciones*, *clasificaciones* y *tabla*.

$$1.- \frac{\text{K x cab. x R. Madrid} \quad 50 \times 9 \times 1}{1.000 \times \text{Albacete} \quad 1000 \times 20} = \frac{\quad}{\quad} = 0'022 \quad \mathbf{1}$$

$$2.- \frac{\text{K x c. x Celta} \quad 50 \times 9 \times 9}{1.000 \times \text{Oviedo} \quad 1000 \times 22} = \frac{\quad}{\quad} = 0'18 \quad \mathbf{2}$$

$$3.- \frac{\text{K x c. x R. Vallecana} \quad 50 \times 6 \times 17}{1.000 \times \text{Gijón} \quad 1000 \times 13} = \frac{\quad}{\quad} = 0'039 \quad \mathbf{x}$$

$$4.- \frac{\text{K x c. x Barcelona} \quad 50 \times 10 \times 2}{1.000 \times \text{Salamanca} \quad 1000 \times 18} = \frac{\quad}{\quad} = 0'055 \quad \mathbf{1}$$

$$5.- \frac{\text{K x cb. x Tenerife} \quad 50 \times 9 \times 11}{1.000 \times \text{A. Madrid} \quad 1000 \times 8} = \frac{\quad}{\quad} = 0'61 \quad \mathbf{1}$$

$$6.- \frac{\text{K x c. x Valencia} \quad 50 \times 9 \times 3}{1.000 \times \text{A. Bilbao} \quad 1000 \times 10} = \frac{\quad}{\quad} = 0'13 \quad \mathbf{x}$$

$$7.- \frac{\text{K x c x Mérida} \quad 50 \times 9 \times 14}{1.000 \times \text{Santander} \quad 1000 \times 12} = \frac{\quad}{\quad} = 0'52 \quad \mathbf{1}$$

$$8.- \frac{\text{K x c. x Coruña} \quad 50 \times 11 \times 7}{1.000 \times \text{Zaragoza} \quad 1000 \times 6} = \frac{\quad}{\quad} = 0'64 \quad \mathbf{x}$$

$$9.- \frac{\text{K x c x Sevilla} \quad 50 \times 9 \times 4}{1.000 \times \text{Compostela} \quad 1000 \times 21} = \frac{\quad}{\quad} = 0'085 \quad \mathbf{1}$$

$$10.- \frac{\text{K x c. x Espanyol} \quad 50 \times 9 \times 15}{1.000 \times \text{R. Sociedad} \quad 1000 \times 16} = \frac{\quad}{\quad} = 0'42 \quad \mathbf{2}$$

$$11.- \frac{\text{K x c. x Valladolid} \quad 50 \times 9 \times 19}{1.000 \times \text{Betis} \quad 1000 \times 5} = \frac{\quad}{\quad} = 1'7 \quad \mathbf{1}$$

$$12.- \frac{\text{K x c. x Extremadura} \quad 50 \times 9 \times 1}{1.000 \times \text{Leganés} \quad 1000 \times 18} = \frac{\quad}{\quad} = 0'025 \quad \mathbf{1}$$

$$13.- \frac{\text{K x c. x R. Madrid B} \quad 50 \times 7 \times 15}{1.000 \times \text{Hércules} \quad 1000 \times 5} = \frac{\quad}{\quad} = 1'0 \quad \mathbf{1}$$

$$14.- \frac{\text{K x c. x Écija} \quad 50 \times 9 \times 6}{1.000 \times \text{Sestao} \quad 1000 \times 10} = \frac{\quad}{\quad} = 0'27 \quad \mathbf{1}$$

$$15.- \frac{\text{K x c. x Mallorca} \quad 50 \times 9 \times 2}{1.000 \times \text{Toledo} \quad 1000 \times 3} = \frac{\quad}{\quad} = 0'30 \quad \mathbf{2}$$

10	11	12	13	14	15	1	2	3	4	5	6	7	8	9
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

1	15	20	25	30	35	40	45	50	55	60	65	70	75	80	85
x	20	25	30	35	40	45	50	55	60	65	70	75	80	85	90
2	25	30	35	40	45	50	55	60	65	70	75	80	85	90	95
1	30	35	40	45	50	55	60	65	70	75	80	85	90	95	100
1	35	40	45	50	55	60	65	70	75	80	85	90	95	100	5
x	40	45	50	55	60	65	70	75	80	85	90	95	100	5	10
2	45	50	55	60	65	70	75	80	85	90	95	100	5	10	15
x	50	55	60	65	70	75	80	85	90	95	100	5	10	15	20
1	55	60	65	70	75	80	85	90	95	100	5	10	15	20	25
x	60	65	70	75	80	85	90	95	100	5	10	15	20	25	30
2	65	70	75	80	85	90	95	100	5	10	15	20	25	30	35
1	70	75	80	85	90	95	100	5	10	15	20	25	30	35	40
1	75	80	85	90	95	100	5	10	15	20	25	30	35	40	45
x	80	85	90	95	100	5	10	15	20	25	30	35	40	45	50
2	85	90	95	100	5	10	15	20	25	30	35	40	45	50	55
x	90	95	100	5	10	15	20	25	30	35	40	45	50	55	60
1	95	100	5	10	15	20	25	30	35	40	45	50	55	60	65
x	100	5	10	15	20	25	30	35	40	45	50	55	60	65	70
2	5	10	15	20	25	30	35	40	45	50	55	60	65	70	75
1	10	15	20	25	30	35	40	45	50	55	60	65	70	75	80

1. Real Madrid.....	1	1. Mallorca.....	2
2. Barcelona.....	2	2. Toledo.....	3
3. D. Coruña.....	7	3. Extremadura.....	1
4. Sevilla.....	4	4. Écija.....	6
5. Betis.....	5	5. Hércules.....	5
6. At. Madrid.....	8	6. Osasuna.....	7
7. Valencia.....	3	7. Logroñés.....	4
8. Zaragoza.....	6	8. Barcelona B.....	11
9. At. Bilbao.....	10	9. Marbella.....	9
10. Celta.....	9	10. Lleida.....	12
11. Tenerife.....	11	11. Almería.....	8
12. Sporting Gijón.....	13	12. Eibar.....	13
13. Mérida.....	14	13. Sestao.....	10
14. R. Sociedad.....	16	14. Real Madrid B.....	15
15. R. Vallecana.....	17	15. Badajoz.....	16
16. Racing Santander....	12	16. Villarreal.....	14
17. Salamanca.....	18	17. Leganés.....	18
18. Valladolid.....	19	18. Getafe.....	17
19. Espanyol.....	15	19. Alavés.....	19
20. Oviedo.....	22	20. Athletic B.....	20
21. Albacete.....	20		
22. Compostela.....	21		

CLAVES:

Ecuaciones:

- 1.- La expresión de la ecuación es siempre la misma.
- 2.- Hay tantas ecuaciones como casillas de la quiniela.
- 3.- De las cinco cifras que intervienen en la fórmula, dos son constantes (50 y 1.000), dos son los números que aparecen a la derecha de la clasificación de los equipos y la quinta es una incógnita (o varias, pues aparece como cab., cb., c. y c) a la que no encuentro asociación con otros elementos de los escritos.
- 4.- El valor de cab./cb./c./c que más se repite, y el único que lo hace, es 9. Los otros valores de cab./cb./c./c son 6, 10 y 11.
- 5.- El resultado de la ecuación se concreta en uno, dos o tres decimales.
- 6.- Los nombres de los equipos de casa se ponen en el numerador y los visitantes en el denominador. Cada nombre es sustituido tras la primera igualdad por el número que en la lista ordenada de equipos aparece a la derecha.

Listas-Clasificaciones:

- 7.- Las dos listas se refieren a la clasificación resultante de la jornada anterior a la de la quiniela. El orden está indicado a la izquierda.
- 8.- Los números que intervienen en la ecuación, situados a la derecha de las clasificaciones, son todos los naturales desde el 1 al 22, en primera división, y desde el 1 al 20, en segunda división, y no se repiten.
- 9.- No se incluyen los puntos obtenidos por los equipos.

Tabla:

- 10.- Tiene tantas columnas como casillas de la quiniela, es decir, quince.

11.- Encima de las columnas hay dos filas de 15 números naturales (uno por columna), ordenados del 1 al 15, si bien una serie comienza en la columna séptima.

12.- Tiene veinte filas. A la izquierda de cada fila hay uno de los tres signos quinielísticos (1, X, 2), en cinco series de 1-X-2 seguidas por un signo 1 o un signo X, hasta un total de tres signos 1 y dos signos x.

13.- Todos los números de la tabla son múltiplos del 5 y van del 5 al 100.

No cabía duda de que aquel aparente galimatías escondía ciertos elementos de orden. Quizá detrás no hubiera nada más: después de todo, también el azar fabrica en el caos principios entrelazados. O quizá hubiera tantos elementos de orden que juntos formaran un sistema, insensato y absurdo, ciertamente, pero un sistema al fin y al cabo, es decir, un conjunto de reglas al que poder llegar tirando de uno o de varios hilos distintos.

Fuera como fuese, la humildad y la lógica imponían la existencia de otras claves, aparte de las descubiertas. Él, sin embargo, no estaba en aquel momento para más averiguaciones. Era tarde, además, y tenía por el escenario del desastre la curiosidad del superviviente. Dejó los papeles y la quiniela en el cajón de la mesilla de noche, escondidos entre las hojas de un libro, y bien vestido y bien acicalado salió de su casa.

Todas las calles tenían en las correntías de los bordes un lecho de tierra. Una brigada de trabajadores y vecinos limpiaba en la calle Real los últimos sedimentos producidos por la riada. Ante la puerta vieja del ayuntamiento, tapando el buzón de correos por donde había llegado a entrar el agua, había aparcado un camión en el que se vaciaban los carrillos y se tiraban los materiales de las tiendas destrozados por el lodo. Varias decenas de curiosos permanecían en silencio, como con recogimiento, desperdigados y quietos. Una mujer empezó a llorar con desconsuelo tranquilo en alguna parte detrás de él, muy cerca.

Siguiendo la sucia línea que la inundación había dejado en las paredes, tomó la calle Mayor arriba. También en ella, particularmente en el primer tramo, numerosos

vecinos se empleaban en labores de limpieza, y dentro de los comercios había una frenética actividad de recuperación.

Ante una muestra de voluntad tan grande, Servando sintió una poca vergüenza de sí mismo, de mirón y tan bien puesto, y le dieron ganas de contar su infortunada aventura, pero no encontró a nadie dispuesto a oírle dos frases seguidas.

Así que terminó el recorrido por el área de la desgracia con una mezcla de pena por los demás y resentimiento hacia ellos, y subió la avenida Villanueva de Córdoba con el aura triste de los solitarios despechados. En la explanada contigua a la ermita de San Antonio, teniendo a la vista los desperfectos enormes que la riada había producido en las cercas de las inmediaciones, revivió la angustia del día anterior como un naufrago ante un mar sucio y exhausto. “Nada vale la pena”, dijo de pie sobre el poyete, con la voz quebrada de un eccehomo.

CUATRO

El día siguiente, Servando indagó en los escritos sin miedo: entre la algarabía de la jornada anterior había comprendido que por lo menos mientras no cobrara el medio millón no había razones para la inquietud, pues era uno más en esa enorme masa de mediocres desafortunados. Ante la dificultad de encontrar más claves, resolvió que lo mejor era plantear enigmas menores e ir resolviéndolos uno a uno. Escribió finalmente:

ENIGMAS:

De las ecuaciones:

- 1.- $\zeta \text{Cab.} = \text{cb.} = \text{c.} = \text{c?}$ Si es así, como parece, ζ qué significa?
- 2.- ζ Por qué varía el número de decimales?

De la tabla:

- 3.- ζ Cómo se aplican los valores de las ecuaciones en la tabla?
- 4.- ζ Por qué hay dos filas ordenadas del 1 al 15 sobre las columnas?

De las listas-clasificaciones:

- 5.- ζ Qué significado tienen los números que hay a la derecha de los equipos?

Tras un nuevo repaso, creyó haber descubierto todas las preguntas posibles. Esa idea de totalidad lo entusiasmó. Los escritos formaban un sistema, ahora no tenía duda. Es decir, que si había preguntas, había respuestas. Encontrarlas sólo era cuestión de imaginación y paciencia.

A ello se aplicó inmediatamente sin recordar sus numerosas diatribas contra los amantes de los pasatiempos. Para empezar, no quiso echar cuentas de las diferencias entre unos enigmas y otros y tomó el primero de ellos. Ahondó en la concreción de sus números y en sus relaciones con las otras variables a lo largo de más de media hora, al cabo de la cual estaba tan abatido que no supo si todo aquello era juicioso o una trampa para ignorantes.

Pero incluso en la desazón le venía el problema una y otra vez a la cabeza. *Cab*, *cb*, *c*. y *c* eran distintas abreviaturas de una misma palabra, hasta ahí llegaba. Sin darse cuenta, se puso a buscar mentalmente palabras que empezaran por *cab*. No recordó más de seis o siete, y ninguna relacionada con el caso. Se auxilió luego de un diccionario de la lengua española. Cuando al poco de empezar dio con la palabra *cábala*, creyó haber encontrado lo que buscaba, pues en la definición se hacían referencias a ciertos cálculos, aunque basados en principios esotéricos relacionados con la doctrina judaica oculta y no en las ciencias exactas.

Un concepto así debía haber esperado desde el principio, pensó tras unos minutos de postración: lo anormal hubiera sido encontrar una fórmula matemática con variables tan fáciles de concretar como el espacio o la velocidad para hallar los resultados de algo tan aleatorio como los signos de la quiniela. En ese sentido, la entrada de las ciencias ocultas le daba rigor al sistema, sobre todo porque el número a que se refería *cab* no era el resultado de un azar controlado por el quinielista (no se obtenía tirando los dados mientras se decía una fórmula mágica, por ejemplo), sino que existía con anterioridad a la intervención de este. En suma, la ciencia a que se refería el escrito estaba basada en la superstición, no en la lógica ni en el método científico, y era ajena a la personalidad o a la intervención del jugador: ¿no era eso, acaso, lo más razonable del mundo?

De pronto no encontró más oposición a sus anhelos que la odiosa amenaza del tiempo. De haber sido hora, hubiese ido en aquel mismo momento a la biblioteca Municipal a buscar sin cansancio en miles de volúmenes, por gruesos y enrevesados que

pudieran parecer. Como no lo era y empezaba a sentirse cansado, frió unas pocas patatas congeladas y un par de huevos, comió con el saboreo de las grandes celebraciones y se acostó enseguida.

Una pesadilla en la que se estaba ahogando lo despertó al alba. Normalmente, en esas situaciones orinaba y volvía a acostarse, casi siempre con la radio puesta. Aquella vez, sin embargo, se levantó definitivamente, dispuesto a consumir el día sin desperdicio alguno. De hecho, llegó a la nueva biblioteca Municipal mucho antes de que abriera sus puertas, y no quiso esperar en otro sitio que allí mismo, entretenido, al principio, con la escultura mural de hierros de colores colocada en la parte alta de la fachada, cuyo simbolismo sólo es apto para los muy locos o los muy cuerdos, y, después, habida cuenta de su escasa sensibilidad artística, comido por el inexorable gasto de minutos y segundos en que se convierte la vida de quien tiene asuntos fundamentales que resolver.

Cuando abrieron, dejó su libreta y su bolígrafo en un rincón de la gran sala de lectura y se aplicó enseguida a buscar lo que le interesaba, de manera que poco después pedía que le fotocopiaran hasta ocho artículos y notas ampliatorias de la palabra *cábala* de diferentes diccionarios enciclopédicos. Tenía el propósito de sacar a un papel cuantas referencias fueran necesarias para buscarlas luego en artículos individuales o, si era necesario, en volúmenes específicos, aunque para ello tuviera que ir a bibliotecas dotadas de mayores fondos. Como traía toda la carrerilla que dan juntos el entusiasmo y la ignorancia, en poco tiempo tuvo una lista de varios folios que incluía algunos nombres conocidos como Sinaí, Abraham, Moisés o Platón, otros muchos que no le sonaban nada, como Alejandrino Filón, Francisco Manuel de Melo, Marcelio Finimo, Akiba, Pico de Mirandola, Matías Pereyra o Renchlin, títulos de libros como *Jezirah*, o *Zohar*, o *Conclusiones filosóficas, cabalísticas y teológicas*, o *La Luz*, algunas frases enteras, como una que decía *la teoría tiene gran parecido con las ideas de Zendasvesta o libros sagrados de los persas escritos en zendo*, u otra cuyo tenor literal era *Dios está encima, pero no fuera, de los números y de las letras*, y, sobre todo, tuvo escritas las trece reglas

que Eleazar de Worms, rabino del siglo XIII y autor de *Comentarios cabalísticos sobre el Pentateuco*, fijo para la interpretación de la doctrina misteriosa recogida en La Biblia y El Talmud.

Más de dos horas consumió subrayando y sacando notas, al cabo de las cuales sintió el agotamiento como lo advierten los niños pequeños, sin pasar por fase alguna de cansancio. Entonces, se reclinó contra el respaldo de la silla y se entretuvo mirando al público de la sala de lectura: casi todos eran estudiantes, la mayoría de la Universidad a Distancia, que tenía en Pozoblanco una extensión del Centro Asociado de Córdoba. Había algunos jóvenes que leían periódicos, otros que, como él, extraían notas de gruesos volúmenes. Y había también una mujer, de cuarenta y cinco o cincuenta años, concentrada en un libro cuyo título llevaba la palabra *Paleontografía*, que a Servando le pareció de esa hermosura rotunda que tienen las actrices maduras del cine italiano.

Sin dejar de mirarla, imaginó que leía en la cama, desnuda a su lado, un ensayo sobre fósiles del Pleistoceno, que su reluciente cabellera caía suelta sobre sus hombros altos y rectos y que sus poderosos pechos, desplomados como dos gotas de miel que se fueran escurriendo al unísono, terminaban en pezones empinados y revoltosos como perinolas. E imaginó que en un momento determinado ella dejaba el libro sobre la mesilla de noche, se le subía encima y le suplicaba que la hiciera mujer, y que él, sólo por no contrariarla, la complacía tantas veces como era necesario hasta dejarla satisfecha y exhausta.

Para recrearla mejor por completo, pues tenía medio cuerpo tapado con el tablero de una de las mesas, empleó el viejo truco colegial de tirar el bolígrafo al suelo y agacharse a recogerlo. Contempló las piernas desnudas de la mujer, en efecto, pero cuando se irguió, ella lo estaba mirando sin reprobación ni sorpresa y él, turbado, bajó la vista e hizo como que se metía de lleno en la lectura de un periódico que alguien había dejado a su alcance, en el que vio titulares y repasó hojas sin aplicación alguna hasta que, de pronto, se vio leyendo una crónica sobre Pozoblanco que lo sacó del ensimismamiento.

Era de un crimen. Según decía, los vecinos tenían al muerto por un honrado padre de familia que bien pudo haber tenido la mala fortuna de sorprender en flagrante delito de robo a sus asesinos. Las fuentes de la Guardia Civil, sin embargo, se habían mostrado más cautelosas con el móvil del crimen, quizá a causa de las declaraciones de uno de los familiares, según el cual al cadáver le habían grabado en el pecho con un cuchillo un 1, una X y un 2, los tres signos de la quiniela.

Servando recibió la noticia con la conmoción que se oye en la vecindad el estallido de una bomba. Y lo peor estaba aún por venir, pues a la nada reconoció en la cara del asesinado, cuya fotografía ocupaba el lado superior izquierdo de la página, al hombre con quien se había cruzado en la puerta de la administración de loterías. Aunque no tenía claro lo que estaba pasando, intuyó enseguida que un peligro helado andaba tras sus pasos y, luego, recibió de golpe la luz: el muerto tenía que haber sido él, no aquel pobre diablo, pues él fue el que se llevó los papeles que el asesino había dejado olvidados.

Y, a continuación, conjeturó que el asesino y el muerto habían coincidido en la administración de loterías poco antes de que llegase él, por lo que el asesino había supuesto que el ahora fallecido era quien se había llevado los escritos con las claves para conseguir los quince aciertos. Cuando el asesino fue a la casa de aquel hombre, la suerte de este ya estaba echada, pues de poco servía su inocencia después de haber conocido la causa por la que había sido reclamado. El cadáver, además, podía ser utilizado como reclamo y como aviso para el individuo que de verdad se había llevado los papeles, que tal vez había llegado a comprender lo que tenía entre manos, de ahí que tuviera marcados en el pecho los tres signos de la quiniela.

Servando notó un sudor frío en la frente y una flojedad extrema y comprendió que estaba al borde del mareo. Respiró más hondo y se inclinó hacia la mesa para, en su caso, apoyar los brazos y caer sobre ellos. Fue inútil: despertó tendido en el suelo, con un corrillo de caras jóvenes alrededor y un jersey bajo la nuca.

Nada más abrir los ojos, lo inquietó tanta atención e intentó levantarse, pero una

mano en el hombro lo contuvo. “Espérese. Tranquilo, ya ha pasado”, dijo a su lado una voz tan enérgica como amable. Servando giró un poco la cabeza: la mujer a quien había imaginado en la cama estaba arrodillada junto a él. Al percatarse de sus cuidados, cayó en ese exceso infantil que tiene mucho de melodrama: exageró tanto el dolor como su fortaleza para superarlo, si bien mientras estuvo en el suelo miró a todas partes menos a ella. Sólo algo más tarde se agarró a la mano que le había ofrecido para ayudarlo a levantarse y, ya de pie, simuló un amago de vahído para continuar gozando de su interés. “Ha sido culpa de la complejidad de estos libros”, dijo queriendo aparentar ironía en el infortunio. Las fotocopias continuaban sobre la mesa, a la vista de cualquiera, así que ante la ocurrencia fueron varios los que miraron los papeles y uno dijo: “La cábala. Leyendo cosas tan raras, no me extraña que se haya mareado”.

El sonido de aquella palabra mágica devolvió a Servando a la realidad de su mala fortuna. De repente le sobraron todos los miramientos. “Estoy bien. Muchas gracias”, aseguró en un tono muy seco. Los jóvenes y las bibliotecarias se alejaron, y cuando se iba la mujer, sin saber de dónde le salía el coraje, le agarró el brazo.

– Discúlpeme –dijo–. No estoy acostumbrado a tener tantos ojos pendientes de mí. La gente dice que soy un excéntrico porque me ven solo y los muchachos de la vecindad me llaman loco. Ya ve usted, si esto me ocurre en mi casa, no sé qué hubiera pasado.

Mientras estuvo hablando no soltó el brazo de la mujer y, cuando acabó, tuvo la sensación de que si ella aguantaba su tacto era por la caridad que se le debe a un anciano. “No soy tan viejo”, le dieron ganas de decirle. “Aunque jubilado, sólo lo estoy anticipadamente. He ido a la escuela y he leído mucho. Tengo todos los números de la revista *Conocer* y una buena colección de discos de música moderna”. Pero se lo calló, y en su lugar añadió quitándole la mano de encima:

– Perdóneme otra vez. No quiero aburrirla con historias de viejos solitarios.

La expresión “viejos solitarios” le gustó: parecía no referirse ni a la vejez ni a la soledad, sino a personajes románticos heridos por la derrota o la desventura.

– Debemos llamar a una ambulancia –dijo ella.

– Estoy mejor. No se preocupe. En cuanto llegue a mi casa, me como un plato de jamón y me bebo un vaso de vino y me pongo como nuevo. Yo creo que esto me ha pasado por tener el estómago vacío.

La mujer debió verlo pálido, o asustado, o incapaz, o, simplemente, estaba funcionando su estrategia de seducción, porque insistió en llevarlo al centro de salud, o en llamar a un familiar, o al amigo más íntimo que tuviera. Él lo negó todo con el argumento de no producir vanas molestias.

– Está bien. Si no quiere hacer nada de eso, yo lo llevo a su casa. Tengo el coche aparcado en la plaza de la Constitución.

A aquel ofrecimiento hubiera sido de estúpidos renunciar. Pero mostrar una satisfacción excesiva parecía contraproducente.

– Me da vergüenza negarme, aunque lo cierto es que primero debo comer algo. Si me acompaña a El Chairó a tomar un café y un dulce, después le agradecería que me llevara a mi casa.

Pareció una contorsión verbal. De hecho, la mujer debió tomarse un instante para comprenderlo, o, al menos, para contestar afirmativamente. Servando recogió sus fotocopias, las dobló y se las metió en el bolsillo con los nervios de un colegial. Debió pensar en lo mal que parecen los tembleques de manos para que no le temblaran las manos y en lo ridículo que resulta en ocasiones así el tartamudeo para no pronunciar más que frases de una o dos palabras.

Fue ella quien se dio cuenta de que se dejaba el periódico y quien lo cerró y se lo llevó a la bibliotecaria, y, mientras tanto, él la veía actuar, aturdido tanto por su espectacular belleza como por la sucesión de acontecimientos inverosímiles que estaba viviendo. “Esto parece el guión de una película”, alcanzó a entender. Pero aunque por un momento se imaginó uno de esos tipos duros capaces de soportar sin un mal gesto los peores embates del destino, en realidad no podía pensar con toda lucidez en el asesinato

del día anterior ni en la quiniela ni en todos sus desastres recientes, porque se lo impedían las formas de aquella mujer de impresión. Es más, bajo la gran palmera del patio que hay junto a la salida, donde ella se presentó finalmente como María Reina, creyó que no podría resistir unos pocos segundos mirándola a los ojos, enormes y negrísimo, sin deslizar la vista a otras zonas más poderosas de su anatomía, y aunque acabó por no bajar la mirada, pensó que se le había notado el esfuerzo de aguantarse, y no se relajó hasta que al cruzar la puerta de la calle pudo darle una visura rápida de pies a cabeza.

Contra el gusto de Servando, tomaron la calle Ayuntamiento, que por haber nacido peatonal no tiene aceras. Como María Reina le sacaba la cabeza, parecían un escarabajo al lado de una presentadora de televisión. Él lo sabía, y sabía que si ella sola hacía volver la mirada de mucha gente, los dos juntos eran auténticos pregoneros del contraste. La prueba es que al pasar bajo el arco de la casa consistorial hubo funcionarios municipales que se asomaron a verlos, y que al entrar en el bullicio de la calle Real, limpia por fin de los légamos de la riada, los que iban andando se pararon y muchos salieron de los bares urgidos por el reclamo de ver juntos el paseillo de la reina de las fiestas y la cabalgata de los cabezudos.

En cuanto pudo, Servando se bajó de la acera para echarle al escalón la culpa de la diferencia de estatura. María Reina hablaba y él se limitaba a asentir, más pendiente de discernir si debía estar avergonzado por lo esmirriado de su cuerpo o presumir del ligue que había conseguido.

En la confitería El Chairó fue ella la que dijo de sentarse. Sentados parecían más iguales, y además sólo ellos ocupaban una de las cuatro o cinco mesas que tiene el establecimiento, resguardadas del mostrador desde el que se despachan los dulces. El problema de Servando fue entonces mantener una conversación.

– Usted no es de aquí, ¿verdad? –le preguntó después de unos segundos de terrible silencio–. De haber sido de Pozoblanco, no me hubiera pasado inadvertida.

– Sí lo soy, pero he vivido mucho tiempo fuera. Hace dos años enviudé. He vuelto

a mi pueblo, donde tengo una hermana y un piso. No sé si me quedaré para siempre.

Quizá había hecho una pregunta demasiado íntima. Estaba claro que la mujer no quería hablar mucho de sí misma. En el silencio posterior, Servando creyó que se había molestado, y a punto estuvo de pedirle perdón por ser tan curioso, o de darle el pésame por la muerte de su marido, o de preguntarle si tenía hijos, o de decirle que de algún modo él también era viudo, porque, aunque era soltero, en su juventud tuvo una novia que lo dejó por un lechuguino de Madrid. Todo aquello, sin embargo, le pareció inapropiado. Sabía que debía romper el mutismo y al mismo tiempo ser lacónico, que cuanto dijera debía ser breve e impresionante. Lo que no sabía era qué decir.

– Pues es la primera vez en mi vida que me mareo. Pero se me han juntado varios acontecimientos increíbles, ¿sabe usted? Algún día escribiré sobre ellos, porque lo que me está pasando da para una gran novela de aventuras –dijo.

Hubiera pensado que había ido demasiado lejos, hasta el punto de comprometer su propia seguridad, de no ser por la atención inmediata que despertó en María Reina.

– ¿Y no se puede contar todavía?

– No, todavía no.

– ¿Ni me puede dar una pista?

– No, lo siento. Esto lo tengo que digerir yo solo.

– ¿No tendrá que ver con el crimen de la quiniela?

Servando se quedó petrificado. Aunque quiso decir que no, no pudo. En la frente le nacieron múltiples gotitas de sudor.

– No se preocupe, le guardaré el secreto –aseguró María Reina–. Al hablarme de acontecimientos increíbles y aventuras extraordinarias, he recordado que antes de marearse leía el artículo sobre el asesinato. Lo sé porque el periódico estaba abierto por esa página. Ha debido afectarle muy de cerca para producirle el desmayo, por mucho que hubiera leído sobre la cábala y muy poco que hubiera comido esta mañana.

La mujer se inclinó hacia adelante para recibir la confidencia.

– No sea niño –insistió–. Estas cargas no se deben llevar solo. Sufrir en silencio es una estupidez cuando al lado tienes a una amiga de una discreción absoluta. Además, no es práctico: imagínese que muere, por ejemplo: entonces el crimen quedaría impune. ¿O piensa declarar a través de un médium?

Servando hubiera mandado a hacer gárgaras a cualquier otra persona, pero ella parecía saber tanto y, sobre todo, era tan hermosa y estaba tan cerca, que se aturrulló, y por no quedar como un estúpido y ya que hablar le resultaba imposible, sacó el papel donde había escrito los cinco enigmas menores y lo dejó sobre la mesa. “Lea”, acertó a decir finalmente.

Ella leyó arrugando el entrecejo.

– Tendrá que explicármelo –dijo enseguida.

Servando miró a un lado y a otro, aunque era evidente que estaban solos, y, tembloroso como quien revive historias de aparecidos, dijo:

– Alguien ha descubierto la forma de acertar los quince resultados en la quiniela. Por casualidad, yo encontré los papeles con las claves en una administración de loterías. El asesinado se cruzó conmigo en la puerta. El asesino ha creído que ese hombre, con quien probablemente coincidió en el despacho de loterías, fue quien se llevó su secreto. Pero ahora está seguro de su error. Las marcas en el cadáver son un aviso para quien posee los papeles, que soy yo, mire por dónde.

María Reina se echó hacia atrás para madurar lo que había oído.

– Si fuera creíble, iría a la policía –añadió Servando.

– Está claro que no le darían crédito alguno. Perdone que se lo diga: nadie puede darle crédito a esta historia.

– Seguramente el asesino conoce esa ventaja. Pero qué pensaría usted si le digo que los papeles contenían unos signos que yo copié y que en la última jornada he obtenido por ello quince aciertos.

– Debo seguir pensando que es pura coincidencia.

– Y lo entiendo. De todas formas, en las circunstancias actuales es lo de menos: de poco me sirve saber que todo es un fraude si no lo sabe quien me persigue.

– Pues dele sus escritos y en paz.

– ¿No lo entiende? En las quinielas los acertantes se reparten un porcentaje de lo jugado por los apostantes. ¿De qué le valdría a él volver a tener sus papeles si cualquiera puede acertar quince resultados? Además, estoy seguro de que tiene otros. Y si ha perdido el original, puede reconstruirlo. Los números no están hechos al azar. Contienen un sistema y, por lo tanto, pueden memorizarse con ligereza. Yo mismo soy capaz de reconstruirlos ahora.

María Reina volvió a mirar el papel con las claves. Servando supo que sólo necesitaba un empujón más para convencerla.

– Aunque me llamen loco algunos niños de la vecindad, soy una persona corriente y discurro siguiendo los mismos pasos que todo el mundo. Yo también he tenido dudas. Comprendo que los no afectados no lo crean. Pero en mi caso se dan demasiadas coincidencias como para, ante una consecuencia de las dimensiones de la muerte, no ponerme en lo peor. Yo he encontrado los papeles, yo he conseguido una de quince, yo soy el hombre que busca el criminal.

Servando comprendió inmediatamente que su última frase no tenía sentido alguno si él era el asesino. Quizá ahí estuvieran concentradas las reservas de María Reina.

– Puedo conocer esta historia tanto siendo la víctima como el criminal. Ahora bien, ¿cree usted que el asesino se hubiera mareado al ver la noticia de su barbarie? Un hombre que es capaz de grabar en un cadáver los signos de la quiniela tiene más sangre fría que yo. ¿No ve que estoy nervioso al ver lo que me acecha? ¿No ve que tengo miedo? Además, puedo demostrarlo: los papeles están escritos de puño y letra de otra mano que no es la mía.

Enseguida supo que al reconocer su debilidad se había dignificado ante María Reina.

– Ya sé que es una estupidez, pero soy una estúpida: le creo. Y me muero de ganas de ver esos papeles –dijo ella apoyando los codos en la mesa y echándose de nuevo hacia adelante.

También Servando se acercó. Ahora se reconocía más dominador de sus impulsos.

– Eso sería una locura. El asesino perseguirá tanto a quien posee los papeles como a quien ha descubierto su secreto. ¿Quiere morir? Me cuesta trabajo decirlo: mejor será que se vaya y se olvide de esta charla y hasta de que me ha conocido. Nunca se sabe: quizá la muerte ande ya vigilándome.

– Por lo que me dice, el criminal no tiene motivo alguno para sospechar de usted, así que no veo razón para preocuparse. Y si acaba descubriéndolo, no veo razones para que mate a cuantas personas han hablado con usted desde que echó la quiniela.

– Estamos ante una personalidad tan inteligente como maligna, tal vez ante un ser demoníaco, fijese lo que le digo. Cuando me encuentre, averiguará si he descubierto las claves de su sistema y si se las he revelado a alguien. Y no me pregunte cómo lo averiguará, porque yo pienso cantar en cuanto empiece a torturarme.

– Le agradezco su sinceridad, aunque no estoy tan segura de su apocamiento. De todas formas, me da igual. En mi caso, a estas alturas la emoción de la intriga es muy superior a la del riesgo. Insisto en ver esos papeles. Soy una maniática de los pasatiempos y los juegos crípticos y no soportaría mirarme al espejo tras haber dejado pasar una ocasión tan emocionante como esta. La misma conversación que estamos manteniendo me ayuda a decidirme. Esto es Pozoblanco, y esta es la vida real. Esta confitería tiene un nombre conocido para nosotros, esa gente que pasa por la calle son nuestros amigos, o nuestros familiares, o nuestros vecinos. Nosotros mismos nos reconocemos como seres normales, por mucho interés que despertemos en los transeúntes. Somos seres inteligentes y dueños de nuestro destino. Y, sin embargo, hay algo extraño aquí, en este preciso momento, que me hace tener esa sensación que deben padecer o gozar los personajes de mentira. Es como estar al otro lado de la pantalla o impresa en las páginas de un libro, y

esa experiencia, a mis años, en un pueblo como este donde nunca pasa nada, no quiero perdérmela por muy grande que sea el peligro.

A cualquier otra persona le hubiera dicho que no, pero aquella mujer era mucha mujer para una negativa. Aunque la belleza y la fortaleza de María Reina lo obligaban a un coraje añadido, defraudarla era más de tontos que de cobardes, pues mujeres así no pasan más que por delante de unos pocos afortunados y sólo una vez en la vida.

Servando respondió “está bien” como si fuera un mito del cine negro que da término a una conversación mientras aplasta una colilla. Desde que había transigido, tenía, como ellos, un agudo sentimiento de fatalidad y un dolor por sí mismo igual al que se siente por la muerte de un hijo. “Después de todo, por malo que sea el futuro, siempre será mejor que el pasado”, dijo, y se levantó sin dar tiempo a María Reina a preguntarle por las razones de aquella frase que había sido dicha con vocación lapidaria, para que surtiera idéntico efecto que a quien la ve escrita en un mojón del camino o en la losa anónima de un cementerio abandonado.

CINCO

A Servando le gustó que lo vieran entrar en su casa al lado de aquella mujer. El equívoco que generaban juntos lo dignificaba ante el vecindario y era una pequeña venganza contra todos los habitantes del pueblo. En el portal de su piso, saludó a la vecina del bajo, algo que no hacía desde varios años atrás, y lo hizo, adrede, con la expresión angélica de quienes son sorprendidos poco antes de cometer una acción que deben ocultar.

María Reina asumía como una circunstancia más del medio las actitudes de Servando y de los vecinos. Como el cojo se acostumbra a relacionarse con el mundo desde su cojera o el alto a mirar a la gente desde arriba, ella se había hecho a las reacciones que su belleza exagerada generaba en los hombres y mujeres de su entorno. Había acompañado a Servando por el caso en concreto, es decir, por el muerto, por el enigma de los papeles y por el riesgo. Nada tenía que ver la identidad concreta de aquel hombre en su actitud y mucho menos su apariencia. Sólo tenía por él el respeto que se debe a quienes afrontan la vida en condiciones de desigualdad por padecer algún pequeño defecto físico. Quizá por eso, al entrar en el piso le extrañó verlo tan limpio y ordenado. El mobiliario se había quedado un poco cateto, pero estaba muy bien cuidado, y el mármol blanco del suelo brillaba como si estuviera recién pulido. En todos los rincones y sobre las estanterías y las repisas había macetas de distintos tamaños con plantas verdes y frondosas. El aire era fresco y olía al mismo ambientador eléctrico que ella tenía en su casa. Para María Reina, tanta diligencia en un hombre mayor que vivía solo merecían algo más que la urbanidad de un cumplido.

– ¡Qué barbaridad! Nunca hubiera imaginado tanto orden en un pisito de soltero.

Lo dijo sin retintín ni más malicia que la pura distracción de un inocente doble sentido. Pero Servando, que no se había visto en otra parecida, se imaginó que por encima

de todo eran un hombre y una mujer, y que la mujer era de tiempos más dados a la libertad que el suyo, y que al verse solos se le estaba insinuando.

Por pura cortesía, o tal vez para cumplir con el obligado juego de seducción, siguió la costumbre aprendida en las películas de poner una poquita música. María Reina se había sentado en el sofá y enseñaba sólo el prometedor comienzo de lo que eran los redondos muslos de una diosa de la antigüedad. Delante del armario de los discos, Servando se volvió para preguntarle si tenía algún grupo preferido, pero al verla sentada en el sofá y mirándolo, creyó que lo esperaba para darse allí mismo un revolcón y las palabras se le quedaron en la garganta, atascadas en una bola de saliva. Hizo un gesto con los dedos y los labios como indicando que iba a oír algo bueno de verdad y, para que no se le notara el tembleque de las manos, en lugar de escoger uno se limitó a poner en marcha el aparato con el disco que ya estaba dentro, que resultó ser, para desgracia suya, *Astronomía razonable*, de *El último de la fila*, el cual empezó a sonar por la canción *Como un burro amarrado a la puerta del baile*.

No se atrevió a cambiarlo porque creyó que haciéndolo provocaría preguntas a las que en aquellas circunstancias le resultaría imposible responder con mentiras. Se volvió. María Reina lo miraba y sonreía. Por seguir con los trámites y sacudirse de paso la inquietud, le preguntó si quería una cerveza o una copita de vino, aunque todavía tenía en la boca el regusto del café que acababan de tomarse en *El Chairó*. Naturalmente, ella no aceptó, y añadió que si acaso cuando acabaran de desentrañar los enigmas de los escritos. La canción estaba a punto de llegar a esa parte que habla de uno muy chico y muy feo que, sin embargo, es piloto de aeroplano y Servando, aunque solía tararearla por la calle para darse ánimos, aprovechó que le tocaba hablar para taparla diciendo: “Además, le voy a traer la quiniela, por si todavía tiene dudas de cuanto le he dicho”.

Pero en el amparo de su habitación, al tocar de nuevo los papeles, recordó la noticia del asesinato y pensó que hallándose, como se hallaba, en tan grave peligro de muerte, el temor a hacer el ridículo delante de una mujer era de una estupidez obscena.

Cuando volvió al salón, tenía el miedo cambiado, y su rostro reflejaba el temple de quienes se han resignado a lo peor.

Dejó los papeles sobre la mesa baja, delante de María Reina, y se sentó en un sillón. “A ver, explíqueme”, dijo ella tras un rápido vistazo. Servando quiso explicárselo desde su sitio con una retahíla de palabras, muchas de las cuales podían sustituirse fácilmente señalando en los escritos con el dedo. “¿Aquí?, ¿esto?”, preguntaba ella levantando y girando los folios para que su anfitrión pudiera verlos mejor. Él, por no sentarse en el sofá a su lado, siguió contestando de la misma manera, hasta que la conversación se volvió de una idiotez tan insoportable que le propuso a ella trabajar en la comodidad de la mesa estufa.

María Reina se levantó sin oposición ni acuerdo. Estaba encantada con el hallazgo. La confusión de números, el lazo de unión entre las partes, las incógnitas, la regularidad de la tabla, la idea de la fórmula, parecían un enredo de lo más consistente. Además, en aquellos trazos ágiles podían sentirse sin esfuerzo de la imaginación el puño y la letra de un criminal consumado, quizá mago, quizá sabio. Así que se sentó a su lado para examinar los papeles del asesino, y los que contenían las trece claves descubiertas por Servando, y los cinco enigmas, y la quiniela de quince, con la alegría propia del aficionado que se dispone a ver en soledad y en lo oscuro una película de terror.

– Perdóneme, pero algunos enigmas no son muy complicados –dijo tras unos minutos de concentración–. Vea el que usted ha señalado como número 2, esto es, “¿por qué varía el número de decimales?” Observe, por ejemplo, la ecuación 13. De dividir 5250 entre 5000 no resulta un número entero, es decir, el resultado no es 1, que es tanto como poner 1'0, sino 1'05. Si ha puesto 1'0, debe de ser por la importancia que tienen los dos primeros dígitos. Vea cómo, cuando el resultado es inferior a uno, en todas hay dos dígitos a partir del último cero, y que ha escogido en el 0'022 el 22, en el 0'18 el 18, en el 0'39 el 39, etcétera.

Servando dijo que sí, pero no lo comprendió del todo. Ella volvió a explicárselo y,

cuando hubo terminado, continuó:

– El enigma número 3, “¿cómo se aplican los valores de las ecuaciones en la tabla?”, tampoco es gran cosa. De las dos filas que tiene arriba la tabla, debe escogerse siempre la superior. Para el sexto resultado de la quiniela, por citar un caso, debe buscarse el 6 en esa fila. El 6 está ubicado sobre la columna 12. En esa columna, la 12, buscaremos el número igual o superior al que salió de la ecuación, en este caso el número superior a 13 que se encuentra es 15. Pues bien, si desde el 15 seguimos esa fila en dirección a la izquierda nos encontramos con una X. Ya tenemos el primer signo: una X.

```

      6
      12
      --
      /
      /
      /
      /
x----- 15
      /
      /
```

María Reina le puso luego un par de ejemplos más, mientras Servando asentía maravillado.

– Creo haber descubierto también el que usted ha llamado enigma número 4, “¿por qué hay dos filas ordenadas del 1 al 15 sobre las columnas?”. La respuesta la he hallado al ver la quiniela que ha acertado usted. Observe que se refiere a la jornada número siete. Mire la tabla. Da la casualidad de que el número 1 de la primera hilera se halla sobre el número 7 de la segunda. Como la que se tiene en cuenta es la de arriba, según hemos podido comprobar al solucionar el enigma número 2, parece que el orden de primera fila comienza en el número de la segunda equivalente a la jornada que se juegue. Según esto, la próxima jornada, que será la octava, el número 1 de la primera fila coincidirá sobre el ocho de la segunda, el 2 sobre el 9, etcétera. De todas formas, esta cuestión está todavía por confirmar.

– ¿No me diga que conoce también la respuesta a los enigmas números 1 y 5? –

preguntó Servando, temiendo que aquella mujer solucionara de carrerilla lo que a él se le había antojado difícilísimo.

María Reina entendió la inquietud de Servando. Sonrió y dijo:

– No, de ninguno de los dos. Aunque presumo que el número 5, “¿qué significado tienen los números que hay a la derecha de los equipos en las listas–clasificaciones?”, tiene que ver con el orden de la clasificación actual. Vea que los números de la derecha, aquellos que se utilizan en la ecuación, no están ordenados, pero los números tienden a confundirse con el orden de la izquierda. Quiero decir que los primeros equipos tienen números más bajos y los últimos números más altos, como si los de la derecha correspondieran a la clasificación de la jornada anterior o algo así.

– No puede ser: en la jornada anterior el Deportivo de la Coruña también estaba el tercero, por ejemplo.

– No sigo demasiado la liga de fútbol. Habría que conocer más a fondo lo que ha pasado en esta temporada.

– ¿Y qué me dice del enigma número 1? –Servando había concentrado en él toda la magia de los escritos. Una solución concluyente hubiera sido una decepción y un alivio tanto como motivo de devoción hacia el talento de aquella mujer.

– Que no sé más de lo que usted me ha contado. La pregunta “¿Cab. = cb. = c. = c? Si es así, como parece, ¿qué significa?”, está bien formulada, pues efectivamente el autor de los escritos ha utilizado varias abreviaturas para identificar una sola palabra. Que esa palabra sea *cábala*, como usted ha creído, no resulta inverosímil. Después de sus lecturas en la biblioteca, usted sabe de la *cábala* bastante más que yo. Creo que es una forma de interpretación que utiliza la propia composición de las palabras y los números. Quizá sea pura superstición, pero si tiene unas reglas, es cuestión de encontrarlas y aplicarlas. A estas alturas del juego no nos vamos a detener por una simpleza semejante.

Servando detuvo un momento sus pensamientos deductivos para intentar entender a la mujer que tenía al lado. ¿De dónde había salido? Lo de menos ahora era la desmesura

de su belleza. ¿Dónde había aprendido todo aquello? ¿Cómo ante un caso de vida o muerte, con un cadáver ya sobre la mesa, llamaba juego a lo que se traían entre manos? ¿Ese despegó era sangre fría o la audacia de una persona sumamente lista pero inconsciente?

– Estoy asombrado –dijo en un alarde de valentía–. ¿Me permite que le haga dos preguntas?

María Reina se apoyó en el respaldo de la silla y lo miró fijamente. “Venga la primera”, apremió. Parecía un resignado Sherlock Holmes a punto de aclarar por tercera vez a Watson una duda cuya respuesta resultara de lo más evidente.

– Más que dos preguntas, son dos extrañezas. La primera, sobre su rapidez para comprender el problema y resolver algunos enigmas. Incluye la sorpresa que me ha producido el que una persona corriente sepa con tanta certeza lo que es la cábala.

– La rapidez que usted dice viene de mi afición a los pasatiempos. Tampoco me considero una tonta. Por lo demás, tengo algunos estudios y he leído mucho y de cualquier materia: no es casualidad que me haya conocido en una biblioteca.

María Reina estaba algo defraudada con la primera pregunta. “Venga la segunda”, dijo.

– Ha llamado usted juego a lo que estamos haciendo. ¿No le preocupa el lío en que se ha metido? ¿Acaso piensa que cuando aclaremos todas las claves de los papeles podremos descansar tranquilos? ¿No ha pensado que precisamente entonces correremos más riesgo que nunca?

– No lo había pensado de esa manera. Seguramente estaremos igual que ahora. Estos escritos contienen un sistema y pueden llegar a comprenderse poco a poco como un todo. Por eso me parece un juego, una diversión. No creo que sirvan para nada más. Pretender acertar la quiniela siguiendo las pautas que se marcan en ellos es una locura. Sus quince aciertos han sido una casualidad. Al fin y al cabo, para eso apuesta la gente, para que le toque. Otra cosa es que el autor de los escritos crea en ellos hasta el punto de matar

para guardar el secreto que recogen, pues, tal y como están las cosas, a ese hombre, y permítame que ya descarte a una mujer, le trae sin cuidado que hayamos descifrado las claves o no. Mire cómo ha acabado ese pobre diablo que se cruzó con usted en la administración de loterías. Así que soy consciente del riesgo desde ya, pero, como le dije mientras tomábamos café, el riesgo aumenta mi sensación de juego. Y, fíjese lo que le digo, yo no tengo hijos, me ennovié muy jovencita, mi marido era un aburrido y para colmo llevo dos años sin poder pelearme con él.

Servando, que había seguido las razones de María Reina con inquietud, se quedó prendido en la última frase.

– Yo haría dos observaciones más. O mejor dicho, una observación y una pregunta –continuó María Reina señalando a los papeles–. La observación se refiere al significado que tiene en la fórmula el número 1.000. Cuando apunta las claves, usted dice que es una constante, pero a mi juicio únicamente se ha introducido para retrasar la coma de los decimales tres posiciones. Es decir, para nada, pues, como dijimos al solucionar el enigma segundo, a la tabla se llevan en cualquier caso los dos primeros dígitos a partir del último cero de la izquierda. Da igual –y garabateó–:

$$\begin{array}{l}
 50 \times 9 \times 1 \\
 1.- \text{-----} = 0'0\underline{\underline{22}} \quad \mathbf{1} \\
 1.000 \times 20 \\
 \text{que:} \\
 50 \times 9 \times 1 \\
 1.- \text{-----} = \underline{\underline{22}}'5 \quad \mathbf{1} \\
 20
 \end{array}$$

– Alguna misión tendrá ese número, pues nada parece ocioso en los escritos –aseguró Servando.

– Ninguna –dijo tajantemente María Reina–. Sólo tiene que ver con la personalidad del autor: le gustan más los números pequeños, o se halla más cómodo con ellos, o cree que introduciendo un elemento superfluo añade más complejidad al enigma.

– ¿Y la pregunta?

– El número 50, al que usted se refiere de refilón cuando expresa las claves, me intriga. Al contrario que el número 1.000, no se recoge directamente en la fórmula, sino que aparece bajo la referencia con que comúnmente son expresadas las constantes, esto es, como K . Ahora bien, al desconocer su procedencia, también desconocemos su operativa: tenemos la certeza de que debe aplicarse con ese valor en todas las ecuaciones de la jornada séptima, pero no sabemos si cambia o desaparece en otras jornadas.

– Aun así, estamos muy cerca de conocer todos los secretos de los escritos.

– Ni mucho menos –contestó María Reina–. Yo veo tres pasos sucesivos para llegar al fondo del asunto. El primero consiste en descifrar las claves de la jornada séptima. El segundo en comprobar cómo varían las claves de la jornada séptima al aplicarlas a otras jornadas anteriores. Y el tercero, y más importante, en adivinar cómo llegó a construirse esta teoría inconcebible. En las dos primeras fases se trata de averiguar cómo se debe aplicar la fórmula. En la tercera, de llegar a conocer cómo se ha creado. Ya ve, aún estamos en la primera fase y nos encontramos con escollos tan importantes como el de la cábala o a lo que quiera referirse esa variable tan extraña.

Un silencio dejó entrever que todo estaba hecho por aquella mañana.

– Me voy, que tendrá usted que prepararse la comida –dijo María Reina.

– La prepara Doloritas, mi asistenta. Ha debido irse poco antes de que llegáramos. Yo solo tengo que calentarla en el microondas –a Servando le pareció que tener a alguien trabajando en su casa le daba cierta posición social, aunque tampoco perdió la oportunidad de aparecer como un hombre moderno y de su casa–. Pero las cenas me las hago yo, y no ceno lo que pinte, se lo aseguro.

María Reina sonrió de una manera que a él le produjo a un tiempo felicidad y vergüenza. Para esconderse un poco, bajó la mirada fingiendo que su atención retornaba a los papeles, sobre los que ella descansaba en parte las manos, largas y con las uñas pintadas de un rojo muy vivo. Ahora que habían terminado con las intrigas, parecía

ineludible volver a hablar directamente de ellos. Al menos ese era el temor y el anhelo de Servando, quien pensó que María Reina dilataba el silencio para darle la oportunidad de reiniciar la seducción.

Por eso, cuando María Reina volvió hablar, él tenía tan en la superficie varias ilusiones eróticas que se puso rojo. Ella, acostumbrada a producir en los hombres todo tipo de reacciones, no pudo ignorar aquel sofoco enorme, al que, sin embargo, no supo atribuir los orígenes hasta que de los temblorosos labios de Servando salió una invitación para quedarse a comer en su casa.

Ante el esfuerzo que a Servando le producía un trámite tan simple, María Reina sintió un arrebato de ternura. Le cogió la mano, que también tenía apoyada sobre la mesa, y dándole palmaditas y mirándolo fijamente le dijo: “Hoy no, que ni Doloritas ni yo lo hemos previsto. Mañana, o cualquier otro día me invita a almorzar o, si lo prefiere, a cenar, y así le doy la oportunidad de lucirse con una exquisita comida”.

María Reina le pidió prestados los papeles para estudiarlos aquella tarde y le propuso quedar en la biblioteca Municipal al día siguiente y él asintió sin saber muy bien a lo que se estaba comprometiendo. En realidad, en aquellos instantes le hubiera contestado que sí a cualquier proposición, por abyecto o difícil que hubiera resultado su desempeño.

Cuando María Reina se fue, Servando se dejó caer en un sillón. Estaba agotado y radiante, como quien se levanta de la cama en la que ha pasado una noche loca con su actriz favorita. Hasta muchas horas después no lo sacó de su ensimismamiento un aparatoso ruido de tripas. Entonces, calentó la comida y se la comió en la sala sin televisión ni radio, perdida de nuevo la mente en recuerdos e imaginaciones relacionados con su nueva compañera de fatigas. Al terminar, no recogió la mesa y se abandonó al porfiado afán del sueño, del que salió casi a media noche con el cuerpo atormentado por una pesadilla que no recordaba, aunque sospechó que estaba relacionada con el asesino de la quiniela.

“Estoy tonto”, se dijo para darse ánimos: “Me pide la mujer más extraordinaria del

pueblo que la invite a cenar y yo, en lugar de regocijarme con lo que puede venir, permito que un miedo infantil ocupe mi mente”, se reprochó mientras llevaba a la cocina la bandeja con los restos de la comida.

Después, frente a su lecho, se imaginó que el asesino, en un último gesto de humanidad, gozaba viéndolo dormido, y que luego le asestaba una lluvia de puñaladas sin puntería, a hecho. La suya era una cama antigua, muy alta, y la colcha caía por los tres lados libres casi hasta el suelo, al que tocaban los hilos de las borlas que la remataban. Si se escondía debajo, dormiría mucho más tranquilo.

Estaba decidido: se puso el abrigo, apagó la luz de la habitación y, sin quitarse los zapatos, se metió debajo de la cama deslizándose sobre la alfombra que utilizaba para apoyar los pies. Estaba incómodo, pero se sentía tan seguro como un niño arropado con el embozo hasta la coronilla. Es más, a partir de entonces pudo pensar en otras cosas y, finalmente, hecho un cuatro y con el antebrazo izquierdo como almohada, se quedó dormido.

Cuando la dureza del lecho lo despertó, una luz entraba por la puerta de la alcoba. Servando tuvo un momento de incertidumbre antes de percatarse de su situación. Luego, se acercó a las borlas de la colcha y, con los cinco sentidos alerta, miró en dirección a la sala, de la que veía una estrecha franja por el entreabierto. Como tras casi un minuto de acecho no advirtió nada extraordinario, intentó recordar si esa anomalía era el resultado de un olvido suyo. Le costó trabajo, porque el pánico le impedía concentrarse, pero al cabo concluyó que la luz encendida hubiera delatado su presencia a un extraño, por lo que habría sido una estupidez dejarla encendida y acostarse debajo de la cama. Una estupidez que no le habría permitido dormirse tranquilo. Y se había dormido.

Servando dio un respingo hacia dentro y se quedó paralizado. El tiempo pasó a partir de entonces con una lentitud agobiante. Por eso no supo luego en qué momento vio pasar por el entreabierto las piernas del asesino, ni cuándo entró este en su habitación y él lo tuvo tan cerca que pudo distinguirle la marca de los zapatos, ni el periodo que estuvo

revolviendo en la mesilla y en los cajones de su cómoda y de su armario, ni el rato que luego se tomó en el cuarto de baño, cuya puerta se abría un poco más allá de los pies de la cama.

Por esa curiosidad insana que despierta el miedo, Servando adelantó un poco la cabeza y con la cara pegada a la alfombra miró en dirección al cuarto de baño: el asesino se había dejado caer los pantalones y los calzoncillos hasta el suelo y tenía los talones quietos junto a la taza del váter. Durante el tiempo siguiente, oyó que pasaba las páginas de una revista o de un periódico, que rasgaba varias veces papel higiénico y que tiraba de la cisterna.

Sólo algo más tarde, oía el leve portazo con que se despedía el intruso. Servando volvió a su posición, ya no sólo aterrado, sino también herido en su amor propio, pero siguió escondido hasta que la luz de la calle inundó cada uno de los rincones de la habitación. Entonces, se levantó con bastante trabajo, pues le dolían todos los huesos del cuerpo, y apabullado por el recelo miró en cada escondrijo del piso. Efectivamente, el intruso no estaba, ni había huella alguna de su paso. Además de paciente, aquel hombre era ordenado hasta lo enfermizo. ¿O es que no quería dejar constancia de su visita? Quizá fuera eso, pensó Servando, y, algo más tranquilo, fue a ducharse al cuarto de baño de su habitación.

Sin embargo, en cuanto entró en él comprendió que sus suposiciones eran erróneas y que el intruso había dejado al menos dos señales inequívocas de su visita. La primera, el periódico del lunes, que estaba abierto sobre el lavabo por la página dedicada a la quiniela, donde Servando había rodeado con un circulito cada uno de los quince signos, como queriendo indicar que eran otros tantos aciertos. La segunda, el *I*, la *X* y el *2* escritos con espuma de afeitar en el espejo.

A Servando le temblaron las piernas. Mientras desayunaba, pensó que las dos señales eran otros tantos mensajes del asesino. El periódico abierto por la página dedicada a la quiniela le anunciaba que estaba seguro de que él era el ladrón de sus papeles, que le

había copiado los resultados y que conocía la trascendencia de las expresiones escritas en ellos. Los signos del espejo eran una clara advertencia e indicaban que iba por él y que le haría lo mismo que al inocente padre de familia asesinado. Servando resumió las señales dejadas por el intruso con una frase que pronunció entre dientes: “Ahora que conozco tu identidad, lo que hiciste y lo que sabes, no pararé hasta matarte”.

SEIS

Cuando a las diez menos cuarto Servando entró en la biblioteca Municipal, María Reina ya estaba sentada en el fondo de la sala de lectura con varios volúmenes abiertos sobre la mesa. Servando, que no había tenido ánimo para desayunar, llevaba reflejadas en su rostro las secuelas del susto y las rodillas y las manos le temblaban todavía. María Reina le dio los buenos días y le hizo un comentario ocurrente sobre la puntualidad de ambos que no encontró la sonrisa que esperaba, sino una mueca informe.

– Lo noto algo decaído –dijo ella entornando pícaramente sus ojos enormes, para incitarlo a desahogarse tanto como por saciar su curiosidad.

Servando apuró la intriga mientras se sentaba enfrente de María Reina. Estaba deseando contarle a alguien el suceso de la noche. Tras echar un vistazo nervioso a la sala, se acercó a su amiga inclinándose sobre la mesa. Ella correspondió con idéntico movimiento de sigilo, de manera que sus caras quedaron frente a frente y muy cerca y él pudo ver uno a uno sus dos ojos grandes y marrones y oler las dos gotas de fragancia de rosas que se había puesto detrás de las orejas con unos pocos toquecitos del dedo índice. Servando se quedó un instante prendado de aquella visión celestial y luego, superando el impulso de morderle los labios, pintados de rojo sangre, dijo:

– Esta noche ha ido el asesino a buscarme a mi propia casa.

María Reina hizo un gesto de incompreensión. Servando continuó:

– Ha estado dentro. Ha mirado en todos los cajones y en todos los rincones, pero no ha encontrado nada. Ni a mí tampoco, pues al sentir ruido me escondí debajo de la cama.

Servando se echó hacia atrás para dar más relevancia al testimonio.

– Quizá no sea tan listo como pensábamos. O quizá sea otro. Es raro que buscando en todos los rincones no se le haya ocurrido mirar debajo de la cama, que es donde primero suele esconderse la gente –aseguró ella.

– Es que estaba hecha y parecía que en el piso no había nadie. Yo lo oí desde el

sillón en el que me había quedado dormido. Además, en cuanto vio que el periódico del lunes tenía señalados los resultados de la quiniela, abandonó la búsqueda. Pero antes de irse dejó escritos en el espejo del cuarto de baño los tres signos de la quiniela.

No estaba seguro de haber hecho creíble la mezcla de verdad y mentira. Incluso pensaba que se había puesto rojo. Para no dar tiempo a que la intuición llevara a aquella mujer hasta la sospecha, continuó hablando, ahora más en tono de víctima.

– Ayer sufrí una lipotimia al conocer el crimen de otro. Hoy, después de lo que ha pasado, dígame cómo cree que tengo el cuerpo y si no es como para estar bastante decaído.

Ella no contestó. Se echó hacia atrás pensativa, mirándolo de un modo que a él le dio un poco miedo.

– Y mucho me temo que usted debe afrontar los mismos riesgos que yo, por no decir que correrá la misma suerte si Dios no lo remedia –añadió Servando. No tenía pensado ser tan brusco, pero necesitaba urgentemente desviar la conversación hacia terrenos más seguros.

– En eso estaba pensando. Al menos sabemos quién es y podremos guardarnos de él hasta el que misterio se aclare.

– No sé quién es porque no lo vi. Es decir, no le vi la cara. Sé que tiene una fortaleza animal, y que su paciencia quema la sangre, poco más.

– Al menos conservará la quiniela, ¿no?

– Sí. La tenía en el bolsillo cuando oí los ruidos –contestó Servando, que había adivinado en la pregunta un nada sutil tono de reproche.

Aunque hablaban bajito, un joven de la mesa de al lado ya les había siseado un par de veces demandándoles silencio y ahora una de las bibliotecarias se dirigía hacia ellos. María Reina, que estaba sentada de cara a la sala, la detuvo con un gesto y se llevó el dedo índice a los labios para indicarle lo innecesario de la regañina. “Véngase aquí”, le dijo a Servando señalándole la silla que tenía al lado.

– No me diga que no es emocionante –continuó cuando lo tuvo junto a ella–.

Nosotros intentando adivinar un complicado acertijo mientras su autor nos amenaza con la peor de las suertes posibles. ¡Si al menos pudiéramos encontrar la solución!

– ¡Cómo! Creía que iba a decir si al menos pudiéramos salvar la vida.

– Sí, claro. Pero además me emociona pensar que la vida depende de la solución de los enigmas, aunque no sea así, y que viviremos si conseguimos descifrarlos y moriremos en caso contrario.

María Reina lo miraba sin verlo, como hechizada por sus propios pensamientos.

– ¿No le gustaría – prosiguió– que el destino dependiera de una cuestión tan simple? ¿Que una vez al año, o al mes, o cuando fuera, alguien, el Ser Superior, nos mostrara un acertijo cuya solución fuera crucial para nuestra continuidad en el mundo? Es más, imagine por un momento que no sólo la muerte se decide de esta extraordinaria manera, sino también las circunstancias de la vida, que eres rico o pobre según el grado de dificultad del enigma que descifres, que vivirás en Torrecampo o en El Guijo o en Pozoblanco según la solución que des a un misterio que te plantean, imagínese que hasta la identidad de tu pareja depende de un jeroglífico o una adivinanza.

– ¡Sería horrible! –exclamó Servando.

– No más horrible que el azar. Y si no, pregúntele a los más desamparados, a los enfermos incurables y a los desheredados del mundo si no hubieran preferido leyes como las que le propongo, que reparten los papeles en función del trabajo y el ingenio de cada uno.

– No todo el mundo tiene el mismo ingenio. Ese sistema sería injusto por desigual.

– Nada hay más igualitario y a la vez más injusto que la suerte. Es cuestión de suerte nacer en una familia rica de Suiza o en una de parias de la India, pero no me dirá usted que se conforma con esa decisión del destino, particularmente si le ha tocado ser paria.

– No sabría decirle. La verdad es que me estoy perdiendo –la expresión de María Reina empezaba a parecerle inquietante.

– Piense ahora que vive con una espada sobre su cabeza, que tarde o temprano lo alcanzará y que únicamente puede morir por la acción de ella. ¿No le gusta más esa posibilidad que el riesgo incontrolable de miles de peligros acechándole por doquier, no ve que hay muchas espadas invisibles colgando sobre nosotros?

María Reina pareció despertar de su embeleso. Lo miró de una forma más generosa y le dijo:

– A usted lo que le impresiona es la única espada que cuelga amenazadora del techo. A mí, los riesgos que acechan al volver la esquina.

– Lo malo es que ambos peligros se suman, de manera que tanto usted como yo estamos expuestos a las acciones que inquietan a todos los hombres y, además, a la locura de un criminal.

– Sí –dijo María Reina en un suspiro que indicaba más incompreensión que asentimiento, como para zanjar una cuestión que empezaba a resultarle cargante–. Pero no sólo se suman, se entrelazan y se apoyan para que al final resulte un único peligro, enorme y desconocido, que se concretará de pronto en acciones inmediatas: un asesinato o un cáncer o un accidente de carretera.

Y como no quería hablar más del asunto, dio dos golpecitos con la mano izquierda abierta sobre la mesa y dijo: “Bien, vamos a lo importante”.

– Ayer nos quedaron por resolver los enigmas que usted denominó número 1 y número 5 –continuó–. Mucho me temo que después de pasar toda la tarde indagando no he conseguido descifrar ninguno de los dos. Tampoco sé el origen de la constante K , que es igual a 50 . De los estudios realizados, sin embargo, he llegado a la sospecha de que la palabra que se esconde tras $Cab. = cb. = c. = c$ no es *cábala*. La ciencia que representa ese vocablo es contradictoria y las teorías ofrecen demasiadas interpretaciones, todas enrevesadas y de poco fiar. Tanto es así, que si la variable a que se refieren esas letras es *cábala*, no estoy segura de poder llegar a descifrar el enigma número 1. Ya sé que los argumentos no son suficientes para eliminarla, pero sí para apartarla por ahora: lo que no

podemos es obcecarnos con una sola propuesta en un enigma y paralizar todas las demás líneas de investigación.

Servando hizo un gesto de asentimiento.

– Si le parece, dividimos el trabajo. Yo puedo dedicarme al enigma número 1 y usted a indagar el significado de los números que hay a la derecha de los equipos en las listas– clasificaciones, eso que usted llamó enigma número 5.

Bajo las palabras de sugerencia, el tono era categórico. Tampoco Servando, aunque le hubiera estado permitido, habría podido negarse, porque los desastres de la noche lo habían dejado sin voluntad y porque lo suyo por aquella mujer era fascinación, sobre todo teniéndola tan cerca.

– Tendrá que explicarme lo que debo hacer –dijo con una humildad convencida.

– Pida los periódicos del día siguiente a las jornadas disputadas hasta ahora en el campeonato de fútbol. Busque en las clasificaciones anteriores un criterio, una regla. Recuerde que los números de la derecha tienden a seguir el orden de la izquierda, lo que nos indica una posible dependencia de los primeros de la derecha respecto de los segundos o de la clasificación de otras jornadas. Cuando tenga algo, dígame. Yo me quedo aquí buscando palabras alternativas a *cábala*.

Servando se levantó inmediatamente. Un criterio, una regla, se dijo con la mente en blanco mientras atravesaba la sala de lectura principal del edificio. En las dependencias habilitadas para hemeroteca, pidió el diario Córdoba de todos los lunes desde que empezó el campeonato, que completó luego con otros de jueves posteriores a miércoles en que se hubieran celebrado jornadas de liga. Seis periódicos en total, que miró primero uno a uno comparando las clasificaciones recogidas en los mismos con las expresadas en el manuscrito del asesino y, después, en vista del escaso éxito obtenido, puso abiertos sobre una mesa, en dos filas de tres ejemplares cada una.

Llevaba un buen rato examinándolos sin que hubiera sacado conclusión alguna, cuando María Reina entró en la sala de la hemeroteca. El hecho de que Servando no le

hubiera podido ofrecer nada no pareció decepcionarla en absoluto. Es más, parecía tenerlo previsto, como si el tiempo que su amigo había pasado allí sólo hubiera sido una concesión a la pequeña vanidad de este. Atendió a sus torpes excusas mirando alternativamente a los periódicos y al manuscrito y respondió con un “sí, quizá sea más complicado de lo que creía”, a su advertencia de que ya había comparado las clasificaciones de las distintas jornadas con las incluidas en los papeles del asesino.

– Pues tiene que haber una relación –insistió María Reina.

Le pidió un momento y salió de la sala sin dar explicaciones. Al cabo de un minuto, volvió con una calculadora que, según dijo, había metido en el bolso antes de salir de su casa porque se temía que para la resolución del asunto quizá fuera necesario echar muchas cuentas y se puso a teclear en ella enseguida, en tanto Servando le guardaba un silencio más que respetuoso, incluso más que de admiración.

– Ya está –dijo finalmente–. Como pensaba, la numeración de la derecha tiene que ver con las clasificaciones: es la media de los puestos que han ocupado los equipos en las seis jornadas anteriores. Por ejemplo, el Racing de Santander ha estado en los lugares 4, 10, 15, 16, 14 y 13. Si sumamos todos los números equivalentes a los puestos nos da un total de 72, que dividido por el número de jornadas anteriores a la séptima, nos da igual a 12. El 12 es el número que este equipo tiene a la derecha en la clasificación que aparece en los manuscritos.

– ¿Y si la media es idéntica? –preguntó Servando.

María Reina pareció sinceramente entusiasmada con la agudeza de la pregunta.

– Lo resuelve dando prioridad al que aparece mejor colocado en la clasificación de la séptima jornada. Observe los dos primeros puestos. El Real Madrid ha ocupado los lugares 1, 1, 4, 1, 2, y 1, mientras que el Barcelona ha estado situado en los puestos 2, 2, 1, 2, 1 y 2. Ambos suman 10 y, por tanto, al dividir por seis resulta también el mismo número, incluso en las fracciones. Pero el Real Madrid está mejor clasificado en la jornada séptima, luego a él le corresponde el número 1. Por lo demás, debe tener en cuenta que los

puestos se reparten en su totalidad, de manera que no puede haber dos equipos con el mismo número. Por ejemplo, si la media de uno es 18'15 y la de otro 18'20, sus números serán el 18 y el 19.

– Ahora sólo nos queda el enigma número 1 –dijo Servando–. Siento el desasosiego feliz del ladrón que se halla a punto de abrir una cámara acorazada. Porque tiene una palabra para sustituir a cábala, ¿no?

– La tengo. Pero como no estoy segura, me la voy a guardar hasta que despeje la incógnita de si es buena o no, pues si sirve será sin duda alguna lo más increíble del mundo, pero si no sirve habrá sido una solemne estupidez el solo hecho de haber pensado en ella. Yo también voy a indagar en los periódicos. Recuerdo que en una edición del diario Córdoba de finales de agosto o principios de septiembre salió algo que no puedo encontrar en los artículos de las enciclopedias.

No dio más explicaciones, pero tampoco hacían falta. A aquellas alturas Servando no sólo reconocía la superior naturaleza de María Reina para el arte de la investigación, sino que se hallaba como embrujado por su facilidad para aprehender la esencia de las cosas. Sentado frente a ella, la vio repasar hoja a hoja los periódicos, concentrada, levantando la cara cuando soltaba uno y cogía otro para sonreírle y darle y darse unas palabras de ánimo. Aquella era la mujer perfecta, pensó Servando. O mejor, aquel era el ser perfecto. Y el hombre que se había casado con ella era un tipo doblemente estúpido, porque no había sido capaz de hacerla feliz y por morirse tan pronto, como si en el cielo fuera a encontrar más dicha que la que dejaba en la tierra. Que la que dejaba en la tierra para goce de otros vivos, añadió luego. Y se puso a mirarla con la delectación que observa un pobre los lujos del rico o se ve la fotografía de un paisaje de ensueño que nunca se podrá visitar, pero que puede visitarse y de hecho visitan otros. “Soy chico, soy feo y ni siquiera soy piloto de aeroplano”, se dijo con una tristeza casi tangible, y así se quedó, apalancado en una melancolía ingente, con la mano en la mejilla y los ojos fijos en los labios estremecedores de María Reina.

No se percató de que había dejado de pasar hojas hasta que la vio con la calculadora en la mano. Entonces se levantó para ver al derecho lo que ella estaba leyendo. Era la página 12 de la edición del diario Córdoba del martes, 29 de agosto de 1.995. Arriba había dos fotografías. En la de la izquierda, un hombre, a quien se veía el perfil oblicuo de la cara, miraba un pequeño y raro aparato ubicado sobre una mesa, dispuesto a apuntar en un papel los datos que fueran con el bolígrafo que sostenía en la mano derecha. En la otra, en medio de lo que parecía ser un barbecho y justo detrás de una bandera con el asta hincada en el suelo, un hombre de mediana estatura –quizá el mismo de la anterior fotografía–, vestido con un polo oscuro y pantalones cortos de color claro, abría los brazos en cruz con las palmas de las manos orientadas al frente, mientras miraba el suelo cerca de él y ligeramente a la izquierda.

– No me diga que en medio de esta locura no es una casualidad –dijo María Reina.

Servando leyó el titular: “Cabañuelas, ¿arte o ciencia?”. El subtítular rezaba: “Mariano Reina predice que noviembre será el mes más lluvioso en lo que queda de 1.995”.

– La palabra que buscábamos es *Cabañuelas*. Y ahora recuerdo la razón por la que el artículo no me pasó inadvertido: este señor se llama Mariano Reina, casi como yo, aunque en él el Reina sea apellido y en mí sea parte del nombre compuesto. Por cierto, todavía no he conocido a otra María Reina ni a nadie que supiera que el día de mi santo es el 22 de agosto.

– ¿No querrá decir que $cab = cb. = c. = c$ es cabañuelas, las cabañuelas de agosto, esas que sirven para predecir el clima del año siguiente? –preguntó Servando al borde de la risa.

– Esas. Ya sé que es absurdo, tanto, que está empezando a darme miedo la posible veracidad de las ecuaciones. Quizá llevara usted razón y este sea el engendro de un ser que ha descubierto al margen de la razón el mecanismo de la suerte.

– Sea como fuere, es humano, se lo aseguro. Pero dígame cómo ha llegado a esta

conclusión.

– Igual que usted: buscando en el diccionario de la lengua española vocablos que empezaran por *cab*. En la vigésima primera edición del de la Real Academia Española definen cabañuelas como “cálculo que, observando las variaciones atmosféricas en los doce, dieciocho o veinticuatro primeros días de enero o de agosto, forma el vulgo para pronosticar el tiempo que ha de hacer durante cada uno de los meses del mismo año o del siguiente”. Era la única definición, junto con la del vocablo cábala, que incluía referencias a cálculos.

– ¿Cómo se aplica? ¿Qué tiene que ver la climatología de agosto con la quiniela?

– Lea la entrevista que le hacen a Mariano Reina. En la segunda columna, a la pregunta del periodista, que resulta ser Alfonso Luis Rodríguez, el señor Reina contesta que el fenómeno climatológico a observar se produce del 1 al 13 de agosto, ambos inclusive. Pero añade que el día 1 de agosto debe considerarse día universal y lo que ocurre en esa jornada dividirse por dos y por grupos de dos horas adjudicarse a los meses. Él mismo aclara que de las 0 horas a las 2 es enero y así sucesivamente.

– Sigo sin entender nada.

María Reina escribió en un papel:

<u>horas</u>	<u>meses</u>	<u>números</u>
0 - 2	enero	1
3 - 4	febrero	2
5 - 6	marzo	3
7 - 8	abril	4
9 - 10	mayo	5
11 - 12	junio	6
13 - 14	julio	7
15 - 16	agosto	8

17 - 18	septiembre	9
19 - 20	octubre	10
21 - 22	noviembre	11
23 - 24	diciembre	12

– La primera columna –dijo– representa las horas respecto del meridiano de Greenwich o meridiano 0, como señala Mariano Reina, es decir, el horario solar estricto del día 1 de agosto o día universal de las cabañuelas. La segunda, los meses a que corresponden las observaciones. La tercera, los números que se asignan en el manuscrito, que dependen de la hora de comienzo de los partidos. Así, un partido que se celebre por la mañana, entre las 11 y las 12 horas según el horario solar, tendrá el número 6.

– ¿Está segura? ¡Parece tan absurdo!

– Lo es, pero estoy segura. Observe que la mayoría de las veces $cab. = cb. = c. = c$ toma el valor nueve, dado que la mayoría de los partidos comienzan entre las 17 y las 18 horas. En el partido Rayo Vallecano–Gijón, casilla número 3, el valor asignado es 6. Recuerde que el Rayo Vallecano suele celebrar sus partidos por la mañana. Este en concreto debió comenzar entre las 11 y las 12 horas. Otro partido que tiene un valor distinto es el que enfrentó al Barcelona y al Salamanca, porque fue retransmitido el domingo por televisión y, como suele ser costumbre en estos casos, comenzó cuando ya habían acabado los demás, entre las 19 y las 20 horas. Todavía nos quedan otras dos excepciones: el Coruña–Zaragoza, que se celebró el sábado por la noche, empezó entre las 21 y las 22 horas, y el Real Madrid B–Hércules, que comenzó dos horas antes que el partido de los mayores del Real Madrid con el Albacete, entre las 13 y las 14 horas según el horario solar.

Como si no fuera posible creer cuanto veían sus ojos, Servando comprobó la veracidad de los números. Luego, con la reverencia que una aprendiz de bruja debe leer por primera vez un libro de ensalmos, leyó la entrevista a Mariano Reina y el artículo

insertado en la misma página titulado “Puente Genil ha sido propuesta como sede del II Congreso de Cabañuelas”. Según se decía, a primeros de julio se había celebrado un Congreso de Cabañuelas y Astrometeorología Hispánica en Mora de Toledo promovido por Manuel Plaza, autor del libro *Cabañuelas, primera y segunda parte*. En la explicación anterior a la entrevista, el periodista resumía las palabras de Mariano Reina sobre los “entresijos de su ciencia (o arte)” de la siguiente forma: “Los datos se toman durante veinticinco días siempre en el mismo punto, donde se coloca una bandera de modo que indique la dirección del viento y se señalan los cuatro puntos cardinales. La hora ha de corregirse para tomar siempre la solar, por lo que utiliza dos relojes. También corrige la situación de Puente Genil respecto del meridiano 0, cuando en nuestro reloj son las doce del mediodía, en lo relativo al sol son las diez menos diecinueve minutos en la localidad (en el horario de invierno la diferencia se acorta en una hora). El día 1 de agosto corresponde al día *meteorológico universal del año* y se dice que *pinta* las cabañuelas. Los doce días siguientes son adjudicados en orden creciente a los meses del año y del 14 al 25 en orden decreciente, son las *retorneras*”.

Servando se levantó impresionado.

– Probar la relación entre los sucesos climatológicos de un día de agosto y los resultados de los partidos de fútbol no hace sino autentificar la ciencia de las cabañuelas. Me parece un descubrimiento esencial que puede romper todos los dogmas científicos actuales para configurar otros nuevos.

– Es como descubrir que la astrología es una ciencia exacta y la astronomía un fraude absoluto.

María Reina torció un poco el gesto.

– Recuerde que las cabañuelas no han influido en nuestras investigaciones – aseguró–. Nosotros no hemos atendido al tiempo que hizo uno o varios días de agosto, sino que nos hemos limitado a verificar una correlación entre las horas de los partidos y unos números determinados. Y las horas son de todos los días del año, no de uno u otro

día de agosto.

Servando dudó un momento.

– Es verdad –dijo–. Pero esa relación cierta y exacta entre el movimiento de la Tierra y algo tan artificial como el meridiano 0 demuestra que en el cosmos también hay principios disparatados, que, aunque nada tienen que ver con la lógica actual, son igualmente cognoscibles. Por lo que se ve, existen leyes absurdas que no sólo marcan el destino de los cuerpos inertes, sino que gobiernan el devenir de los seres vivos, incluido el de los hombres. Quizá, incluso, nuestro libre albedrío sea pura ficción, y en un acto de soberbia creamos que gobernamos nuestros pasos cuando en realidad nos limitamos a dar aquellos que nos han sido marcados. Al final, y por increíble que le pareciera hace un rato, sus deseos pueden convertirse en realidad. ¿No decía que le gustaría repartir nuestros papeles en el mundo en función del ingenio y del trabajo de cada uno? Pues al parecer el futuro dependerá de nosotros mismos, de la forma, además, que usted imaginó: el Ser Superior ha dispuesto una serie de reglas absurdas cuyo descubrimiento acabará otorgando a los hombres el dominio completo sobre el azar. Que los resultados de una lotería como la quiniela, siendo la lotería lo más aleatorio conocido, puedan llegar a conocerse con seguridad, demuestra hasta qué punto es cierto cuanto estoy diciendo. Si este pequeño hallazgo nuestro llegara a hacerse público, los hombres se lanzarían desesperadamente al descubrimiento de esas reglas. Imagínese a millones de científicos, mentes privilegiadas, abandonando sus campos de investigación para ahondar en la nueva teoría.

– ¿No le decía que empezaba a sentir miedo? Antes era una intuición que no llegaba a plasmarse en algo concreto, ahora conozco el origen de la inquietud: suponga que, como usted dice, sea posible llegar a conocer el mecanismo de la suerte. Por mucho que dijera antes, mis razones contra el azar estaban a mitad de camino entre la sofistería y la queja por lo injustamente repartido que está el mundo. Eran poco menos que una broma, nada pensado, nada serio, pues comprendo que si el sorteo es injusto, sin el más mínimo azar reinaría el caos y, finalmente, la destrucción total. ¿Quién podría vivir sabiendo que el

destino depende absolutamente de él? El hombre está hecho para el azar, no para la certeza.

Ambos se quedaron en silencio. Tenían esa sensación de responsabilidad y trascendencia con que los dioses buenos deben tratar los asuntos humanos.

– Aún nos queda por demostrar que las reglas recogidas en los escritos son buenas para otras jornadas –aseguró María Reina.

Sobre los periódicos que había pedido Servando, fueron aplicando la fórmula a cada una de las quinielas de las seis jornadas anteriores, y en todas el resultado fue correcto.

– Es cierto –dijo María Reina espantada–. La suerte también tiene reglas, y es posible plasmarlas en fórmulas matemáticas, como ocurre con las leyes de la física.

– Parece obra del demonio –exclamó Servando.

Aunque lo dijo sin pensar, en la atmósfera del momento sus palabras quedaron suspendidas en el aire como formas grotescas. Ya no pudieron sospechar otro motivo que una confabulación diabólica urdida desde el mal a través de los tiempos, a escondidas de un Dios Creador confiado en la bondad de las leyes físicas y en la excelencia ética del libre albedrío.

– El Dios Creador fijó las leyes de la Física y dejó a los hombres que gobernarán su propio destino, pero no le echó cuentas a la suerte –dijo María Reina con la zozobra del creyente blasfemo.

– Y ese olvido lo ha aprovechado el diablo.

– El diablo o quien sea. El mal ha ido ocupando poco a poco ese terreno libre, y seguramente aquello que los hombres creemos nuestra voluntad. Quizá hasta las leyes del cosmos estén corrompidas y sea, como usted dice, mucho más fiable la superstición que la ciencia.

Salieron de la biblioteca Municipal poco antes de la hora de cierre. María Reina, que había propuesto una nueva visita para aquella misma tarde a fin de comprobar la

quiniela de años anteriores, invitó a Servando a comer en su casa. Este aceptó con una emoción inferior a la que cabía prever. Y eso que María Reina bromeó sobre lo que diría Doloritas al ver intacto el almuerzo que habría preparado. “Lentejas”, contestó Servando. “Y es cierto que se enfadará. Siempre me pregunta por la comida del día anterior, y, como la conozco, yo le contesto que ha estado muy buena. Lo malo es que mañana no podré mentirle, porque cuando llegue ya le habrá dicho alguna comadre que he ido a comer a su casa. O, mejor, que a la hora del almuerzo nos vieron entrar juntos en su casa”.

La sonrisa de María Reina no produjo en Servando más que un remoto efecto benéfico. Por la calle no se amilanó, ni sintió ojos burlones ni risitas. Tenía la seguridad de quien es poseedor de una verdad terrible y la convicción de que el vecindario, la humanidad al completo, tenía sus días supeditados a lo que pudiera pasarle a ellos.

SIETE

– ¿No le parece que todo esto es demasiado importante como para que nos haya pasado a nosotros, que la Historia de la humanidad tiene varios miles de años y que en el mundo hay miles de millones de personas, y que muchas de ellas son más inteligentes y están mejor preparadas? Es tan improbable lo que nos está sucediendo, que tengo una sensación de irrealidad, como si a fuerza de no hablarme nadie hubiera acabado por comprobar que nadie puede verme –dijo Servando.

Estaba sentado en una silla del salón, al gratificador amparo de una mesa estufa. María Reina, que le había puesto una cerveza sobre un posavasos de carey y unas lonchas de jamón de bellota, lo oía desde la cocina, donde andaba calentando el cocido y preparando la mesa.

– Es el vértigo de la Historia –le dijo desde allí.

A la nada entró en el salón con el mantel. Se había puesto un delantal estampado con un peto pequeño por el que se le desbordaba el busto.

– Lo extraordinario le ocurre siempre a uno o a muy pocos –añadió–. Si no, dejaría de ser extraordinario.

Servando quiso decir que aquello era más extraordinario de lo normal. Quizá lo dijera. Si fue así, ni él mismo lo supo. La visión de María Reina en todo su esplendor ejerciendo de señora de su casa fue un verdadero encontronazo con la realidad: eran, por encima de suertes y leyes físicas, un hombre y una mujer, qué carajo, y aunque pudiera parecer un machista a él le gustaban las mujeres como aquella, hembras gloriosas que, después de trabajar fuera, le ponen a su hombre una tapita y, mientras le preparan la comida y le sirven la mesa, lo entretienen con conversaciones inteligentes. María Reina no trabajaría fuera, pero tenía una pensión, que era mejor todavía. Entre la de ella y la suya podían vivir como reyes. Además, les sería fácil incrementar sus ingresos alquilando aquel piso o el de él a una familia conocida y cuidadosa.

María Reina iba y venía a la cocina y de vez en cuando hablaba, allá donde la pillara el pensamiento, siguiendo una conversación que mantenía ella sola, porque Servando se limitaba a mirarla y a decir a todo que sí. Finalmente, llevó la fuente con el cocido y, aparte, el plato de la carne que había extraído de la olla. “Desde que murió mi marido, no he cocinado para ningún hombre”, aseguró antes de meter el cazo en la fuente. Lo dijo sin nostalgia y con el mismo tono que había llevado su monólogo anterior, como para hacer más palpable la cortesía de haberlo invitado a su casa y hacerlo participar de su comida. Servando, sin embargo, creyó que aquella frase con escasas segundas era una declaración en toda regla, y no sólo de amor, sino de pureza, como si hubiera querido decirle que desde que murió su marido se había conservado intacta para cuando llegara un hombre como él, o mejor, para cuando llegara él, porque, aun sin conocerlo, estaba segura de haber sido a él a quien había esperado durante aquel tiempo. “Alguna vez tenía que ser la primera”, contestó Servando, quien inmediatamente, a pesar del mohín amable de ella, se dio cuenta de la inoportunidad de aquella locución estúpida. Quizá hasta se había puesto rojo. De pensarlo, se puso más rojo aún. Incluso pensó que estaba haciendo el tonto con tanta delicadeza, tanta caballerosidad y tanta historia y que lo que aquella mujer pedía a gritos con sus insinuaciones era que le metiera mano, así de claro. La miró a los ojos, que ella llevaba de la fuente a su plato, pues estaba sirviéndose el cocido, y armado de todo el valor de que era capaz esperó que levantara la mirada para decirle que lo perdonara, que estaba nervioso y que no sabía cómo expresar que nunca había encontrado a nadie como ella, ni tan hermosa, ni tan dispuesta, ni tan inteligente. Como tenía la frase hilada en la garganta, a punto de hacerla salir, no supo cómo, en lugar de soltar esa, le vino desde dentro otra no madurada que atropelló a la anterior y acabó saliendo al aire. “Hay que ver lo bien que huele este cocido”, dijo.

¿Qué podía decir luego? Tenía su mano tan cerca que le dieron ganas de cogérsela delicadamente y mirarla a los ojos como había visto que hacían los galanes en las películas y decirle que su vida tenía un antes y un después de conocerla, pero, como ya había

probado los garbanzos, añadió: “Y de sabor está exquisito”. María Reina elevó las cejas aparentando un poco más de sorpresa de la realmente sentida, movió la cabeza y, como azorada y sin atreverse a mirarlo directamente después de tanto cumplido, contestó: “Es usted muy galante”. Servando confundió la coquetería natural de su anfitriona con su propio dominio de la situación. Muy galante, había dicho, ni muy amable, ni muy cortés, ni siquiera muy agradable, calificativos desprovistos de sensaciones, puros artificios de la buena educación. “Lo cierto es que es usted una mujer maravillosa”, pensó, y dijo: “Lo cierto es que es usted una cocinera estupenda”.

María Reina sabía que la miraba fijamente y que al levantar ella los ojos él bajaba los suyos. Era entonces cuando con las trabajeras de un parto difícilísimo Servando soltaba las frases, que acababan siendo monocordes y simples. Estaba rojo. Se agarraba a la cuchara con la mano derecha como a un barrote que lo librara del abismo. Era palpable que sufría a horrores. Había en su actitud cierta impotencia cómica, pero también algunas dosis de valor que ella comprendía y alentaba: sustituyendo amable por galante, por ejemplo.

– De haberlo sabido, le hubiera preparado otra comida de más fuste.

– No se le hubiera ocurrido otra mejor –contestó Servando.

Y dijo que, de chico, había ido muchas veces a coger garbanzos a una cerca que su padre tenía en el camino de Pedroche, y que garbanzos era lo que su madre ponía los siete días de la semana, sin más descanso que algún arroz con el gallo que mataba por la feria, o un ajo de cuajar, o unas migas *tostás*. “Fíjese, hoy comer garbanzos es señal de buen gusto. Si nos lo hubieran dicho entonces, no nos lo hubiéramos creído”, dijo.

María Reina, que en su niñez había pasado por lo mismo, afirmaba con leves cabezadas que a él le daban pie para seguir evocando su vida. “¡Hay que ver lo que hace la memoria!: en el mundo opulento de hoy, las fatigas que pasamos aquellos años me parecen una aventura de fin de semana”, dijo Servando. La nostalgia de la juventud, que no la de los acontecimientos vividos, le daban la soltura que no tenía contando historias

del presente. Hablaba mucho, de seguido y con un pronunciado deje de tristeza, de manera que en uno de los obligatorios paréntesis que debía hacer para llevarse la cuchara a la boca creyó que lo hacía con la fluidez del que lee un libro de prosa poética.

Acabó con la infancia y tomó la adolescencia, etapa con más dificultades si cabe, donde debió conjugar el trabajo de temporada en las faenas agrícolas con sus estudios en la Academia de Pozoblanco, y cuando terminó con la adolescencia, siguió con la juventud. “Yo tuve novia, pero me dejó por otro más guapo y con más dinero. No sé por qué en aquel entonces era más difícil rehacer la vida. Quizá porque teníamos la sensación de que el tiempo corría muy despacio, y, ya ve, iba a la misma endemoniada velocidad que ahora, así que, cuando queríamos reaccionar, era demasiado tarde”, dijo.

– Siempre hay tiempo para reaccionar.

– No crea –contestó Servando–. Aquella novia mía tuvo cuatro hijos. Uno de ellos es futbolista y juega en el Atlético de Madrid. Otro es pintor y sé que ha ganado premios. Las dos hijas son guapísimas, como lo era y lo sigue siendo su madre. Una de ellas estudia en Estados Unidos con una beca que le ha dado no sé qué multinacional y la otra es guionista de un programa infantil de Televisión Española. Aquella mujer que fue mi novia, cuando me vea, le dará gracias a Dios por no haberse casado conmigo, sino con el hombre que le ha dado esos hijos de los que debe sentirse tan orgullosa. Yo los he odiado: a ella, a su marido y a sus hijos. Quizá he odiado a todo el mundo. Ahora, y cuando digo ahora quiero decir en este preciso momento, no siento más que melancolía. Nunca he contado esto a nadie. Es más, si me han hablado de ello, he aparentado seguridad y he contestado con una indiferencia fingida.

”Y perdone, porque usted no tiene por qué aguantar estas batallitas de solterón triste”.

María Reina le cogió la mano izquierda, que él tenía cerrada y apoyada sobre la mesa, y le dio un pequeño apretón.

– No sea tonto –le dijo–. ¿Para qué están los amigos?

Servando se lo agradeció en silencio.

– Además, yo lo entiendo perfectamente porque aunque mi padre no tenía una cerca con garbanzos, tenía una suerte de ajos y un melonar de aquellos antiguos que daban melones chicos y sandías chicas y pálidas y con eso y unas pocas tomateras y un par de vacas teníamos que vivir mis padres, mis tres hermanos y yo. También comíamos garbanzos casi todos los días y, si bien es cierto que me he casado, lo hice con un hombre del que me enamoré a los quince años porque era alto, guapo, mucho mayor que yo y de mejor familia que la mía. Me casé con diecinueve años sin haber tenido juventud. Nunca tonteeé con muchachos, por ejemplo. Y ocurrió que aquel hombre del que yo me había enamorado era un soso, bueno y amable, pero un soso. Para mujeres de mi temperamento eso es lo peor del mundo. No tuvimos niños porque no podíamos. Por no tener, no teníamos ni amigos. El pobre, como me veía triste, decidió ponerme una criada. Sola en mi piso y sin nada que hacer. Si no hubiera sido por los libros y las veces que me he imaginado viviendo aventuras de película, me hubiera quedado fría y sólida como una estatua a fuerza de estar quieta y no pensar.

”A mi marido lo pilló un autobús de la línea 15. Nadie me explicó muy bien cómo fue el accidente, ni a mí se me ocurrió hacer preguntas. Lo incineraron y yo tiré sus cenizas en un arriate de la sede central del ministerio de Hacienda, donde trabajaba desde hacía años. Ahora no tengo que acordarme de él ni siquiera para limpiarle la lápida”.

Servando se quedó pensativo. “Pero usted es más joven que yo, más inteligente y más hermosa, y todavía le quedan muchos años que vivir y muchas formas de vivirlos”, le dieron ganas de contestarle. Y no porque en aquella competencia de desgracias estuviera dispuesto a demostrar a toda costa que la suya era peor que la de ella, sino para dar rienda suelta al deseo que tenía de halagarla.

– Pero usted es más joven que yo, más inteligente y más hermosa, y todavía le quedan muchos años que vivir y muchas formas de vivirlos –dijo finalmente.

En aquel ambiente de confidencias, tan próximo a una amenaza cierta y terrible,

resultaba estúpido quedarse con ganas de decir esas cosas.

María Reina sonrió. Volvió a cogerle la mano y a apretársela y dijo:

– Es usted un cielo. No cabe duda de que hemos tenido suerte al conocernos, aunque sea en estas circunstancias tan raras. Cuando esto haya pasado, quizá debamos volver a hablar de nosotros, así, como lo estamos haciendo ahora, sin cortapisas ni miedo a decir lo que sentimos.

Servando entendió que su amiga daba por zanjado aquel capítulo de la conquista, pero que la historia debía continuar y que deseaba un colofón feliz del tipo el chico y la chica, acabada con éxito la aventura, se besan ante la puerta de la iglesia donde van a casarse, en tanto poco a poco van creciendo las letras que anuncian el final de la película.

“Anda, ayúdame a recoger la mesa”, dijo María Reina. Y él llevó los platos a la cocina y les quitó los restos de comida, y sacudió el mantel en el suelo, y barrió luego las migajas con un cepillo y un recogedor, y prestó atención a las explicaciones de María Reina sobre la puesta en funcionamiento del lavavajillas para que la próxima vez fuera capaz de hacerlo todo solo.

– ¿Me vas a preparar un cafelito? –dijo María Reina.

Era la primera vez que lo tuteaba. Naturalmente, contestó que sí. Ella se sentó en el salón frente al televisor mientras él se quedó en la cocina pensando en aquella mujer extraordinaria que lo había invitado a comer y ahora le pedía que le preparara un café, como si con ello lo invitara también a hacerlo partícipe de sus quehaceres, a compartir sus obligaciones y a entrar en su vida. Con una mujer como aquella, quién, sino un estúpido, podía ser un machista. Es decir, se podía ser machista con todas las mujeres del mundo menos con aquella.

Cuando la cafetera empezó a silbar, Servando vertió el contenido en el jarro que ella había dejado preparado junto con las demás piezas del pequeño juego de café sobre una bandeja adornada con un pañito de hilo. Antes de entrar en el salón, se acordó del mundo de afuera para imaginarlo sin rencor y lejos, como si un tiempo inmenso hubiera

borrado de su memoria todos los agravios, los feroces, los medianos y los chicos.

María Reina estaba sentada en el sofá, medio adormilada. Servando sacó una taza de la bandeja y se la puso delante. “¿Lo quieres con leche?”, le preguntó bajito. “Con una poquita”, contestó ella. Luego sacó una taza que, tras dudar un momento, dejó en la mesa frente a uno de los dos sillones. Antes de sentarse, recordó que María Reina, que seguía con los ojos cerrados, había achacado su infelicidad a la sosería de su marido. Cogió su taza y la colocó junto a la otra.

Al acomodarse a su lado, se rozaron, pero María Reina no se inmutó. Servando puso una mano sobre las de ella, blandamente apoyadas en el regazo, y se las apretó un poco, igual que ella le había hecho a él durante la comida. “Ya está aquí el café”, le dijo. No hubo respuesta alguna, ni él insistió tampoco.

Como una hora más tarde, María Reina abrió los ojos.

– Hacía mucho tiempo que no dormía junto a un hombre –dijo sonriendo al verlo a su lado, todavía aturdida por el sopor del sueño.

– Más debe hacer que yo no duermo junto a una mujer –contestó Servando, que se sentía capaz de hacer cualquier revelación.

– Pues a ver si para la próxima vez no esperamos tanto.

María Reina se incorporó un poco, y al ver el café sobre la mesa hizo un gesto de fastidio.

– Yo lo caliento –contestó Servando–. El microondas es parecido al mío.

Cuando volvió con la taza humeante, ella estaba de pie y miraba a la calle a través de los cristales del balcón.

– Acabo de tener un mal presentimiento –le dijo.

Servando supo enseguida que se refería al asunto de la quiniela. A su pregunta, ella contestó sin darle solución con palabras que no eran de evasiva, sino de apremio.

– Hay que ir corriendo a comprobarlo a la biblioteca –dijo.

Se tomó el café a sorbitos rápidos, seguramente por no hacerle el feo de dejárselo

después de las trabajeras que había producido. Dejó la taza sobre la mesa y se metió en el cuarto de baño. Servando llevó el servicio a la cocina y la esperó mirando por el balcón, como había hecho ella. Cuatro o cinco minutos más tarde, María Reina salió del baño y entró él. Era una habitación relativamente grande, de nueve o diez metros cuadrados, donde había un armario alto y estrecho y una estantería de cristal con por lo menos cincuenta tarros de diversas formas y colores, todos perfectamente ordenados, y un par de plantas de plástico. Abrió el armario con una suerte de expectación morbosa y vio que estaba lleno de botes, instrumentos de manicura y cosmética, paquetes de compresas y tampones, cajas, pomadas, rollos de papel higiénico, cepillos y pequeños cachivaches que no pudo identificar. De entre los varios que había, cogió un peine. Mientras se peinaba pensó en la gloriosa desnudez de María Reina, que, en la ducha, se enjabonaba el pubis delante de él. Dejó el peine en el armario y se acercó al baño, como si se acercara a ella para besarla. Aunque puso los labios en el aire, sintió realmente el sabor dulzón del gel y el contacto de la espuma y del vello. Cuando volvió a abrir los ojos, que había cerrado para darle más posibilidades a la imaginación, vio en el baño un pelo negro y rizado y se quedó mirándolo con el mismo desvarío que si hubiera encontrado al despertar la prueba irrefutable de la realidad de un sueño.

Tuvo que oír en el pasillo el taconeo de unos pasos para recobrar el sentido. Antes de salir, se miró al espejo, y al reconocerse en él pensó en lo vano de sus imaginaciones y se avergonzó de sí mismo.

María Reina lo esperaba impaciente. “¿Qué presentimiento es ese?”, insistió Servando asustado. Ella contestó abriendo la puerta exterior y urgiéndolo a pasar. Por la calle anduvieron muy deprisa y casi sin pronunciar palabra. “¿Es bueno o malo el presentimiento?”, preguntó Servando a la altura de la calle Real, para intentar sacarle algo más que la evidencia que recibió como contestación.

Sin embargo, con tantas urgencias como tenía, María Reina se paró en el tablón de anuncios de la biblioteca a leer por completo lo que parecía ser una fotocopia del Boletín

Oficial del Estado. Luego, le quitó las chinchetas y sin oír las preguntas de Servando subió con ella en la mano hasta la oficina contigua a la gran sala de lectura, donde, tras disculparse por el atrevimiento, pidió a una de las bibliotecarias que le hicieran una fotocopia de la hoja. “Hazme el favor de llevarlo a su sitio mientras yo pido los periódicos del año pasado”, le dijo cuando la tuvo. Servando no pudo negarse. Estaba de por medio, además, la curiosidad infernal por descubrir qué decía aquel dichoso papel, la clave, seguramente, del presentimiento al que con tanta agitación y tanto sigilo se había referido María Reina.

En el rellano de la escalera que da entrada a la sala de lectura infantil, se detuvo a leerlo. A los seis o siete renglones levantó la mirada, perplejo: por muy relacionado que estuviera con la quiniela, sólo eran las bases de un concurso literario. ¿Le gustaba escribir a María Reina?, ¿al asesino? No continuó leyendo: clavó el papel en el mismo lugar donde estaba y subió encorajinado, dispuesto a arrancarle una contestación satisfactoria como fuera: al fin y al cabo, él era quien había encontrado el escrito en la administración de loterías y él el próximo destinatario de la mano criminal.

En la sala de la hemeroteca, María Reina sacaba la calculadora del bolso. Sobre la mesa había varios periódicos.

– No me preguntes más por el presentimiento, que no te voy a decir nada hasta que no lo confirme. Lo siento, estoy nerviosa y necesito concentración –le dijo al verlo entrar.

No esperó a réplicas. Tampoco las hubo. Servando la vio teclear en la calculadora y escribir números en un papel, siempre a la vista la tabla incluida en el manuscrito del asesino.

– Buen asunto –dijo al cabo.

– ¿Qué pasa?

– Que siguiendo a rajatabla la fórmula no sale.

– ¿Qué quiere decir a rajatabla? ¿Sale o no sale?

María Reina siseó silencio.

– Por ahora no, un momento –dijo.

Cogió otro periódico y siguió tecleando en la máquina y escribiendo números ante la expectante mirada de Servando.

– Este tampoco sale.

– ¿Buen asunto?

– O malo, ya veremos.

Estaba totalmente concentrada en lo que hacía, aunque a veces se le escapaban pequeños gestos liberadores, casi siempre de disgusto. Por fin, levantó la cara. Tenía la expresión amarga. La voz casi se le quebró al decir:

– Pídele a una bibliotecaria un par de periódicos de hace dos temporadas. Yo voy a comprobar otro del año pasado.

Servando no rechistó, y a los pocos minutos volvía con lo que le había pedido. María Reina abrió uno e inmediatamente se puso a hacer las comprobaciones. Cuando acabó, sin hacer una pausa ni decir nada, cogió el otro.

– Ya lo tengo –dijo finalmente–. Y las noticias no son buenas.

– Me lo imaginaba, después de ver cómo te has comportado desde que se te ocurrió lo del presentimiento y la cara que has puesto mientras hacías los cálculos. Bueno, dime, la fórmula sirve, ¿no?

– Sirve, aunque necesita una mínima modificación respecto de lo que creíamos en principio. ¿Recuerdas lo que te dije de las constantes? La formula era...

Y escribió:

$$\begin{array}{r} K \times \text{cab.} \times \text{equipo de casa} \\ \hline 1.000 \times \text{equipo visitante} \end{array}$$

– Esto da un resultado que debe aplicarse luego en la tabla. Dijimos que el número mil no tenía otro sentido que jugar con resultados más bajos, por lo que podía haberse suprimido perfectamente. Pero también te dije que el número 50, al que se refería

K , me intrigaba, pues entonces desconocía si se refería a una sola jornada o a todas. Esta mañana comprobamos que $K = 50$ era aplicable a todas las jornadas de la presente temporada. Ahora acabo de comprobar que K toma otros números en jornadas de temporadas anteriores. Siento decirlo: mi presentimiento ha sido corroborado por los hechos.

– Primero tendrás que explicarme el presentimiento.

– Es cierto. Perdona que no te haya hecho caso, pero cuando lo oigas te va a parecer casi tan increíble como lo de las cabañuelas, así que comprende que guardase una mínima prudencia antes siquiera de lanzar la hipótesis, aunque la persona con quien estaba tratando fuera la que tenía más derecho a estar informada. Verás. Yo vengo aquí muchos días. Como casi todo el mundo, no suelo detenerme en los tablones de anuncios más de lo imprescindible. Echo un vistazo a los titulares y, si veo que me interesa, sigo leyendo y, si no, lo dejo y en paz. A mi no me interesan los premios literarios. Nunca he escrito nada, ni creo que lo haga en el futuro: me resulta difícil hasta escribir una carta. Por eso no miro el apartado de premios literarios. Si leí este anuncio fue porque me extrañó ver una fotocopia del Boletín Oficial del Estado.

De debajo de un periódico sacó la fotocopia que había pedido en las oficinas. Era una página del B.O.E. núm. 47, de fecha 24 de febrero de 1.995, concretamente la página 6530 de ese año.

– Mira el anuncio número 4905. Sólo leí el encabezamiento y algunos renglones sueltos, como esos dos que aparecen separados de los demás y que se refieren a la cuantía de los premios, pero eso ha sido suficiente.

Servando leyó el encabezamiento. Decía: “RESOLUCIÓN de 2 de febrero de 1.995, del Organismo Nacional de Loterías y Apuestas del Estado, por la que se convoca el Premio Literario *Cincuenta años en la Historia de la Quiniela*”.

– ¿Lo entiendes?

– No sé qué hay que entender.

María Reina no alteró el gesto.

– Fíjate en la cifra: cincuenta, lo que vale la constante K .

Servando se dio un tiempo para comprender, pero fue inútil.

– Cincuenta, ¿y qué?

– Que era demasiada casualidad. En cuanto esta tarde reparé en ello, formulé casi sin querer una hipótesis, ese presentimiento sobre el que tantas veces me has preguntado y del que yo, porque como toda hipótesis necesitaba de una comprobación que la validara, no he querido darte explicaciones hasta ahora.

Se paró adrede para darle más emoción al momento. Dentro de lo adverso de las circunstancias, disfrutaba con las sorpresas que le deparaba su propio ingenio.

– Cincuenta. Venga, explícamelo ya, que estoy empezando a impacientarme.

– Se me ocurrió pensar que si el 50 de la constante K es igual a cincuenta años de la historia de la quiniela, podía formular la hipótesis de que K no era una constante, sino una variable que adoptaba los valores de los años que tiene la quiniela. Es decir, para todo este año K sería igual a 50, y en ese sentido y sólo en ese sería constante. Para el año pasado adoptaría el valor 49, para el anterior el 48 y así sucesivamente. O sea, que la fórmula real sería como sigue.

Y escribió:

$$\frac{Y \times \text{cab.} \times \text{equipo de casa}}{1.000 \times \text{equipo visitante}}$$

Siendo $Y = a$ los años que en la temporada en curso tiene la quiniela.

Así, para 1.995-1996, $Y = 50$.

para 1.994-1995, $Y = 49$.

para 1.993-1994, $Y = 48$.

etc.

– Como la comprobación ya está hecha, la hipótesis se ha transformado, como quien dice, en una ley.

Servando había comprendido. Y comprendía, además, que el círculo se había cerrado definitivamente. Ahora no había un mínimo resquicio de escapatoria: todo estaba previsto en los escritos.

– ¿Sabes lo que significa esto? –dijo.

– Sí: más que descubrir la fórmula para acertar siempre una quiniela, hemos demostrado que la suerte funciona siguiendo unas leyes iguales a las físicas, que pueden ser formuladas teóricamente y contrastadas según las normas de la lógica matemática – contestó María Reina.

– Eso no es nada más que el comienzo de lo que debe entenderse.

– Me hago cargo. Ya hemos hablado de ello. Al demostrar la existencia de un mecanismo concreto en la suerte, tan cognoscible como pueda serlo el de un reloj, hemos roto el modelo que durante toda la vida de la humanidad ha proporcionado a esta la solución de sus problemas. Es decir, más que la sustitución de un paradigma científico por otro, se provoca la sustitución del primero y más importante de los paradigmas, el único, aquel en el que se mueve no sólo todo el conocimiento, sino las relaciones del hombre consigo mismo, con los demás y, quizá, hasta con Dios.

Y al decir Dios, por el respeto que le producía la palabra, enmudeció.

Se quedaron en silencio, mirándose uno a otro con los ojos quietos, totalmente idos.

– No puede ser –dijo luego Servando sin el más mínimo gesto, y volvió a callarse.

María Reina se mordió instintivamente el labio inferior.

– Es imposible, es absurdo –añadió Servando. Para inmediatamente después, desde la perplejidad, reconocer la certeza de cuanto habían descubierto–: ¿Cómo puede pasar esto? ¿Y cómo puede estar pasándonos a nosotros?

Todavía tardaron en reaccionar. Y lo hicieron sin sacudirse por completo el

anonadamiento.

– Vámonos –dijo María Reina–. Aquí lo tenemos todo hecho.

OCHO

Llegaron al piso de María Reina cuando eran poco más de las siete y anocheía. Por el camino, Servando había propuesto quedarse en un bar del centro para estudiar la situación, pero ella se había negado en redondo sin formular alegación alguna. “No, no, vámonos a mi casa”, dijo.

Fue lo único que hablaron hasta que, estando ambos derrumbados sobre sendos sillones, Servando, como pensando en voz alta, aseguró:

– ¿Tal vez alguien haya descubierto la regla general por la que funciona toda la suerte? En la historia de la humanidad ha habido personas muchos más preparadas que ese rudo criminal. Puede que, simplemente, no se le haya dado publicidad al descubrimiento, lo que no resultaría extraño, tratándose de una fuerza tan poderosa.

Se incorporó un poco en el sillón. El brillo de los pensamientos le iluminaba el semblante y le daba una energía que se transformaba en más vivacidad de la conversación.

– Fíjate en nuestro caso –continuó–: él tiene motivos para callarse, pero nosotros también. Él, porque sabe que el beneficio de conocer uno de los mecanismos de la suerte depende de su monopolio, de manera que si otra persona conociera las claves que él conoce, tendría que compartir el premio. Si fueran mil personas, con las mil, y si fueran un millón, con un millón. Tanto es así, que no duda en matar para que su conocimiento permanezca en el mutismo más absoluto. Cuando ese hombre muera, se llevara con él su saber al otro mundo, como quizá hayan hecho otros.

”Y en cuanto a nosotros, las otras personas que conocen el secreto, estamos obligados al silencio por dos razones poderosas: la primera, porque no nos creerían: el mundo está tan metido en el modelo de las ciencias físicas que nada más hablar de la existencia de otras leyes nos tomaría por adivinos sin escrúpulos, por charlatanes o por locos. La segunda y más importante, porque somos conscientes del daño que haríamos con ello. Intentar convencer a la comunidad científica de la existencia en el azar de leyes

iguales a las físicas y convencerla finalmente supondría, por este orden, la incertidumbre, el caos y la desaparición de la cultura. Y si eso lo sabemos nosotros, puede saberlo cualquiera que haya descubierto o haya tenido acceso a la misma certeza”.

Servando iba a darle un corolario a sus juicios, pero, al acomodarse en el sillón, María Reina se cruzó de piernas y a él se le fue el santo al cielo.

— Te voy a contestar a cada una de las razones que das para guardar el silencio — dijo María Reina al comprobar que Servando no continuaba—. Aunque el asesino ha hecho todo lo posible para mantener el secreto, nosotros hemos llegado a conocerlo. Es más, ni siquiera sabemos si el descubrimiento es suyo o lo ha comprado o robado a otro o a otros, si actúa solo o en compañía y si detrás hay una mente privilegiada o muchos científicos que trabajan con un voto de silencio.

”Dices, también, que nadie nos creería. Yo estoy segura de lo contrario: la gente nos creería enseguida porque, primero, está dispuesta a creerlo todo y, segundo, lo verdaderamente importante de esta ley es que es concreta y objetiva, que puede formularse matemáticamente y que se corrobora con los hechos. Una cosa es que nosotros no podamos ir a la policía diciendo que a ese honrado padre de familia lo mataron porque llegó a acceder, aun sin saberlo, a una fórmula que permite acertar las quinielas, pues nos tomarían por locos, y otra muy distinta que, tras acertar un par de veces seguidas, no vengan periodistas de medio mundo a saber cómo lo hemos conseguido. No hay más que ver el éxito que han tenido siempre astrólogos, videntes, brujos, predicadores, profetas, quirománticos y cuantos trabajan desde la ambigüedad o la mentira con lo oculto, para saber el éxito que tendría, respecto de ese mismo oculto, lo concreto y lo cierto.

”Sobre lo de guardar silencio por el daño que se haría a la humanidad, no puedo sino asombrarme de tu confianza en la naturaleza humana, lo que me reafirma en la idea de que bajo esa apariencia de hombre duro se esconde un corazón blandito, aunque ni tú seas consciente de ello. ¿Desde cuándo le ha importado a la humanidad la calidad ética de un avance científico? Además, ¿no te das cuenta que los éxitos tecnológicos, como todo

en la vida, tienen un doble uso, desde la honda del hombre mono hasta la energía nuclear o el último descubrimiento genético? Eliminar el azar también tendrá sus ventajas. Yo misma te expuse algunas. Decenas, cientos, miles y, finalmente, millones de científicos se lanzarán como locos a ser los descubridores de la siguiente ley. La vanidad y la curiosidad del hombre, para bien y para mal, no conocen barreras. La ética vendrá después, como siempre, sobre el hecho consumado, legitimando o deslegitimando, sin llegar a impedir el siguiente avance”.

Servando no supo qué contestar, apabullado tanto por los argumentos como por el tono apasionado con que habían sido expuestos. María Reina, con un aire más tranquilo, continuó:

– Las razones sobran cuando se trata de distinguir entre pocas y muchas probabilidades de que ocurra. Por lo menos una remota posibilidad existe, en eso estamos de acuerdo nosotros y lo estaría cualquiera. Considerando la naturaleza del daño, eso debe sernos suficiente.

– Me has convencido. Y ahora qué. ¿No estaríamos mejor pensando lo contrario?

– Si de lo que se trata es de ser más felices, sí. Pero no creo que se trate de eso.

En aquellos instantes, el espíritu de María Reina pedía que echaran más leña a sus pensamientos, no la rémora del armisticio. Algo frustrada, se levantó y en tres o cuatro pasos se puso frente a los cristales del balcón. Afuera era noche cerrada. Sólo unas pocas personas circulaban por la calle, silenciosas y tías como espectros arrecidos. El frío parecía poder pasmar la luz de las lámparas, como había hecho con los tejados de enfrente. No pasaban coches, no había ruido.

Servando creyó haberla molestado con alguna inconveniencia.

– No te disgustes si no te entiendo –dijo. Quedaron un momento en silencio y luego añadió–: Aunque no haya esperanza para la humanidad, para nosotros sí puede haberla: ¡quién sabe los años, los siglos, quizá, que tardarán los hombres en cambiar por completo su idea del universo!

– ¡Nosotros!, ¡cientos de años! –respondió María Reina sin volverse. Parecía totalmente decepcionada. Incluso durante unos segundos dio la impresión de no querer contestar nada más, pero después dijo–: Mientras ese hombre ande suelto por la calle, ni nosotros ni la humanidad tiene futuro alguno –y volvió a sentarse–. A nosotros nos quedan unas pocas horas, no nos engañemos, tú me has convencido de ello. Por los apuntes que descubrió en el periódico, el asesino conoce a ciencia cierta la aplicación que has dado a sus escritos. Mucha gente del pueblo sabe que tú y yo nos hemos visto hoy. ¿Por qué no lo va a saber él, que tiene más motivos que nadie? Seguramente ha estado vigilándonos todo el día. Y seguramente ha pensando que yo también conozco toda la verdad. ¿Por qué no iba a pensarlo? ¿No es eso lo que ha ocurrido? Intentará matarnos a ambos muy pronto, estoy segura. Quizá esta misma noche, porque somos una molestia imprevista que quiere eliminar cuanto antes. Pero esto no nos afecta como tú y yo, sino como miembros de una humanidad en peligro. Imagínate que habláramos de un cataclismo cósmico que fuese a destruir la tierra. ¿Si tú, sólo tú, pudieras hacer algo, dirías yo voy a vivir treinta años y, después, harías cálculos de si son cincuenta, cien o quinientos los años que le quedan a nuestro planeta?

Ella se percataba de que estaba siendo injusta.

– Intentaba darnos un respiro –dijo Servando–. Ya sé que debemos ser pesimistas, pero no se me ocurre nada para cambiar la situación, aparte de escondernos o de huir. Si nosotros somos quienes debemos salvar al mundo, ¡arreglado va el mundo!

– No digas eso, algo podrá hacerse.

– ¿Qué? ¿Rezar para que lo atropelle un coche?

María Reina volvió a levantarse. Dio varios pasos hacia adelante y hacia atrás y, tras detenerse en medio del salón, dijo:

– Por ejemplo. Que lo atropellara un coche no estaría mal. Muerto el asesino, sólo quedaríamos nosotros para propagar esas ideas infames. Y nosotros destruiríamos los papeles y nos callaríamos. Ni siquiera volveríamos a echar otra quiniela.

– Que lo atropelle un coche, que le dé un infarto, que coma setas venenosas. Aunque todo eso está muy bien, es poco menos que imposible, por lo menos mientras no conozcamos el mecanismo completo de la suerte –dijo Servando.

– No creas que es tan difícil. Los coches son conducidos a propósito para no atropellar a los peatones, pero pueden serlo para lo contrario, y los aficionados a las setas se paran en el campo a distinguir las buenas de las malas, pero cuando se las dan cocinadas no les importa más que el sabor que tienen.

Servando, con el gesto torcido, se incorporó del sillón.

– ¿No estarás insinuando...?

– Si hay una persona escrupulosa con la vida, esa soy yo. ¿No has oído hablar de la defensa propia? ¿No sabes lo que es el estado de necesidad? Vamos, no me digas que no son aplicables a este caso: la amenaza de muerte es cierta y no podemos acudir a nadie en demanda de auxilio. ¿Es que debemos morir como conejos? ¿No merecemos una mínima oportunidad?

– Podemos huir.

– Adónde. Y si lo conseguimos, ¿qué será de tus amigos, de tus vecinos, de tus conocidos, de toda la gente que vemos por la calle y de la que no vemos, esa que goza y que sufre porque es como nosotros, porque está hecha de la misma masa y pertenece a nuestra misma especie, esa que ya estará en vías de extinción?

María Reina se acercó a Servando, se agachó y le cogió la mano. Sus caras estaban muy cerca.

– ¿Tú crees que a mí no me parece aborrecible? –le dijo–. Ni siquiera tendremos que ir a buscarlo. Él vendrá a buscarnos a nosotros. Será pura defensa propia. Míralo de esa manera, si quieres: cuando vaya a ponernos el plato envenenado, le daremos el cambiazo. Nuestro destino será el suyo.

– ¡Sí, así de sencillo! –ironizó Servando, abandonando el ámbito de lo ético para refugiarse en las meras cuestiones técnicas.

– No, no es sencillo. Te he dicho antes que somos una molestia para él, una pequeña espina clavada, fijate bien, por una imprudencia suya. Nos enfrentamos a un hombre con una inteligencia fuera de lo normal, aparentemente imparable, capaz de matar para conseguir sus propósitos, pero que comete errores. Y dejar sus papeles olvidados en la administración de loterías no ha sido el único: desde entonces ha cometido por lo menos otro.

– ¿Matar a la persona que no era?

– No. Tú me dijiste que ese pobre inocente debió darle tu nombre. El otro error fue no mirar debajo de la cama. Son dos errores infantiles. Aunque ese hombre sea el más inteligente del mundo, y el descubrimiento que ha hecho nos lo confirma sin lugar a dudas, nunca será un buen jugador de ajedrez, porque se distrae y comete descuidos imperdonables.

– Para ganar a un maestro, por muchos errores que cometa en una partida, has de ser mejor que él.

– No, si el maestro infravalora al adversario. Mientras más grande es el maestro, más tiende a confiar en sus fuerzas. La clave está en la confianza. Debemos hacer que se confíe hasta el extremo de hacerle cometer un nuevo error. Un error que ha de producirse en la situación definitiva, aquella en la que se deba decidir entre su vida y la nuestra.

Servando buscaba una última dificultad a la que agarrarse para justificar una negativa de la que empezaba a no estar convencido.

– De acuerdo. ¿Pero cómo se crea la confianza?

– Es cuestión de pensarlo.

María Reina se incorporó. Tenía la victoria en la punta de los dedos. Ahora había que darle forma a una situación concreta.

– Veamos –dijo tras sentarse en un sillón–: él no sabe que nosotros estamos al corriente de sus descubrimientos, quizá piense que nunca podríamos desentrañar cuanto se oculta tras la fórmula. Para el caso, tampoco importa. Al grabar los signos de la quiniela

en el cuerpo del cadáver, se ha encargado de decirte que haría lo mismo contigo, y al descubrir las marcas junto a esos mismos signos en el periódico de tu casa, ya no tiene duda de que te has enterado de su amenaza. Así que te supondrá preparado para recibirlo y alerta.

– Es decir, que el exceso de confianza va a resultar imposible.

– Se dificulta, es verdad. Pero también nosotros estamos al corriente de la dificultad. Sabemos todo lo que sabe él y tenemos idéntica decisión: eliminar al enemigo. Creo que ahí puede estar la clave. Imagínate una partida de ajedrez en la que uno de los contrincantes, de una calidad muy inferior, cree que el juego consiste en defenderse. El otro no sólo es consciente de su superioridad, sino de la equivocación que sobre las reglas del juego tiene el enemigo. ¿No se cebará este en el ataque?, ¿no dejará el rey a merced de un contrincante que considera perdido desde el principio? Él nos cree preparados, pero desde el miedo, ni siquiera para la defensa. Con mucha menos razón puede esperar un ataque. Fíjate en quienes somos. Ni tú eres James Bond ni yo soy Mata-Hari.

– Lo que le da más confianza a él y a nosotros nos hace más vulnerables.

– Exacto. Hemos empezado bien. Parece contradictorio, pero no es así: somos vulnerables, eso es lo que importa. Ahora ahondemos en la confianza. Primero, el sitio donde nos encontrará, y digo encontrará porque, como te he dicho, todo ha de ocurrir a iniciativa suya, por lo menos aparentemente.

– Además has dicho nos.

– Estaremos los dos. Juntos podemos más que por separado.

– Limitaremos su confianza.

– No necesariamente. Volvamos a lo del sitio.

– Mi casa –propuso Servando.

– No.

– Allí es donde parece más lógico que me busque, y la lógica es el primer paso para la confianza.

– La lógica dice que tú, temiendo su visita, te vayas de tu casa. Anoche, adrede o no, dejó bastantes pruebas de su presencia en ella: recuerda los signos de la quiniela en el espejo del cuarto de baño y el periódico abierto. Debe encontrarnos en un lugar que nosotros consideremos seguro, porque si nos consideramos seguros estaremos menos alerta, y si estamos menos alerta él estará más confiado.

– En un hotel perdido.

– ¿Y si tarda varios días en encontrarnos? No podemos permanecer atentos durante tanto tiempo. Además, ¿qué haríamos con el cadáver en la habitación de un hotel de una ciudad desconocida? No, debe ser un lugar cercano, reservado y conocido tanto para él como para nosotros. Ten en cuenta que todas estas condiciones facilitan su labor criminal, y eso nos beneficia.

La referencia a un cadáver enmudeció a Servando. Por primera vez comprendía que había cedido a las pretensiones de María Reina. Sintió un terror ciego, y unas ganas de dejarse ir en un asunto que ya lo había desbordado.

– Lo esperaremos aquí, en mi casa– continuó María Reina–. Teóricamente aquí nos podemos considerar seguros. Actuaremos como si no temiéramos nada. Si llama a la puerta, le abriremos.

– Nos matará sin más trámite.

– No creo. Necesita saber dónde están sus papeles. ¿Para qué buscarlos, si puede obligarnos a entregárselos? Querrá saber qué hemos descubierto y si hemos contado a alguien lo que conocemos. Puede que incluso quiera la quiniela premiada. No nos matará hasta que consiga lo que quiere o esté seguro de que no puede sacárnoslo.

– ¿Y qué haremos nosotros? Esto es una locura.

– Esconderemos los cinco cuchillos de cocina que tengo por diversos sitios de la casa. Por ejemplo, el primero debajo de un cojín del sofá, el segundo bajo el cojín de un sillón, el tercero bajo un sombrero que pondré sobre la estantería del pasillo, el cuarto entre los pliegues de tu abrigo, que dejaremos sobre una silla, y el último en el cajón de la

rinconera. En cuanto estemos seguros de quién es, el primero que lo coja de espaldas le clava uno con todas sus fuerzas. El otro acude rápidamente y le da otra puñalada. Seguimos dándole puñaladas hasta que se muera. Contra uno podrá rebullirse, contra dos, no.

– Ese plan es una chapuza, y perdona que sea tan crudo.

– Precisamente. Entrará con prevención, pero cuando nos vea sorprendidos y muertos de miedo, y el miedo no tendremos que fingirlo, se creará que domina la situación y perderá la prudencia. Todo dependerá de que seamos capaces de aguantar el pánico, pues ocasiones vamos a tener, y más de una. Lo mejor es pensar en lo que nos jugamos, que no es ni más ni menos que nuestra propia vida. O él o nosotros, no hay términos medios. Y recuerda que nosotros estamos aquí sin hacerle daño a nadie, que si no viene no lo matamos, que quien quiere matarnos es él y que si viene y lo matamos sólo será para defendernos.

María Reina, sin decir nada, bajó completamente las dos persianas del salón y le pidió que lo acompañara a su dormitorio para bajar la última del piso. “Mejor será que lo obliguemos a entrar por la puerta”, dijo tras encender la luz y comprobar que en el interior reinaba el orden todavía. Le cogió el brazo y lo llevó con ella a la cocina. De un cajón sacó cinco cuchillos de diferentes tamaños, aunque todos grandes, puntiagudos y afilados. “Vamos a colocarlos”, dijo. Nuevamente en el salón, los puso uno a uno donde había dicho ante la atenta mirada de Servando, quien sólo alcanzaba a comprender que vivían la irracionalidad de dos pobres pajaritos conjurados en el interior de una jaula para matar al gato.

– ¿Te has quedado con el sitio? –le preguntó.

– Sí.

– ¿Seguro?

– Sí.

– Aunque sea así, vamos a repasarlo de memoria.

Y ambos citaron de viva voz los escondites y luego, a instancias de María Reina, miraron en los lugares que habían dicho para comprobar la posición en que se hallaban y ensayar que los cogían con urgencia.

– Debemos cenar un poco.

– No tengo hambre –contestó Servando.

– Comeremos algo. No debe pillarnos desfallecidos, y la noche va a ser larga.

María Reina lo cogió del brazo y, sin oposición alguna, lo llevó otra vez a la cocina. Debajo de un paño arrugado sobre el poyete, escondió el cuchillo que había recogido del cajón de la rinconera.

– Por si viene ahora –dijo.

Comieron queso, jamón y un plátano sentados a la pequeña mesa de la cocina, que era de forma rectangular y tenía uno de los lados largos pegados a la pared, por lo que debieron darle la espalda a la puerta.

– No te preocupes. Si entra ahora, nos dará un susto, nada más: no nos matará sin sacarnos lo que sabemos –dijo ella antes de sentarse, y tan quedo, que a Servando le pareció verosímil la presencia del asesino en el piso.

Pero no estaba, al menos aparentemente, y los dos volvieron al salón sin percance alguno. María Reina ocultó de nuevo el cuchillo en la rinconera, puso la televisión, para que el ambiente pareciera normal, y se sentó en el sofá. Cuando Servando se iba a acomodar en el sillón que daba frente a la puerta, ella le dijo que se sentara a su lado, y cuando se hubo sentado, que le echara el brazo por encima del hombro.

– Tú soltero y yo viuda y ambos en edad de no andarse con rodeos. Quienes nos ubiquen aquí durante tanto tiempo pensarán que tenemos un idilio. ¿No es natural que él también lo piense?

Servando hizo lo que le pedía María Reina y por unos instantes no supo a qué emoción acudir, si al pánico o a la lujuria. Enseguida, como le había echado el brazo sin acercarse un ápice y ella, incluso sentada, era mucho más alta que él, empezó a dolerle el

hombro, y sintió que la columna se le desviaba por momentos y que le daban hormiguillas en la mano. Por no quedar mal, aguantó tanto sufrimiento hasta que ya no sintió ni miedo ni lascivia, sólo dolor, un dolor inmenso que le empezaba en la punta de los dedos, le corría por el brazo y el hombro y se ensanchaba y hacía cortante y profundo en la parte alta de la espalda. Entonces se limitó a acercarse unos centímetros, a incorporarse cuanto pudo y a flexionar y extender el brazo un par de veces.

Aquel pequeño movimiento de acomodo fue suficiente para que María Reina sospechara en parte las dificultades de Servando. “¿Estás bien?”, le preguntó. “Sí”, contestó él. A pesar de lo cual ella quiso colaborar recostándose un poco, y, para evitar la mala impresión que daba una posición tan fría en quienes debían poseer todo el ardor del amor reciente, le metió la mano entre la espalda y el respaldo del sofá y se dejó caer de lado sobre su pecho.

Servando no sólo percibió la blanda acometida de su generosa anatomía, sino que pudo comprobar extasiado la envergadura real de aquella mujer. “Es más grande de lo que imaginaba”, pensó. Y después, henchido de orgullo: “El asesino se creará que me he acostado con ella”. De reojo, le miró el pelo, suelto y brillante, algunos de cuyos cabellos le rozaban la barbilla, y sin hacer ruido aspiró de seguido con la nariz mientras cerraba los ojos para sentir sin interferencias la sutil fragancia que ya empezaba a serle familiar. Luego bajó la mirada. Al hundirse en el sofá y con los pequeños movimientos posteriores, a María Reina se le había subido la falda. Servando vio los muslos juntos, blancos y largos, voluminosos sin ser gruesos, y deseó con todas las fuerzas probarlos al tacto para acreditar su textura, su calor, su suavidad, su dureza, para ver si aquellas carnes impresionantes eran de verdad o de mármol, si tenían sangre y palpitaban o eran unas prótesis de plástico inspiradas en las medidas de una diosa o en la belleza rotunda de una estrella de los cómic eróticos.

Por difíciles que fueran las circunstancias, teniendo entre los brazos una mujer así lo irrelevante debía haber sido la presunta cercanía de la muerte. Ese era al menos su

pensamiento anterior: aprovechar cuanto le saliera al paso sin hacerle preguntas a los intrincados principios del destino. ¿Cómo sabía él, por ejemplo, que el asesino se iba a presentar esa noche? Y si se presentaba y acababa con él, ¿no era mejor que el tajo final lo pillara después de haberse dado la mayor satisfacción de su existencia? Quizá algún día, una vez entendido el complicado mecanismo de la suerte, podría saberse con certeza el contenido del futuro. Quizá algún día, pero todavía no, y en la duda era mejor explotar al máximo los momentos presentes, sobre todo cuando ya no se tienen por delante más que los años más anodinos de la vida.

Quizá no le intimidara tanto la presunta cercanía de la muerte como la exageración de la belleza. Quizá si se hubiera tratado de otra mujer, más pequeña, más endeble, de una hermosura corriente, hubiera obrado como pide la naturaleza que se actúe en estos casos. El hecho fue que se limitó a bajar la mano desde el hombro hasta la cintura siguiendo el recorrido de un brazo que ella tenía apoyado sobre el costado. Ahí la mano se quedó quieta, como encasquillada. Y lo mismo le paso a su ánimo. Incapaz de seguir adelante, se vio atrapado entre el deseo concupiscente y el pánico a la esperada visita de quien traería el firme propósito de matarlos. Ya no pudo pensar más. En lo sucesivo, las imágenes que ocuparon su mente fueron saltando sin orden y sin motivo alguno que las llamase y las retuviera. El punto donde se juntaban los muslos, el agujero oscuro de la puerta, la memoria del escondite de los cuchillos, las palabras con que aquella mujer lo había convencido, el recuerdo de los pies del intruso en el cuarto de baño de su habitación, el olor fascinante del cuerpo que lo abrazaba, la próxima visión del asesino cruzando el vano de la puerta, el estúpido concurso de la televisión, la luz en los ojos de María Reina, las fatigas del día del agua en la glorieta de San Antonio, los signos de la quiniela, la forma en que iban a matar a su enemigo, el sabor de los pezones que le herían el costado, las tablas del día universal de las cabañuelas y el último aliento del honrado padre de familia asesinado sin compasión por un monstruo de la nueva ciencia del mundo sólo fueron algunos pequeños ejemplos de ello.

Durante casi tres horas no hablaron más que para preguntarse si el otro había oído ruidos y para sisearse atención. Tampoco se movieron. Abrazados y mirando al agujero oscuro de la puerta, el miedo se hubiera parecido al de dos cristianos abrazados en la arena del circo si no hubiera sido porque era de noche y estaban solos, enfrente tenían la complicada mente de un hombre capaz de generar muchos más matices en el dolor y tras la muerte no tenían asegurada ni la gloria de los santorales ni la gloria eterna. También era verdad que, a diferencia de aquellos, tenían una posibilidad de sobrevivir si actuaban con la presteza necesaria. Esa era al menos la idea de María Reina antes de sentir que el transcurso del tiempo iba acumulando miedo en su ánimo y restando sitio a la esperanza.

– A lo mejor no viene –dijo Servando cuando eran más de las once, muy bajito y con la voz tan quebrada que en otras circunstancias le hubiera resultado humillante.

– Vendrá –sentenció María Reina.

Lo dijo alto y con cierto coraje. Se levantó de un brinco y añadió:

– Pero como sigamos esperándolo aquí, no tendrá necesidad de matarnos, porque antes nos hemos muerto de miedo. Además, ya va siendo hora de acostarse. Si queremos tener una posibilidad, debemos actuar de la forma más natural posible.

A pesar de tanta resolución, para encender la luz del pasillo y después la del cuarto de baño se hizo acompañar de Servando. Este la esperó en la puerta y, cuando ella salió, él le pidió que hiciera lo mismo.

Volvieron al salón cogidos del brazo, temiendo que en cualquier momento un ser horrible saliera de una de las habitaciones dando risotadas y empuñando en alto un cuchillo largo y brillante.

– ¿No sería mejor quedarnos despiertos toda la noche? –dijo Servando de nuevo en el salón, ante la atroz idea de esperar acostado.

– Despiertos quizá sí, pero está claro que debemos acostarnos.

Servando no contestó. En su fuero interno había fraguado la idea de meterse debajo de la cama, como había hecho con éxito la noche anterior.

María Reina lo cogió del brazo y lo llevó a su habitación. A un lado de la cama, ante la mirada de espanto de Servando, empezó a quitarse el jersey.

– Bueno, dime en qué habitación voy a acostarme yo.

– ¿Cómo que en qué habitación? –contestó María Reina volviéndose–. Como están las cosas, ¿tú tienes cuerpo para acostarte solo?

Aunque la verdad era que no, Servando no dijo nada. Aturdido, se quedó mirándola fijamente a los ojos, sin saber qué hacer ni qué decir. Ella, al saber que el silencio confirmaba sus aspiraciones, retomó la posición anterior y siguió quitándose la ropa. Servando la vio dejar el jersey sobre la cama y desabotonarse la camisa amarillo pálido que tenía debajo. Cuando iba a quitársela, en un acto reflejo, se volvió de espaldas. Desde allí vio la punta de una manga caer sobre la colcha y oyó la cremallera de la falda y el ruido que esta hizo al caer al suelo. Luego la cama se hundió y él pensó que María Reina se había sentado para quitarse los zapatos y las medias. Poco después, la cama se abría y se oía crujir levemente.

– ¿Qué haces que no te acuestas? –dijo entonces María Reina.

– Creí que me había quedado aquí para vigilar. Como no quieres ir sola a ninguna parte.

– Anda, no digas tonterías y acuéstate.

Servando había contestado de espaldas y quieto y de espaldas siguió, colorado y sudando, sin poder controlar un inesperado tic en el cuello.

María Reina estaba encogida y se había tapado hasta la coronilla para calentar las sábanas con su aliento.

– ¿Qué haces que no te acuestas? –insistió sin mirar.

– Ahora voy –dijo Servando con la escasa voz que le salió del cuerpo.

Inmediatamente después la cama se hundía un poco, muy poco, ante el breve empuje de su peso. María Reina volvió la cabeza al sentirlo y, nada más verlo, dijo medio espantada:

– ¿Pero qué haces acostándote vestido?

– Es que no tengo pijama.

– Acuéstate en calzoncillos, o desnudo. ¿Quién te va a creer si le dices que te has acostado conmigo en traje de calle?

– Nadie –respondió Servando a medio entrar en la cama.

– Pues mucho menos el asesino. Venga, desnúdate. No sé cómo tienes pudor sabiendo lo que nos espera.

Se salió de la cama y empezó a desnudarse. Mientras se fue quitando la ropa, no se acordó del asesino y sintió clavados en la nuca los ojos de María Reina, aunque ella estaba de espaldas, embelesada en el agujero oscuro de la puerta abierta.

Se metió en calzoncillos, despacio, y se tendió en el borde y mirando hacia afuera.

– ¿Apagamos la luz? –dijo.

– ¿Y que el otro me llame dándome golpes en el hombro? Ni hablar. Despiertos y con la luz encendida. Por lo menos yo.

– Está todo cerrado.

– También lo estaba en tu casa y entró.

Aquella aseveración fatalmente cierta hizo que Servando recuperara la seducción ingente del miedo. Sin dejar de reparar en quién tenía al lado, fue girándose despacio hasta quedar bocarriba, con la mirada perdida en las profundidades insondables del hueco por donde un desconocido había de venir para traerles primero el dolor y luego la muerte.

– Vendrá –susurró María Reina con el espanto de lo certero.

Y buscándole amparo a su desolado ánimo se acercó un poco a Servando.

– No debe vernos tan separados o sospechará –dijo para justificarse–. Anda, vente para acá, que te vas a caer de la cama.

Servando se arrimó unos centímetros y ambos se quedaron con el embozo hasta la barbilla y en silencio, mirando hacia la puerta y dándose mutuamente tanta compañía como miedo.

– ¿Has oído eso? –preguntó al cabo María Reina.

Él prestó todavía más atención antes de contestar con un hilo de voz.

– No.

Aunque ella se acercó otro poco, todavía estaban lejos, y al rato Servando pudo ponerse de costado sin tocarla y adoptar una postura más adecuada para sus dolores de cervicales. Como la puerta estaba en la pared del otro lado, para verla ahora su mirada debía pasar por encima de la cara de María Reina.

No mucho más tarde, cuando Servando metió la mano por debajo de la almohada para ponérsela a la altura de la cara, sus dedos tropezaron con algo. “El pijama”, se dijo enseguida, recordando la costumbre que le había inculcado su madre de guardar el suyo ahí. Aunque si eso era el pijama, ¿con qué se había acostado aquella mujer? Se habrá puesto otro, o un camisón. O quizá, con esa obsesión suya por aparentar normalidad, no se hubiera puesto nada y ahora mismo él estaba en calzoncillos y, a su lado, ella yacía completamente desnuda.

Mientras más la miraba más ganas le daban de saberlo. ¿Cómo preguntárselo sin parecer grosero? También podía tocarla. Bastaría con deslizar una mano por debajo de las mantas, aparentando un movimiento normal de acomodo. Pero ambos estaban tan en tensión con el asunto del asesino que cualquier movimiento provocaba inmediatamente el susto del otro.

No paraba de imaginar el esplendor desnudo del cuerpo de quien estaba a su lado, mucho más que todas las fatigas y todas las muertes que pudiera infligirle el asesino, por muy próxima que sintiera su entrada en la habitación. Y aquellas imaginaciones acabaron por metérsele en la sangre, de manera que poco después notaba en su cuerpo como una impaciencia grande y caprichosa, y como una agitación, y como un impulso desbocado, y todo eso vino a cuajar en una erección desmesurada, mayor que las más grandes de su adolescencia.

– ¿Qué es esto que hay debajo de la almohada? –preguntó sin poderse aguantar

más.

Ella se agitó como si le hubieran descubierto un secreto terrible.

– ¡El cuchillo! –dijo, bajito y muy excitada–. Con el miedo se nos ha olvidado poner uno debajo de la almohada y cuando venga no tendremos con qué defendernos.

A Servando se le volaron de pronto todas las imaginaciones anteriores.

– Hay que ir a buscar por lo menos un cuchillo –añadió María Reina.

Si lo dijo pensando en la generosidad de Servando, este no se dio por aludido.

– Vamos. Iremos los dos. Vamos –repitió echando de un tirón las mantas hacia atrás, y de un brinco se plantó en el suelo. Tenía su cuerpo apenas cubierto con unas braguitas blancas.

Servando recibió la visión como la luz cegadora de un flas gigante. Nunca antes, ni en el teatro chino, ni en las películas de la televisión, ni en el *Interviú*, ni en los amarillentos almanaques de los talleres, había visto nada igual, ni parecido siquiera.

– Vamos –tuvo que insistirle ella, porque de la impresión se había quedado como ido.

Al bajarse de la cama, Servando recordó lo explícito de su virilidad y sintió vergüenza. Encogido, empezó a dar algunos pasos cortos hacia la puerta de la habitación, donde ella lo aguardaba impaciente.

– Sin hacer ruido. No me extrañaría que ya estuviera dentro –le dijo cuando estuvo a su altura, y cogiéndolo del brazo tiró de él, temblorosa, hacia el pasillo.

Pero a Servando lo que menos le importaba entonces era el asesino. De hecho, aun teniendo frente a sí la inquietante oscuridad del corredor y el silencio más absoluto, no sentía verdadero desasosiego sino por volver la cabeza y gozar de la gloriosa desnudez de quien compartía con él aquel destino funesto. Prueba de ello fue el pensamiento que llegó a hilar entre una barahúnda de ideas inconcretas y en medio del aturdimiento provocado por el miedo. “Mis amigos entenderían mal que yo no sacara provecho de esta situación, aunque les explicara muy bien que un monstruo sanguinario esperaba escondido para

matarnos”, se dijo. Se paró un momento para girar la cabeza y poder verla, pero ella le dio un tirón que lo puso otra vez en su sitio. “Ya casi estamos”, le susurró. “Cogeremos dos, por si acaso”. El contestó que sí con la cabeza y pensó en lo complicado que es este maldito mundo: toda la vida esperando acostarte con una mujer así y cuando se te mete en la cama tienes en la casa, dispuesto a matarte, a un tipo que ha acertado una quiniela de quince con un sistema que va a romper el mayor de los paradigmas científicos. “También es mala suerte”, dijo en voz alta sin querer. Ella siseó silencio muy excitada. “En buenas estamos metidos para quejarse de la suerte”, le riñó. Él se calló, miró al frente y volvió a sentir el influjo obsesivo del miedo.

María Reina se quedó en la puerta del salón con el pasillo –“para vigilar”, dijo–, en tanto Servando cogía el cuchillo guardado bajo el cojín de uno de los sillones y el que habían dejado en la rinconera. Ella reparó entonces en el desparpajo con que había despertado la juventud bajo la única prenda que su amigo llevaba puesta. “Los hombres siempre están pensando en lo mismo, y ya les pueden caer encima chuzos de punta”, se dijo sin sentirse dolida, como si aquello sólo fuera la simpática constatación de un principio probado de filosofía femenina. Pero mientras lo pensaba no dejaba de mirarlo, y cuanto más se reafirmaba en el salido temperamento de los hombres, más grande era la extrañeza de que un cuerpo tan viejo, tan chico y tan famélico fuera capaz de generar tanta vitalidad de pronto y en tan adversas circunstancias. Aunque le dieron ganas de preguntarle si no tenía miedo, nada dijo, por no levantar la voz y, sobre todo, para que sus palabras no acabaran inhibiendo aquello que la naturaleza, como una espiga en el desierto, hacía renacer en medio de semejante incertidumbre.

– Volvamos a la cama –dijo ella al tenerlo de nuevo a su lado. Lo agarró del brazo y tiró de él hacia la habitación.

María Reina colocó los cuchillos debajo de la almohada, uno a cada lado, y se acostó, arropándose, como antes, hasta la barbilla. Traía el cuerpo aterido del paseo y, al meterse entre las sábanas, heladas de nuevo, le dio una tiritera terrible.

– ¿A qué esperas? –le dijo a Servando, que aguardaba a no sabía muy bien qué al otro lado de la cama.

Servando se acostó y se puso bocarriba y estirado, con una resolución frente al frío que daba envidia.

– ¿Estás mirando a la puerta? –le preguntó María Reina sin dejar de castañetear.

– Sí –contestó él.

Ella se le pegó al cuerpo y lo rodeó con un brazo y una pierna. “Por lo que más quieras, no dejes de mirar. Nuestra vida depende de ello”, dijo, le cogió el brazo de ese lado y, tras acomodar la cabeza en su costado como haría un gato en un almohadón, se abrazó con él.

– ¡Qué calentito estás!

– Sí –contestó él, con el laconismo complaciente de quien está pensando en otra cosa.

Y sin dejar de mirar a la puerta, levantó la mano que tenía libre y se la puso encima. Tenía la piel suave y tibia.

– Frótame, a ver si entro en calor.

Y Servando, en tímidas friegas, movió las manos de un lado a otro de la parte superior de la espalda hasta que ella, buscando calor para otras áreas de su cuerpo, se la cogió y la llevó un poco más abajo. Allí reanudó el movimiento con un cuidado excesivo, a pesar de lo cual en una ocasión sus dedos tropezaron con la cinta de las braguitas.

– ¿Te molestan?

– No.

– Si te molestan, me las quito.

Él no contestó, y antes había dicho que no. Pero ella se retiró y tras unos breves movimientos sacó cogida en la mano su única prenda interior y la tiró al suelo.

– La mejor forma de darle confianza al asesino es que nos pille haciendo lo que se supone que estamos haciendo –le susurró al oído.

Servando, que había seguido mirando a la puerta, sintió todo el peso de María Reina sobre él, su cara se cubrió con la suelta cabellera de ella, sus labios se quedaron sin el recurso del aire por un beso que fue largo y extenuativo y a cuyo término se acordó de quienes él creía sus amigos, y sonrió mientras pensaba que un solo momento como aquel que iba a vivir compensaba muchos desprecios y valía por toda una vida de privaciones. “Si ahora me mata el asesino, muero como un héroe popular”, se dijo satisfecho. “Y si no me sacan en las coplas del carnaval es solo por el respeto que inspiran los muertos”.

A partir de ahí se dejó ir, y ya no pensó, y los sonidos fueron confusos, las imágenes se superpusieron, los colores se encendieron de luz y las formas perdieron su dimensión real para alargarse, para palpar, para estremecerse, en tanto los ojos tocaban y las manos miraban y olían y los oídos eran inútiles para oír las quejas que las bocas soltaban confundidas.

– ¿Has oído eso? – preguntó de repente María Reina levantando la cabeza.

Servando caía entonces por un tobogán larguísimo.

– No. Ni lo oiré –contestó, y la atrajo de nuevo hacía sí.

Con cierta prevención, reanudaron el juego, pero inmediatamente los detuvo un sonido.

– ¿Lo has oído esta vez? –susurró María Reina.

– Sí.

Los dos se quedaron quietos donde los había pillado el susto, mirando espantados al agujero oscuro de la puerta.

– Ya está ahí –dijo bajito María Reina.

“Sí, es muy oportuno”, pensó Servando, con tanto rencor como miedo. Y dijo:

– Coge un cuchillo.

María Reina se deslizó entre las sábanas y tentó bajo la almohada hasta que dio con uno. Servando, libre del peso de ella, alargó una mano y cogió el otro.

Miraban a la puerta, preparados para saltar en cualquier momento sobre quien

entrara por ella, cuando sonó un golpe debajo de la cama que los puso de un brinco de rodillas. Los dos cuchillos volaron por el aire. Uno cayó en la almohada, el otro produjo sobre la solería un estrépito de derrota. Enseguida, sin darles tiempo a una mínima recuperación, hubo un ruido algo más largo debajo de la cama y un hombre horrendo apareció de pronto, como nacido súbitamente del suelo.

– Aquí está ese que llamáis el asesino, el tonto al que vais a clavar un cuchillo cuando esté confiado –dijo, y sonrió con un cinismo que acabó de helarles la sangre.

No era muy grande de estatura, pero sí ancho de hombros. Tenía la cabeza deformada con varios bultos del tamaño de huevos de paloma, algunos de los cuales se ocultaban entre el escaso cabello bermejo y lacio que sólo le poblaba la nuca y las sienes. Bajo sus gafas gordas, se escondían unos ojos que aparentaban ser azules y muy chicos y que no movía ni para parpadear. Su nariz era pequeña y, más que achatada, hundida. Sus orejas, redondas, muy grandes y un punto más despegadas de lo que aconseja la normalidad, parecían en su pequeña cabeza enormes abanicos. No tenía barba ni bigote, pero llevaba sin afeitarse por lo menos dos días y ya se le notaba la fortaleza de la pelambreira y lo espeso de su urdimbre. Sus regordetas manos acababan en uñas cortas de medias lunas muy negras. Rondaría los cuarenta y cinco o cincuenta años, aunque su edad era difícil de calcular y bien podía ser más joven. Vestía pantalones vaqueros y un jersey gordo muy gastado por el que asomaba entero el cuello de una camisa de cuadros azules. Llevaba los zapatos sucios. Parecía muy abandonado en el aseo y en el vestir, sus modales eran groseros, sus dientes amarillos, su tez pajiza, su semblante tranquilo. Cuando hablaba, se le formaba espumita blanca en la comisura de los labios, que a cada rato se limpiaba con el dorso de la mano izquierda. En su mano derecha empuñaba un cuchillo de esos que los viejos carniceros llaman matadores, que son muy largos, muy afilados y muy anchos, y que estaba sucio con la sangre del muerto anterior.

– Llegué a este pueblo casi sin querer, buscando un sitio apartado, y miren por donde he ido a dar con un par de listillos –dijo, y volvió a sonreír.

Con mucha serenidad, cogió el cuchillo que había caído sobre la almohada, mientras María Reina se tapaba un poco con una sábana.

– Ya sé que, aparte de estos dos, hay otros tres cuchillos escondidos, y sé dónde están –prosiguió, y se agachó para dejar en el suelo el que de él había cogido. Luego, lo empujó con el pie hacia la mesilla–. En realidad lo sé todo. Llegué antes que ustedes y los he oído. El truco de esconderse debajo de la cama no está mal. ¿Y saben de quién lo he aprendido...? Ronca, ¿no lo sabía? –dijo señalando a Servando con la punta de su cuchillo–. Sí, olvidar los escritos fue mi único error. Culpa de la emoción, como es natural. Si no lo maté ayer fue por el gustazo de darle una poca cuerda. No sabe cuánto disfruté haciendo mis necesidades en el cuarto de baño de su habitación. Yo aquí sentado y el ahí tendido en el suelo y haciéndose lo que yo, pensé. Y cuando me vaya, todavía se creará que me ha engañado, ¡el pobre infeliz!

Hizo una pausa y continuó:

– Efectivamente, por las señales que había junto a los signos de la quiniela pude saber que usted había copiado el boleto. Lo que nunca podía imaginarme es que habían llegado tan lejos. De haberlo sabido, los hubiera matado ayer: no me gusta correr más riesgos de los necesarios. Sí señor, son ustedes unos lince. Particularmente usted, señora –y la señaló a ella con la punta del cuchillo–. Cuando esta mañana los vi salir juntos de la biblioteca, me imaginé que también usted estaba al corriente. Entonces me alegré de no haber acabado ayer con su amigo. Si lo hubiera matado, posiblemente no hubiera descubierto su implicación en el asunto. Es cierto que la tortura suelta mucho la lengua, pero tal y como la quiere este mamarracho, quizá se hubiera dejado matar antes de decir su nombre.

”Como lo sé todo, porque la conversación que han tenido esta tarde ha sido muy instructiva, y como sé que nadie más está al corriente, en cuanto acabe con ustedes voy a quedarme tranquilo. Así que no se preocupen, que no les voy a hacer preguntas. Lo siento, no van a tener tiempo de darme confianza. Tampoco voy a hacerles sufrir demasiado: no

crean que soy un monstruo sin corazón. En realidad, la única tortura ya está ejecutada: se han quedado a las puertas de lo mejor, se van a ir al otro mundo con las ganas, bastante frustrados, diría yo. Frótame a ver si entro en calor. Si te molestan, me las quito –dijo, y rió, enseñando la mella de un incisivo–. Comprendan que no pueda permitirles ese último gusto después de lo que me tenían preparado.

”Además quiero darle al pueblo un motivo para pensar. Me encantan los acertijos. Vístanse –dijo cambiando el tono de la voz–. Usted –y la señaló a ella– con el pijama, y usted –y lo señaló a él– solamente con sus calzoncillos”.

Ellos se bajaron de la cama y cogieron la ropa que les había dicho.

– Cuando los encuentren –dijo mientras ellos se ponían a trompicones las escasas prendas que les había ordenado–, estarán cada uno en una cama. Un hombre y una mujer, soltero y viuda, asesinados en la misma casa pero en habitaciones distintas cuando ambos estaban entregados al sueño. ¿No me digan que no tiene más intriga que si los encontraran desnudos uno al lado del otro? ¿A que hay muchas más preguntas que hacerse? ¿A que su muerte dará más que hablar?

Incluso en la especial turbación del momento, Servando acertó a comprender que aquel ser horrible no sólo le quitaba la vida, sino que por una estupidez infantil también le negaba la gloria terrena.

– Maldito cabrón, estás enfermo de tan loco –dijo con una serenidad que a él mismo le produjo sorpresa.

María Reina, que había acabado de vestirse, dio un paso para ponerse a su lado.

– Tranquilícese, hombre. Voy a confesarles un secreto que les gustará, para que se vayan tranquilos al otro mundo: únicamente nosotros tres estamos al corriente de la fórmula para acertar las quinielas. Nunca, hasta oírlos esta noche desde el pasillo, me había parado a pensar en los efectos catastróficos que puede tener para la humanidad el control de la suerte. Pues miren por donde, de los tres, a partir de ahora no va quedar más que uno, que soy yo –y volvió a enseñar la mella–, el único de quien pueden fiarse. ¿De

verdad creen que no les podría la avaricia, que no acabarían aplicando la fórmula en los boletos? ¿Y están seguros de que guardarían silencio? De mí sí pueden estarlo. Mueran tranquilos: la humanidad está a salvo. Menos es nada, ¿no?

Pero a Servando, en tan cruciales circunstancias para su aliento y su honra, el bien de la humanidad le quedaba lejos. No sólo no había podido rematar su acto de amor con María Reina, sino que por el capricho de aquel estúpido iban a morir en camas separadas, es decir, que para sus conocidos y sus amigos terminaría como lo que había sido durante toda la vida, un pobre diablo, cuando no un gilipollas.

– Estás más loco que una cabra –dijo. Tenía los puños apretados y estaba tan encorajinado, que de haber tenido un cuchillo se hubiera lanzado, seguro.

El asesino se rió de nuevo. Esa actitud del enemigo, y el que María Reina buscara protección tras sus espaldas, generaron en Servando un sentimiento intenso que tenía algo de valor y mucho de impotencia y de rabia. Buscando un insulto doloroso, se acordó de lo que más le dolía a él y dijo:

– Estás resentido de tan feo como eres. Nos matas por envidia y de coraje, porque ninguna mujer, y menos una mujer como esta, va a hacer contigo lo que nosotros estábamos haciendo. ¿Por qué, si no, ibas a darte la molestia de matarnos en camas separadas?

Como un acto reflejo, el asesino se limpió la comisura de los labios. Estaba dolido y en una tensión extrema. Frente a sí tenía a aquel hombre viejo y bajito que lo insultaba y detrás de él, como una mansa leona protegida por un gallito de pelea, a la mujer que había descubierto el intríngulis de la fórmula. Parecían dispuestos a no moverse de allí. Quizá los había infravalorado. Quizá encontrara resistencia para degollarlos y tuviera que andar tras ellos con el cuchillo, como quien quiere matar a un par de lechones resabiados en el salón de su casa.

– Se te están reventando los granos. Eres un manantial de pus. Das asco –dijo Servando, firme en su sitio.

El asesino sintió que el odio lo paralizaba. Estaba agarrotado y comprendía que saltar sobre ellos iba a resultarle trabajoso. Incapaz de dominar su energía, apretaba la empuñadura del cuchillo con todas sus fuerzas.

– Prepárense para morir –dijo para humillarlos, como un último gesto de bobalicona superioridad, pero con tan mala fortuna, que un bolo de saliva o la misma hiel le atascaron las palabras en la garganta.

– ¿Te se batra la lengua, asqueroso? –dijo Servando.

Entonces sí, entonces el asesino saltó hacia adelante como un resorte, de pronto hasta para él, sin querer, sin puntería, guiado por el afán primario de clavar, de rajar, de trinchar, de crujir, de astillar, de romper, con toda la fuerza de que era capaz, que era mucha, sin razones, sin más pasión que una, desgarradora y enorme, para hacer mucha sangre, aunque fuera con las uñas, para estrangular, para mutilar, para desollar, para descuartizarlos y abrirlos y comérselos crudos tras arrancarle la carne humeante a dentelladas largas. Tanto odio era demasiado para el escaso trayecto que los separaba: rozó a Servando en el hombro con el cuchillo y siguió adelante hasta darse de bruces en la pared, con una fuerza tal, que se estremecieron el techo y el suelo y él quedó por unos instantes como ido. Servando levantó el pie y pisó las gafas del asesino, que habían volado con el encontronazo, y de una patada echó debajo de la mesilla el cuchillo, que se le había caído de las manos. Luego, se subió en la cama y la atravesó a gatas con pasos cortos y rápidos. El asesino, que sólo veía bultos y no sentía más que rabia y dolor, quiso seguirlo de igual manera, pero antes de que alcanzara el borde contrario, Servando agarró una estatuilla de bronce de unos quince centímetros de altura que estaba sobre la mesilla de aquel lado y levantándola y bajándola con las dos manos le dio un golpe en la cabeza con la peana de mármol que lo dejó tendido y yerto. Antes de darse cuenta, le había dado diez o doce veces y el asesino tenía la cabeza destrozada.

“Ya está, ya está”, repitió Servando. Respiraba con dificultad, el corazón se le había desbocado en la garganta, tenía las rodillas flojas y las piernas le temblaban. María

Reina lo abrazó orgullosa y agradecida y lo besó en la frente y en el cuello.

– Soy piloto de aeroplano –dijo Servando como para sí con una risa nerviosa.

Un pequeño hilo de sangre le manaba de la comisura de los labios .

NUEVE

Tras bajarlo envuelto en una gran bolsa y en un manta, en la soledad de la noche metieron el cadáver en el automóvil de María Reina y sin abrir la boca por el camino lo llevaron hasta una recta de la carretera de Córdoba, donde lo dejaron en mitad de la calzada, tendido bocarriba y con los ojos abiertos.

– Con suerte, quizá pronto le pase un camión por encima de la cabeza –dijo María Reina al dejar en el suelo las gafas rotas.

Durante el camino de vuelta juraron solemnemente no desvelar un ápice de la historia ni hacer nunca una quiniela. María Reina se quedó encargada de destruir los papeles encontrados en la administración de loterías, el boleto premiado y las demás pruebas. En la puerta de la casa de Servando, por una cuestión de prudencia decidieron no verse en al menos quince días, al cabo de los cuales él la visitaría en su domicilio.

Se despidieron sin un beso ni un adiós, ahogados por la intensidad de los sucesos. Sin embargo, cuando el coche se perdió de vista, Servando tuvo la impresión de que nada había pasado. La calle estaba desierta y tras las fachadas de las casas las gentes del pueblo dormían con la tranquilidad de siempre. Sólo muy lejos, en medio de una carretera, el cadáver de un hombre desconocido soportaba la escarcha con los ojos mirando al cielo estrellado.

Aquella idea le dio un repelús de tiritera. Subió a su piso y se sentó en el sillón bajo una lámpara encendida. Todavía tenía miedo. “¿Cómo estará María Reina?”, pensó. Quizá no debía haberla dejado sola. También ella estaría pasando por el mismo desasosiego.

Los pensamientos solidarios no le duraron más. Luego, el piso volvió a poblarse de sombras, que eran otras tantas presencias irascibles, y sintió como si el aire se hubiera

cargado de rencor y de envidia. En algún sitio, un ser que ya no era de este mundo aguardaba un momento de debilidad para llevar a cabo una venganza exquisita de sufrimientos, imaginativa y dolorosa, retorcida, propia de demonios.

Quizá el asesino era un instrumento de la muerte. Quizá había sido escogido entre todos los habitantes de la tierra para ejecutar un plan trazado desde el otro lado de la realidad. Quizá las fuerzas del mal, en el principio de los tiempos, habían conseguido poner unas reglas a la suerte para confundir a los humanos y su eterna batalla contra las fuerzas del bien perseguía sacarlas definitivamente a la luz. Quizá matando a aquel ser repugnante habían echado por tierra una horrorosa esperanza. En ese caso, quien lo aguardaba no era el muerto, sino toda la corte infernal, con el maligno a la cabeza.

Mirara donde mirara, percibía la presencia de los demonios. Percibía el brillo de sus ojos, colorados de sangre y enormes, entre los pliegues de las cortinas, en la puerta del pasillo y junto a los ropajes de la percha y oía ruidos que debían ser respiraciones hediondas, siseos que eran diálogos con instrucciones diabólicas y crujidos que eran el crepitar de las llamas del infierno. Si no lo mataban, era sólo para infligirle un sufrimiento lento y terrible, que nace de nosotros, de nuestro propio pensamiento, de nuestro propio ser, de la conciencia de nuestras limitaciones, y que nos conduce a la muerte a través de la más atroz de las locuras.

La luz del sol espantó a los seres de las sombras y recuperó el trajín de la calle. Estaba vivo. Como muerto, pero vivo. Ahora el muerto era otra vez un hombre y la suya la situación de un hombre en una comunidad de hombres. Reconocer esa circunstancia le produjo alivio. Se lo dijo a sí mismo con un cierto reproche, como si sucumbir al poder de la imaginación hubiera sido culpa de la escasa fortaleza de su carácter. “Nunca han ahogado a nadie los demonios inventados”, se dijo mirando por la ventana, con tanto reconocimiento de culpa como propósito de enmienda. Y la verdad fue que a partir de ese momento se preocupó únicamente por las cosas de este mundo. Primero por asearse un poco y desayunar y, luego, cumplidos esos mínimos trámites, con la muerte del asesino y

la posibilidad de que la policía diera con pistas suficientes para localizarlos. “En ese caso, no creo que tenga fuerzas para resistir la vergüenza de verme esposado y conducido a la cárcel como un criminal”, se dijo. Sentado de nuevo en el sillón, imaginó que la policía localizaba entre las ropas del cadáver un pelo suyo y que identificaban su ADN. Se imaginó que oía las sirenas de los coches patrulla, el chirriar de las frenadas, las voces de mando, las prisas por las escaleras, los gritos de sorpresa de los vecinos, la primera llamada del timbre, la segunda llamada, el estallido de la puerta y el alboroto de los muebles arrollados por los comandos que entraban entre una barahúnda de humo y de ruido. Se imaginó que lo tiraban al suelo de un puñetazo, que lo esposaban con las manos en la espalda en tanto uno de ellos le ponía la punta de una pistola en la sien y que bajaba las escaleras rodeado de gigantes satisfechos que se abrían paso entre una multitud de curiosos. “Siempre ha sido un cabrón. No me extrañaría nada que hubiera matado a más gente”, decía alguno de los vecinos. Se repetía aquellas palabras en el coche que lo llevaba al cuartel de la guardia civil, como si a partir de entonces aquello fuera cuanto podía esperar de la humanidad. Viviría el resto de su vida encerrado en una cárcel, entre perversos y drogadictos, entre la enfermedad y el frío, entre el barullo y la soledad, mientras el tiempo pasaba y pasaba sin dejar otra huella que las marcadas en él mismo. “Afuera la gente consume tiempo, aquí el tiempo nos consume a nosotros”, se dijo, como si fuera un anciano barbudo encerrado en una mazmorra desde una juventud lejanísima.

Aquel día no almorzó, ni cenó tampoco. Al anochecer, encendió todas las luces del piso, acercó la mesa estufa a la pared y se sentó en un sillón a esperar la llegada de los demonios. El sueño, sin embargo, lo venció enseguida. Soñó que viajaba por el universo sentado en un hexaedro metálico más pequeño que él, con la conciencia de que nunca moriría y nunca llegaría a parte alguna.

Se despertó de día, con hambre y ganas de orinar y el hastío y la fatiga de quien ha pasado toda la noche velando a un familiar muerto y ha sucumbido al sueño a primeras horas de la mañana. “Creo que estoy curado”, se dijo. “Todo ha sido una tremenda purga

del subconsciente”. Se veía tan recio de carácter, que mientras se duchaba imaginó un trájín de demonios al otro lado de las cortinas de baño o que la policía aguardaba sentada en el sofá para llevarlo a la cárcel. “A estas horas, el único demonio del piso soy yo, y a ver si la policía encuentra una mínima prueba con la que inculparme”.

Incluso, de tan vivo como se sentía, coqueteó con sus ilusiones de antes. Se vio, por ejemplo, rodeado de una multitud que lo aclamaba en la calle Real por ser el más sabio y más humilde de los mortales. Se vio gastando su ingente fortuna en fundaciones que conjugaban la agronomía y la metafísica, la medicina y la lógica, la informática y la poesía, la mecánica de fluidos y el teatro. Se imaginó que un golpe de suerte lo hacía rico y que María Reina y él vivían en una casa enorme adonde acudían intelectuales y artistas de medio mundo que hacían famoso a Pozoblanco.

Fue así como volvió a considerar a la riqueza el mejor medio para promocionar la sabiduría y el arte. Aunque las experiencias vividas en los últimos días había modulado su forma de ser hacia tonos más relativistas, pensó de nuevo –ahora sólo como tentación, también es cierto– que las quinielas podían ser un instrumento válido para alcanzar la fortuna. Lo hizo primero desde una postura absolutamente aséptica: “Jugaré como cualquiera, sin ventaja de ningún tipo”, se dijo. Pero luego consideró jugar por una sola vez siguiendo la fórmula marcada en los papeles perdidos por el asesino. “Al fin y al cabo, será para una causa noble”, pensó. Este hecho y el que fuera en una sola jornada, legitimaban a su juicio el incumplimiento de la promesa dada en sentido contrario, sobre todo si María Reina estaba de acuerdo, que estaría, pues el dinero, ganado por los dos, sería destinado a un fin de interés general.

En esa idea andaba cuando el lunes por la mañana lo llamó María Reina. “Vente para acá, que quiero hablar contigo del asunto de la quiniela”, le dijo. Servando cogió el abrigo y salió a la calle sin más trámite. Por el camino se interrogó sobre las razones de aquella urgente llamada. “Quizá haya considerado legítimo el uso de la fórmula”, se dijo tras una serie de razonamientos entre los que el principal fue que el tiempo pasado lo había

conducido a él a esa misma conclusión. Pero mientras andaba, recordó la fe con que en la puerta de su casa prometieron no jugar nunca una quiniela, rememoró la angustia con que habían temido no ya sólo por sus propias vidas, sino por el futuro de la humanidad, y le pareció que incumplir aquellos sagrados votos por conseguir algo tan mundano como el dinero era de una vileza insoportable. “Me decepciona”, pensó, como si María Reina hubiera perdido de pronto todo el encanto de su personalidad para convertirse en un puro espectáculo anatómico. Le dieron ganas de acostarse con ella y dejarla por la mañana sin despedirse siquiera, por el puro placer de desairarla. “Eso es lo que se merecen las personas así”, pensó con el rencor de quien ha sido traicionado y vilipendiado en privado y en público y de las formas más execrables.

Por culpa de la decepción, subió las escaleras del piso con la dificultad de quien se ve cargado de repente con el peso de muchos años. Llamó al timbre preparado para no discutir, para permitir que dijese lo que quisiera y, luego, cuando hubiera acabado de hablar, pronunciar unas pocas palabras de despecho, levantarse y salir. “Ahora, que si pones en peligro a la humanidad, tendrás que vértelas conmigo”, le diría justo en el quicio de la puerta, levantando el dedo índice en una actitud amenazadora.

María Reina, extrañada de verlo tan pronto, lo recibió en albornoz. “Siéntate y espérame un cuarto de hora, que voy a ducharme”, le dijo. Servando estaba demasiado preocupado para sentarse. Miró por la ventana, repasó una revista que había sobre la mesa y abrió unos pocos libros de la generosa estantería del pasillo. Entre las páginas de uno de ellos encontró muy bien doblados los papeles del asesino y, entre los papeles, un boleto de quinielas con una sola columna en la que los quince signos eran aciertos. Del temblor que le vino de repente, se le cayó al suelo cuanto tenía asido con las manos. “Maldita puta, maldita puta”, murmuró repetidas veces mientras, sumamente excitado, recogía los papeles y el libro y lo guardaba todo en su sitio.

“Ya no queda ninguna duda”, se dijo, con la desazón de un idealista vencido por las miserias de la naturaleza humana. La angustia le había disparado el corazón y le

dificultaba el libre acceso del aire a los pulmones. De improviso, una nueva sospecha le estalló en la cabeza. Saltó del sillón donde se había dejado caer y levantó el cojín: como había imaginado, allí estaba el cuchillo. “Me matará”, se dijo entre dientes. “Ha trazado un plan para matarme”. Rápidamente miró debajo de uno de los cojines del sofá y en el cajón de la rinconera y debajo del sombrero que había colocado en la estantería y en todos esos escondites halló un cuchillo de cocina. Los cogió y los puso debajo del sofá. “Falta el quinto, el que ocultó antes entre los pliegues de mi abrigo”, pensó.

Al salir del baño, María Reina lo encontró de rodillas en el suelo, mirando bajo la tarima de la mesa estufa.

– ¿Qué haces?

Ella había entrado sin hacer ruido, calzada con unas zapatillas de paño. Al oír la voz justo a sus espaldas, Servando dio un respingo.

– Buscaba el enchufe del brasero –contestó.

Pero lo hizo algo más tarde de lo que conviene a la mentira, él mismo se dio cuenta, así que quiso enmendar el yerro llevando inmediatamente la conversación a otro terreno. María Reina, sin embargo, no lo dejó.

– El enchufe está al otro lado de la mesa –dijo.

Retocó el cojín del sillón que había sido levantado y se sentó sobre él con las piernas cruzadas, dejando uno de los muslos a la vista. “Cree que tiene el cuchillo debajo”, pensó Servando. “Cuando meta la mano para cogerlo, se descubrirá”.

– Anda, siéntate, que quiero hacerte una confesión –dijo María Reina.

Servando se sentó en el otro sillón. Para que el muslo no lo distrajera, la miró intensamente a los ojos.

– Si se confiesa es porque se ha incumplido.

– Es verdad.

– Me imagino sobre qué versará la confesión. El otro día hicimos una promesa: guardaríamos silencio y nunca echaríamos una quiniela.

– Esa la he cumplido –dijo María Reina, adoptando un semblante amargo, como si los reproches que estaba recibiendo agravaran de forma insultante su culpa.

Servando quiso sonreír, pero el gesto se le quedó en una mueca deforme.

– No me mientas: he visto la quiniela.

Y sin esperar contestación, se levantó y fue por el libro en el que había descubierto los papeles, que dejó cerrado sobre la mesa.

– Ahí está el resguardo de una quiniela con quince aciertos que ha sido convenientemente depositada en una administración de loterías, cuando tú juraste no volver a echar ninguna, y ahí están los papeles del asesino, cuando tú te comprometiste a destruirlos. Y ahora, levántate –María Reina se puso de pie. Servando levantó el cojín–: no está el cuchillo, ya ves. ¡Dios mío, hasta se me había ocurrido que podríamos vivir juntos!

Tras unos instantes de confusión, María Reina soltó una carcajada. “Mi buen amigo, ¿Qué habías supuesto?”, dijo, y lo atrajo hacia sí para abrazarlo contra su pecho. Servando se dejó hacer, desconcertado.

– Es verdad que dentro de ese libro hay un boleto de quince aciertos, pero no es mío: es el que rellenó el asesino para la penúltima jornada. Él lo guardaba en un bolsillo. Es uno de los documentos y pruebas que me comprometí a destruir y no he destruido: ese es mi incumplimiento, y no otro.

– ¿Y los cuchillos? –dijo Servando, separándose un poco de los generosos pechos de su amiga.

– ¿Tú no tenías miedo después de lo que vivimos? Yo he tenido pesadillas horribles con los ojos abiertos. Dejé los cuchillos ahí el primer día y ahí se han quedado. Pero desde luego no eran para utilizarse contra ti. Tampoco sé contra quién iban destinados.

Servando la abrazó por la cintura.

– Tras la confesión, que no ha sido tal, venía la explicación del descubrimiento – dijo María Reina.

A una indicación de ella, se sentaron.

– Si finalmente no destruí los papeles, fue porque quería hacer una comprobación más –continuó–. Todo en ellos resultaba demasiado perfecto. Anoche, tras concluir la octava jornada de la liga de fútbol, supe que había acertado al sospechar de la fórmula.

– ¿Qué quieres decir? –Servando intuyó que debía ser optimista.

– En un cuento de Korolenko titulado *La necesidad* la diosa del Destino va informando a un hombre de cuanto va a ocurrir. Las predicciones aciertan siempre porque, como finalmente descubre el personaje, la diosa predice con posterioridad, es decir, sobre hechos consumados.

– Sigo sin entender.

– Es como si la diosa del Destino hubiera sido la redactora de esos escritos.

– ¿Quieres decirme que las ecuaciones del muerto no prevén el futuro, que sólo sirven para el pasado?

– Exacto –María Reina estaba radiante.

– No lo puedo creer.

– Créetelo: la fórmula no sirve para la jornada futbolística celebrada ayer, lo he comprobado.

– ¿Y mi quiniela? ¿Y su quiniela? Ambas fueron formuladas siguiendo las instrucciones de los escritos.

– Recuerda que son la misma, pues tú se la copiaste a él. En cualquier caso fue pura suerte. En España mucha gente tuvo un boleto de quince sin acudir a esos escritos.

María Reina sacó de su bolso un papel con los resultados de la jornada y los fue comprobando uno a uno según la fórmula recogida en los papeles del muerto.

– Seis aciertos. No llega ni a la media –dijo.

– ¿Cómo puede ser? Aquí no ocurre lo que en el cuento que has citado. En él la diosa acierta porque prevé lo que ya ha ocurrido. Esta, sin embargo, es una fórmula abstracta que regula y que sirve en cualquier caso.

– No regula, explica. Sí, sé que puede parecer increíble. De hecho, el asesino es un genio, eso no hay quién lo niegue. Pero una cosa es explicar el pasado y otra muy distinta prever el futuro. Lo que ha conseguido este hombre es genial porque explica con la sencillez de una ecuación lo que ha acontecido. Es como un Seldon de la quiniela, sólo que mirando hacia atrás.

– ¿Seldon? No sé a quién te refieres.

– Perdona. ¿Has leído las novelas sobre la Fundación, de Isaac Asimov? – Servando negó con la cabeza– No sé cuántas eran: al principio creo que tres, luego, tras el éxito de las primeras, Asimov escribió más, dos, me parece. Hace mucho que las leí y ya casi no las recuerdo, de manera que cuanto voy a decirte puede estar bastante deformado. Para el caso, es igual. En la primera de ellas, *Fundación* se llamaba, un tal Seldon aparece como el creador de la *Psicohistoria*, una ciencia social que él ha convertido en ciencia positiva. La idea es que conocidas todas las variables posibles que influyen en el devenir del mundo, es posible formular unas ecuaciones para saber cómo evolucionará este e, incluso, establecer mecanismos para corregir su rumbo y llevarlo hacia fines previstos de antemano. Todo va muy bien hasta que, en el segundo volumen, *Fundación e Imperio*, aparece un mutante con unas capacidades muy superiores a las humanas, algo, naturalmente, de imposible predicción por la *Psicohistoria*, que produce la ruina y el caos. En el tercero, *Segunda Fundación*, vuelven el orden y el progreso y sabemos que Seldon y sus seguidores, en el colmo de la previsión, habían calculado hasta lo imprevisto.

– ¿Y no es posible que el asesino haya errado en algún cálculo? Parece que un solo error no debe echar por tierra toda la teoría. Quizá sólo sea eso, y resulte acertado pensar que existen reglas en la suerte y que el asesino estaba muy cerca de alcanzar la perfección de una de ellas.

– En absoluto. El objeto que manejaba, la inteligencia y la voluntad humana, es impredecible. Las únicas explicaciones que sirven con el hombre son las formuladas con posterioridad. Fíjate que Comte, el fundador de la Sociología moderna, creía que con la

madurez las teorías sociales harían lo que las ciencias físicas, es decir, que tras una fase teológica y otra metafísica pasarían a la fase científica o positiva. Es más, al principio llamó *Física Social* a la Sociología. De aquello han pasado muchos años y hoy los sociólogos reconocen que su ciencia no debe dedicarse a predecir el futuro, sino a explicar lo que pasa.

– Los hombres también tienen unas regularidades en el comportamiento.

– Regularidad, que no norma a la manera de las ciencias exactas, y no siempre.

Pero, aunque así fuera, el propio conocimiento de que su actuar conduce inexorablemente a determinada posición condicionaría en gran manera esa misma forma de actuar. Creo recordar que Seldon no permitía conocer las predicciones sino cuando ya había pasado el tiempo de su ejecución, porque el propio conocimiento por los sujetos de la historia influiría negativamente sobre ellas.

– Es decir, que nos salva lo impredecible de nuestro espíritu.

– Desde luego. Fíjate en el juego del ajedrez. Conforme vayan avanzando las máquinas, será más difícil ganarles una partida, pero nunca será imposible, pues los programas se limitan a contener una acumulación de previsiones. El día que un programa pueda intuir, habrá nacido otra forma de pensamiento humano.

– Me estás hablando de lo impredecible de la naturaleza humana. ¿Pero y lo que no es naturaleza humana? La lotería, por ejemplo. Imagínate que exista una ley en los números de la lotería.

– No tenemos razón alguna para sospechar esa posibilidad. El asesino manejaba acontecimientos con valor humano añadido.

– Más a favor de la posible creación de una ciencia que regule ese tipo de fenómenos.

– Esa ciencia existe, es la Estadística. Pero la Estadística se refiere a las regularidades de los fenómenos de la naturaleza y está unida, principalmente, al cálculo de probabilidades.

Servando se quedó pensativo.

– Quizá este hombre hubiera revolucionado la Historia u otras ciencias sociales que miran hacia atrás –continuó María Reina–. Quizá hasta le hubiera dado un impulso revolucionario a la Estadística. Más allá no creo que hubiera llegado, porque no creo que sea posible.

– ¿Crees, entonces, que debemos dar a conocer su descubrimiento?

– ¿Y cómo explicaríamos su muerte? No. Además no estoy segura de que sea bueno conocer la Historia con reglas matemáticas, al margen de interpretaciones y subjetividades. Mejor que dejemos las cosas como están. Nuestras promesas deben ser para siempre.

María Reina cogió los papeles y los dos boletos premiados y le hizo un gesto a Servando para que la siguiera hasta la cocina. En la seguridad metálica del fregadero, les prendió fuego con una cerilla.

– ¿Qué habrá sido del muerto? –preguntó Servando.

– Los periódicos hablaron de un cadáver al que le habían pasado por encima varios coches. Quizá ahora esté en un depósito forense a la espera de ser reclamado. A nosotros debe darnos igual. No hay móviles. No es de estas tierras. Nunca descubrirán quién lo mató. Mientras veían arder los papeles, por un extraño mimetismo ambos se acordaron de los ojos del cadáver, expuestos de par en par a las inclemencias de la intemperie.

– Debimos cerrarle los ojos –dijo Servando.

– Sí, es verdad. Después de todo no era más que un hombre. Feo y equivocado, pero un hombre, y hace tiempo una mujer sufrió para traerlo al mundo. Quizá ahora alguien lo esté echando de menos. ¡Quién sabe!

Servando recordó la letra de aquella canción de *El último de la fila* y esbozó una sonrisa que fue casi un suspiro.

– Aunque muy chico y muy feo, piloto de aeroplano soy. ¿Conoces la canción? –

dijo.

– No. Cántamela –respondió María Reina.

Y Servando empezó a cantar la canción con un aire melancólico, con una infinita tristeza. María Reina le echó el brazo por encima del hombro y, mientras él cantaba, juntos y abrazados vieron saltar las últimas pavesas.

– Esta vida es demasiado complicada, por no decir que es una puñetera mierda – dijo María Reina.

Servando asintió con la cabeza sin parar de cantar. María Reina abrió el grifo y repartió el agua interponiendo la palma de la mano para que las cenizas se fueran por el sumidero.

– Sólo hace un rato creía que me ibas a matar para quedarte con los rendimientos de las quinielas –dijo Servando.

– Y quién sabe si lo pensé.

Lo agarró de la mano y tiró de él hacia el pasillo.

– El otro día dejamos algo inacabado –dijo.

Servando contestó que sí y se dejó llevar. Al cruzar la puerta de la alcoba, retomó la canción en el punto donde la había dejado y cantó con aire más animoso, más acorde con las exigencias de la letra. María Reina se quitó el albornoz muy despacio, contoneándose al ritmo de la música y sin dejar de mirarlo a los ojos.

– ¡Qué buen momento para terminar una historia! –dijo Servando al verla completamente desnuda, grande y hermosa como si se le hubiera escapado de la imaginación.

– ¿Por qué ahora? –preguntó ella acercándosele.

– Porque me gustan las historias con final feliz.

– Espérate un poco entonces –le quitó el jersey y empezó a desabotonarle la camisa.

– A la felicidad no se le puede dar mucho carrete, que se malea. Imagínate qué

viene después en esas historias que acaban con el encuentro o con la boda de la pareja protagonista, por ejemplo.

María Reina siseó silencio suavemente en tanto le desabrochaba el botón de los pantalones.

– Es la primera vez que desnudo a un hombre –le dijo al oído, provocándole un placentero escalofrío.

Él se puso de puntillas para besarla en los labios. Cuando se separaron, María Reina abrió la cama y se metió entre las sábanas voluptuosamente. Servando acabó de desnudarse y la siguió. Antes de abrazarla, lo asaltó un mal pensamiento: asomó la cabeza y miró debajo de la cama.

– Todo está en orden –dijo satisfecho.

Algunas gotas de agua caían sobre los cristales del balcón. Aquel iba a ser un otoño lluvioso en Pozoblanco.

FIN